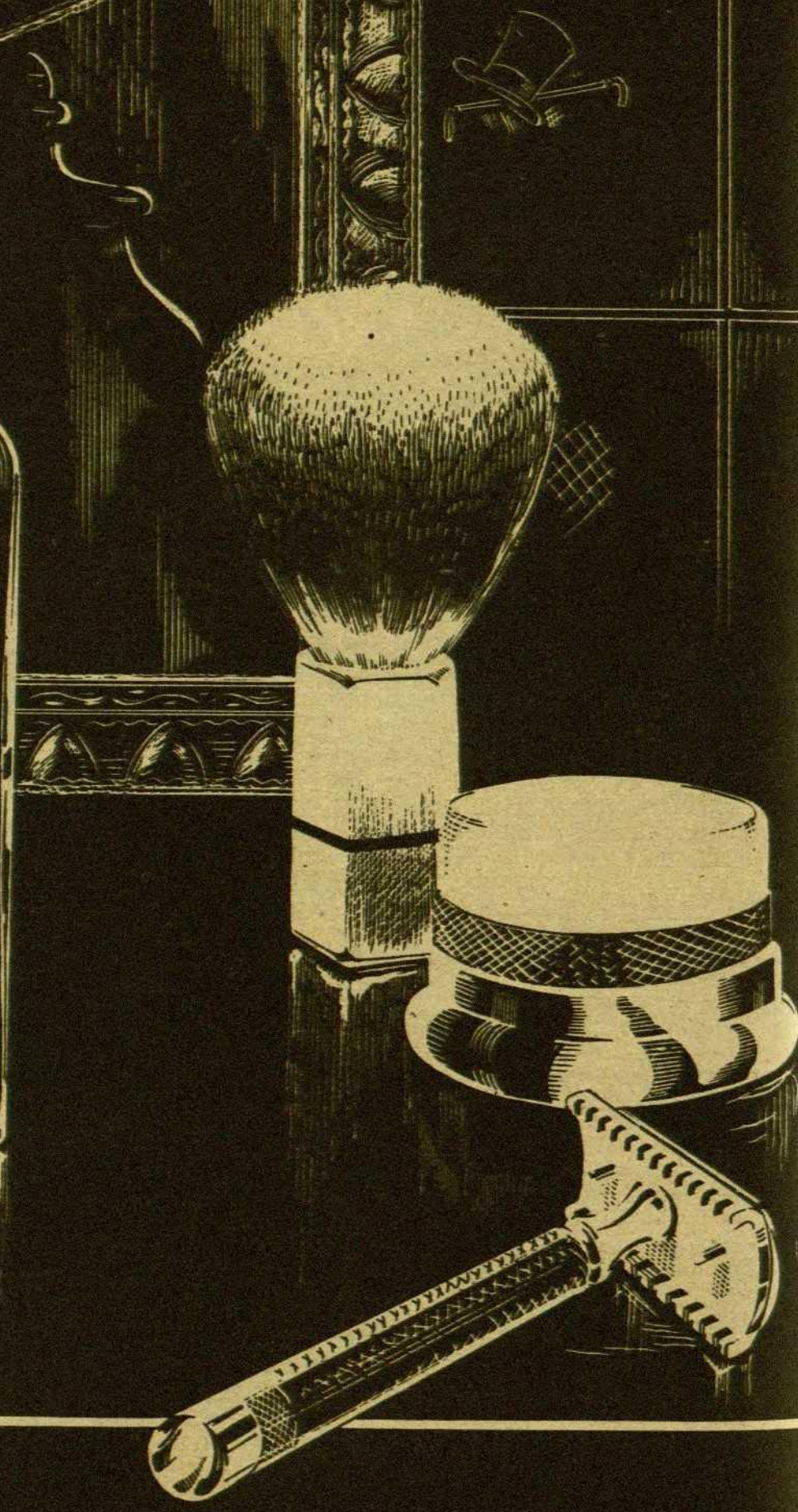
DESTINO

NUMERO DE 24 PAGINAS 2 Pesetas

El Genuino

FLOÏD

HAUGROLIZADO



es el descubrimiento más notable de cuantos se registran en la operación de afeitarse.

dondequiera que se encuentre una navaja o maquinilla debe hallarse un frasco.

DESTINO

NUMERO DE 24 PAGINAS — 2 PESETAS

BARCELONA, 17 DE AGOSTO DE 1946. NUMERO 474

VIRGEN DE AGOSTO

LA atmósfera política y la atmósfera física constituyen, en la presente época, cada vez con mayor rotundidad una sola cosa desde que la desintegración del átomo trocó el cielo en un ámbito de emperimentación y en un techo que puede derrumbarse sobre nosotros. Estamos, frente a él, debajo de él, convertidos todos en habitantes de una redonda, diminuta urbe, achatada por los polos — y por muchas otras circunstancias, geográficas y morales — inmersos en el cráter de un volcán en latente estado de erupción. En estas circunstancias, permanecer en constante y silenciosa indiferencia en el Cosmos constituye una temeridad. Hay un punto de colosal ignorancia en la maravillosa armonía con que rueda, de su oriente a su ocaso, esta luna rotunda de agosto. Los lamentos románticos se vuelven prácticos apóstrofes en boca de cualquiera de nuestros contemporáneos:

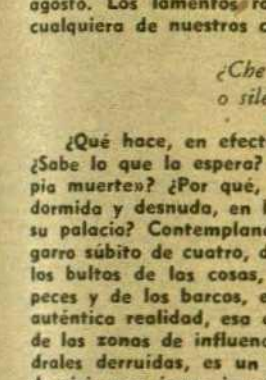
¿Che fai tu luna in ciel, dimi che fai
o silenciosa luna?

¿Qué hace, en efecto, la luna ahí, diana del radar, sumida en su nimbo? ¿Sabe lo que la espera? ¿Suplica, acaso, como Rilke: «Dejadme morir mi propia muerte»? ¿Por qué, estéril, incolora y exangüe, esa luna sonámbula sigue dormida y desnuda, en la hora de los fantasmas, rondando por las cornisas de su palacio? Contemplando el panorama de esta noche de agosto, con el desgarro súbito de cuatro, de diez estrellas, perplejos en una claridad que modifica los bultos de las cosas, que disuelve los caminos, mitiga el deslizarse de los peces y de los barcos, enardece el sollozo de las espumas, contemplando esta auténtica realidad, esa existencia, nos parece que el mundo diurno y bélico, el de las zonas de influencia, trazadas sobre los insignes escombros de las Catedrales derruidas, es un submundo de seres sin apellido, y sentimos el horror de vivir una época investigadora; una época de entronización de la duda y de titubeo universal.

En estas circunstancias, la Virgen de Agosto, también en el reverso del misterio, cruza, por un mágico fenómeno de gravitación, de la tierra al cielo. Hay como un instante de expectación sin palabras. Todos los personajes de la noche, el buho y el pierrot, el poeta y el mendigo, el espectador, el investigador y el marinero, sienten el imperceptible tránsito. Hay un estremecimiento leve de átomos, como la eclosión de un capullo, y el nocturno de agosto se desquita de todas las interpretaciones, apaga ciencias y artes, acuarelas y lentes, para dejar elevarse ese celaje sutil y su leve manto. Un fleco de ese manto nos roza la sien. Y por un instante sentimos una noción largo tiempo extraviada; una noción infantil, ingenua y extremadamente real de cielo.

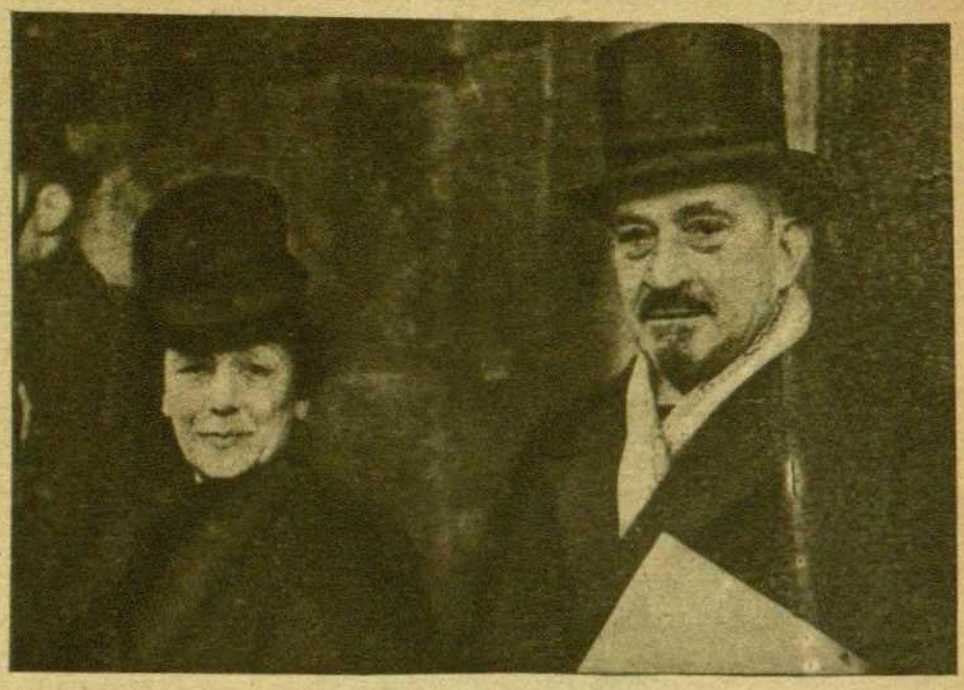
Que nos sea dado ese retorno a las interpretaciones sencillas y mágicas, y el don de elevarnos aún en un suspiro, legitima el inmenso dolor que ha promovido la fugacidad, la velocidad presente. ¿No estábamos casi en el borde mismo del torbellino? Sabemos que, azotados los años por convulsiones de todo orden, el orbe exhala un hedor de humanidad dolorida, ensangrentada, y hasta los odios elevan una humareda pestilente en la corteza de la tierra. Es probable que jamás la Humanidad se haya visto obligada a ingerir un aire tan espeso y sombrío. Si del seno de esa atmósfera opaca no surgen generaciones fortalecidas, si no nace de ese aire el hombre intimizado, interiorizado, violento ante cualquier asomo de su frivolidad, al ganar la cuarta dimensión el hombre habrá perdido totalmente su tiempo y su época. Nos imaginamos que la Virgen de Agosto, de este agosto de 1946 tan inquietante, lleva consigo una silenciosa y quizá tácita oración de millares de hambrientos, de huérfanos, de torturados, de desesperados, de parias; el vagido de los niños nacidos entre ruinas, el dolor de millones de seres desgajados, desorbitados, y el germen, en suma, de una época que sustituya la suficiencia de la ciencia por la suficiencia de la fe, que tenga el coraje de acertar a ver, en un cielo cruzado por los aviones, la sutil exhalación de la Virgen, en cuerpo y alma, a regiones más altas.

¿Y por qué no ha de ser así? La inmensa llaga requiere dosis inmensas de simplicidad, la imaginación, la fe agudas y sencillas de un niño. Es necesario ver el milagro. Escuchando atentamente, puerilmente, su noche, se ve, se palpa. Hay un estremecimiento leve de átomos. — I. A.



LEA EN ESTE NÚMERO:

el reportaje de Augusto Assia JUDIOS, ARABES E INGLESES; el artículo de Santiago Nadal INGLATERRA ESTA EN EL MEOLLO DE EUROPA; la crónica de nuestro corresponsal en Estados Unidos, Carlos Sentís, LOS CRIMENES DE LOS QUE NO FUERON A LA GUERRA; la de Peñella de Silva, desde Suiza, LA FRATERNIZACION DE MOLOTOF, LOS QUE FIRMAN AUTOGRAFOS EN ALEMANIA, EL NIÑO DE CASSINO Y EL ALAMBRE MAGICO; los reportajes ALGO MAS SOBRE NUESTROS PAYESES, por Tristán; LA GESTA EPICA DE LOS CATALANES EN CUBA: TIERRA DE PROMISION, por J. E. Vilaró, y EL VERANEO EN LA CIUDAD: SIN DINERO Y CON FAMILIA, por Miguel del Puerto, y los artículos habituales de Romano, Pla, Zúñiga, Coll, Sempronio, Montsalvatge, etc.



Cain Weizman, jefe del sionismo mundial

DESDE MOISES AL DOCTOR WEIZMANN

JUDIOS, ARABES E INGLESES

POR AUGUSTO ASSIA

Londres, agosto.

MIENTRAS los terroristas judíos hacían saltar por el aire el Cuartel General inglés en Jerusalén, en Londres, ingleses y judíos se sientan unos al lado de los otros en los autobuses, forman cola juntos ante la puerta de los cinemas, sorben helados frente a frente en «Lyons», se mezclan en las piscinas, negocian en los mercados, discuten en Hyde Park Corner sin un solo incidente, un reproche o una violencia.

No creo que haya un judío inglés que haya necesitado sentirse cohibido y, mucho menos, temer por su seguridad o su libertad a cuenta de la actitud de sus correligionarios en Palestina. Los diputados judíos interrogan al Gobierno, en el Parlamento, sobre la marcha de los acontecimientos en Tierra Santa; escriben artículos, rezumando franqueza, los periodistas judíos, y los ministros judíos intervienen en el problema sin la menor señal de embarazo o la menor reticencia.

Parecerá extraño, pero a nadie se le ha ocurrido aquí asaltar las sinagogas por represalia contra el hecho de que los terroristas judíos hayan sepultado cien vidas entre los escombros del Hotel del Rey David; a nadie se le ha ocurrido apalear a los judíos por la calle, ir a apedrear el edificio donde se alberga la representación de la Agència Judia o quemar el Banco Rotschild.

Cultura es, en Inglaterra, algo más que una palabra. «Si nosotros hiciéramos lo mismo que los terroristas judíos — me ha dicho un inglés —, ¿con qué derecho podríamos enjuiciarles o acusarles?»

LA SOMBRA DE HITLER

La desatentada actividad a que se han lanzado los terroristas judíos, ha hecho a la causa israelita más daño que Hitler. Hitler asesinaba a los judíos materialmente; pero, al mismo tiempo, producía un sentimiento de simpatía mundial alrededor de la raza perseguida. Los terroristas provocan un sentimiento de horror no sólo contra ellos, sino contra la causa que representan. En realidad, por la mano de los terroristas judíos en Palestina, como por la mano de las huestes de Tito en Yugoeslavia, por la de los tribunales políticos en Polonia, Rumania, Hungría y Bulgaria, la sombra nefasta del nazismo sigue atribulando a Europa.

El hecho de que aquellos que fueron víctimas de la violencia y la barbarie hitlerianas, apliquen ahora los mismos bárbaros y violentos métodos contra sus antagonistas, comprueba lo que ya sospechábamos algunos desde hace mucho tiempo: el problema político no se resuelve con cambiar una ideología por otra, sino que es cuestión de tolerancia. Lo mismo es la intolerancia nazi que la comunista, la antisemita que la semita. Por eso Hitler ha hecho en Europa, al mismo tiempo, antisemitismo y semitismo, nazismo y comunismo, caras distintas de una sola moneda.

PRESTIGIO «A LA BRITANICA»

Incluso con la mejor voluntad y espíritu de transigencia por parte de árabes y judíos, el problema de Palestina sería todo menos fácil. Inglaterra es demasiado vieja y demasiado práctica para que la insensatez judía pueda influenciar su buena disposición. Y demasiado hábil para adoptar una actitud calderoniana. La llamada razón de prestigio no se interpreta en Inglaterra como la necesidad de mostrarse fuerte e inflexible, sino flexible y conciliador. El Gobierno británico no ha tenido inconveniente en acceder, después del atentado sobre su Cuartel General, a la admisión de 100.000 judíos en Palestina, contra la que se había opuesto antes, sin preocuparse de que ello pueda ser interpretado como una claudicación ante la fuerza.

Sin embargo, es de temer que toda la buena voluntad y toda la generosidad inglesas no basten para recoger la tormenta que los judíos han desencadenado.

PETROLEO Y ESTRATEGIA

Dos elementos fundamentales, que ninguna habilidad ni tolerancia son suficientes a escamotear, chocan con las ambiciones judías. Uno está representado por los derechos de los árabes. El otro, por la preeminencia estratégica, que, al socaire de la última guerra, ha alcanzado Palestina.

Mientras la principal amenaza contra Suez

Patrullas británicas en Palestina

procedía del Oeste, es decir, de Alemania, Italia o Francia, el valladar británico para la defensa de aquel centro vital del Imperio ha sido Egipto. Ahora que la amenaza ha cambiado de dirección y procede de Rusia, el valladar británico es Transjordania. Palestina es la antecámara de Transjordania y su acceso al mar.

Si quieren ustedes comprender uno de los aspectos menos obvios, pero más influyentes, de todo el problema palestiniense, no olviden ustedes que, al mismo tiempo que le ha concedido la soberanía (sin duda con el objeto de que las Naciones Unidas no puedan meter las narices en su territorio), Inglaterra ha iniciado la construcción de una imponente base aeromilitar en Transjordania.

Transjordania es, al mismo tiempo, un gran centro petrolífero. El petróleo de Transjordania y el Irak es enviado a los barcos por medio de una «pipe-line» que desemboca, por Palestina, en el puerto de Haifa, a donde viene a desembocar también (detalle nada negligible) la «pipe-line» procedente del golfo pérsico. Esta última, propiedad (otro detalle no más negligible) de las Compañías petrolíferas americanas.

Haifa, además de bomba para trasegar el petróleo desde el Cercano Oriente al Mediterráneo, es catapulta para lanzar las provisiones desde Inglaterra a la nueva base transjordánica.

PROGRESO

Los derechos de los árabes pueden conjugarse con los de los judíos, lo mismo por medio de una partición del país que por otro arreglo cualquiera, pero sólo a base de que cada una de las partes muestre moderación y respeto por la otra.

Hasta ahora, los árabes han abundado más que los judíos en ambas cosas.

Al principio, los árabes quedaron un tanto paralizados por el sortilegio y los beneficios de desarrollo que la técnica y la ciencia judías introdujeron en el país, cuya calcinada faz iban convirtiendo, como por ensalmo, en un frondoso huerto.

Desde el final de la otra guerra, cuando, al amparo de la Declaración Balfour, los primeros grupos de judíos regresaron a Palestina, desandando el camino del éxodo, hasta el comienzo de esta última, Palestina ha prosperado más y se ha transformado más que ningún otro trozo todo alrededor de la Tierra.

Después, los árabes, con su fatalista capacidad para esperar, han creído que podían dejar la defensa de sus intereses en manos de las desmedidas e intolerantes ambiciones judías, y no, según se va viendo, sin cierta razón.

CABEZAS PREGONADAS

Resulta bastante difícil averiguar, desde Londres, cuál es la actitud de la población judía palestinense respecto a la banda de terroristas que, actuando en su nombre, tanto daño causa respecto a la reputación del pueblo semita. Los organismos oficiales judíos los han condenado abierta e inequívocamente. Las autoridades británicas, aun sin decirlo, dejan indicar en numerosas declaraciones, así como en la acción realizada contra Tel-Avif, que una parte considerable de sus correligionarios simpatizan ocultamente con los terroristas e incluso les protegen, ocultándoles contra la Policía.

Las bandas de sionistas partidarios de la acción directa surgieron en Palestina al mismo tiempo que los nazis subían al Poder en Alemania. Estaban formadas por jóvenes escapados al terror nazi y por él intoxicados. Su primera víctima fué un jefe sionista moderado, el doctor Chaim Arlosoroff, asesinado a tiros en las calles de Tel-Avif, allá por el año 1934.

Sobre la cabeza del jefe de una de ellas, la organización «Irgun», las autoridades británicas han puesto un premio de 2.000 libras. «Irgun» guisó el complot para el asesinato de lord Moyne y el atentado contra lord Gort. Beigin, alias Saragosky, como se llama el jefe de «Irgun», es un joven judío de origen polaco, de aspecto intelectual, que viene evadiendo a la Policía desde hace cuatro años.

Otro cuya cabeza está también a pregón es Yellin, cabecilla de la banda «Stern», a cuyo frente se puso después de que «Stern» resultó muerto en un encuentro con la Policía. En el mismo encuentro, Yellin fué detenido. Pero escapó poco después de la prisión de Latrun, con Boyko, otro terrorista, y Yacobi. Yacobi es de origen polaco, pintor de oficio, tiene 27 años y, en más de un aspecto, es el más desalmado, brutal y decidido de todos ellos. Decisión y coraje no les falta a ninguno. Los judíos son poco inclinados a la violencia; pero cuando uno sale «echado p'alante», hay pocos que le igualen. La única persona que se atrevió jamás a interrumpir a Hitler, en uno de los mítines monstruo que organizaba al partido nazi, fué un judío.

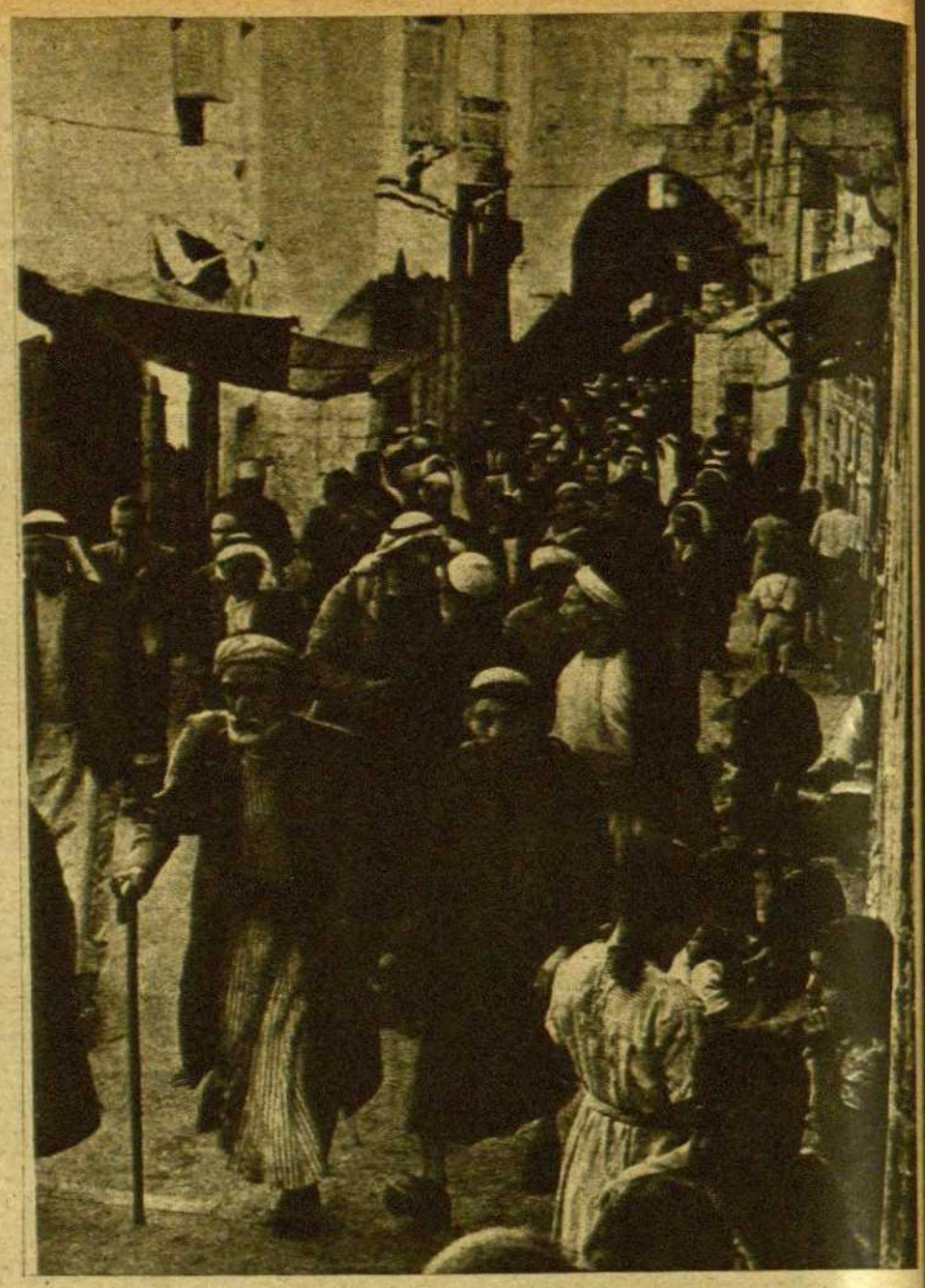
LENGUA DE FUEGO

Todo esto que está ocurriendo hoy con los judíos, comenzó hace muchos siglos, cuando Jehová se le apareció a Moisés. Moisés estaba apacentando las ovejas de su suegro, Jethro, en el monte de Sión, detrás del desierto. De repente, envuelto en una lengua de fuego, se le apareció Jehová para pedirle que fuera en su nombre y sacara a los judíos de la servidumbre en que los tenía el Faraón de Egipto. «Librarlos de manos de egipcios, y sacarlos de aquella tierra a una tierra buena y ancha, a tierra que fluye leche y miel, a los lugares del Cananeo, la tierra en que fueron extranjeros y en la cual peregrinaron.»

Impresionado por la narración bíblica, un político y filósofo escéptico inglés, lord Balfour, quiso hacer de Jehová después de la primera guerra mundial. Su Moisés fué el doctor Weizmann. El pueblo judío tomó el nuevo mandato con el fervor y la pasión que siempre ha puesto en la realización de las profecías.

Después de la trágica voladura del Hotel David por los terroristas judíos

El Muro de los Lamentos, en Jerusalén



Una vieja calle árabe, en Jerusalén

B. P.

BANCO DE LA PROPIEDAD

CAPITAL: 10.000.000 DE PESETAS

PRIMERA INSTITUCION EN ESPAÑA

dedicada exclusivamente a coordinar las funciones administrativas de la riqueza inmobiliaria, con todos los servicios bancarios de interés para la misma

ADMINISTRACION DE FINCAS - ANTICIPOS SOBRE ALQUILERES - COMPRA - VENTA ANTICRESIS - BANCA - VALORES - CUPONES - DEPOSITOS - CAJAS DE ALQUILER - CAJA DE AHORROS - CAMARA ACORAZADA - ASESORIA JURIDICA - ASESORIA TECNICA

CASA CENTRAL:
BARCELONA
Gerona, 2 (Ronda de San Pedro)
Agencia Urbana: San Andrés, 104

SUCURSALES:
MADRID
Plaza de la Independencia, 5

VALLADOLID
Santiago, 29 y 31

ZARAGOZA
Coso, 2

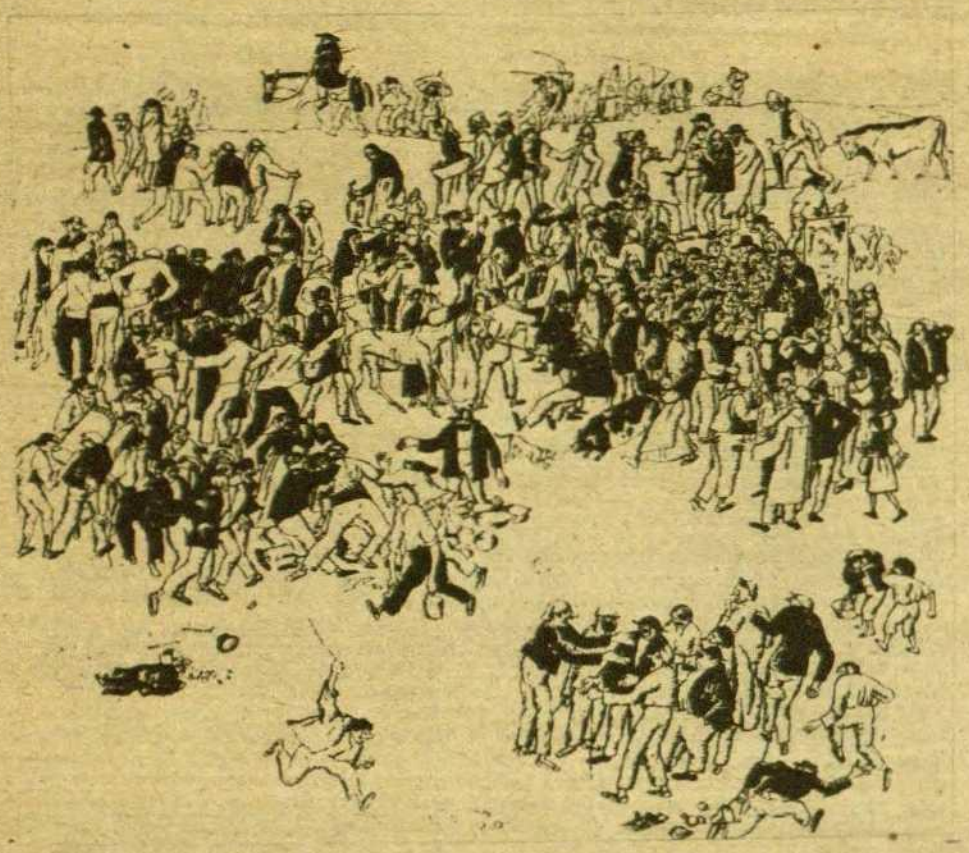
AGENCIAS:
SAN ANDRES — Calle San Andrés, 104
BADALONA — Cruz, 47
HOSPITALET DE LLOBREGAT — Santa Eulalia, 91
TARRASA — Calle del Paseo, 7

GUARDIAN DE LA RIQUEZA INMOBILIARIA

ALGO MAS SOBRE NUESTROS PAYESES

POR TRISTAN

Ilustraciones de «La Cataluña pintoresca», de Xavier Nogués



EL payés catalán — decíamos en un largo artículo publicado en el último número extraordinario de DESTINO — es un ser lleno de contradicciones, un ser cuya psicología se mantiene en un claro-obscuro constante y sistemático. Hace pocos días hablaba de aquel artículo con un señor comerciante de San Juan de las Abadesas, un señor acostumbrado al trato constante con los payeses y de su más continuada relación.

—Voy a contarle un hecho — me decía — que confirmará toda la teoría que usted ha formulado. Cuando entraron en el pueblo los nacionales, vinieron a mi casa los payeses del pueblo y de los «mansos» y me trajeron, en sacos, grandes cantidades de papel moneda con el ruego de que les clasificara las series y señalara los billetes malos y los aceptados. La abundancia de papel era tan extraordinaria y la operación tan delicada, que me negué en redondo a servirles. Ni ellos mismos sabían lo que había en los sacos. Ante mi negativa, fueron dos puertas más allá y se vieron complacidos. Prometieron a mi vecino que si les clasificaba los billetes, le regalarían los pares de pollos que siempre prometen para hacerse amables. Mi vecino cumplió su cometido. Advierta usted la cosa en toda su gravedad: mi vecino les hubiera podido robar impunemente todo lo que le hubiera dado la gana. Estoy seguro, desde luego, que no lo hizo. Pero ello es lo de menos. La nota psicológica del hecho está en la facilidad inenarrable con que entregaron sus sacos de billetes — sus sacos de billetes en los cuales había, mezclados y sin control alguno, billetes buenos y billetes malos. Cuando mi vecino hubo hecho los correspondientes paquetes, invitó a los payeses a que confirmaran, analizándola, la discriminación realizada. Usted tiene nuestra completa confianza — contestaron unánimes — Lo que usted ha hecho, bien hecho está... Y se marcharon.

—Sospecho que su vecino de usted está esperando todavía los pollos prometidos...

—Lo que acaba usted de decir es perfectamente exacto.

Observen, pues, la contradicción: de un lado se colocan en situación de poder ser impunemente robados; en el momento, sin embargo, de agradecer con una pequeña gentileza el favor que les han hecho, pasan por ojo, se van por la tangente, no rematan.

—Son olvidadizos — dice mi interlocutor.

—Es la misma palabra que usé en mi artículo al tratar de explicar lo inexplicable.

∴

Hablar de payeses, tratar de ahondar un poco en su manera de ser tan peculiar, me da la impresión de hablar del país en general. Después de todo, pocas, escasas familias del país pueden considerarse absolutamente desligadas de una ascendencia payesa clara. Los núcleos de población concentrada, en Cataluña, eran hace muy pocos decenios poblaciones que vivían del campo. La industrialización en Barcelona tiene un siglo escaso. En Barcelona viven medio millón de personas cuyos abuelos fueron payeses. Ello hace que la psicología general del país se encuentre afectada por esta ascendencia indubitable. Claro está que en los núcleos industrializados la nota payesa está, según las personas, más o menos acusada. En la aristocracia, en el comercio, en las profesiones liberales, sucede igual. El fondo payés es casi unánime. Cuando en estos estamentos aparece una personalidad importante, da siempre la impresión de un payés mejorado, perfeccionado, menos sujeto a contradicciones, más claro en cierta manera. Se trata, sobre todo, de un mejoramiento en la mentalidad, en la dialéctica, en la decisión, en el carácter. El payés es un ser a medio hacer, incompleto, mantenido en una indeterminación constante, de una vaguedad psicológica considerable. Cuando su manera de ser es transportada al torbellino de la vida moderna, cuando su psicología se desplaza a otros campos, entonces las formas flotantes de su espíritu pueden dar origen a personalidades muy completas y muy formadas. Mi observación me lleva a pensar que toda manera de ser básica puede mejorarse a condición de no perder del todo las características primitivas, las condiciones esenciales. Un excelente amigo mío suele decir, con frase muy atinada, que las mejores personalidades del país se parecen siempre a los payeses sin que tengan de la clase, en el fondo, ni el menor resabio.

A todos estos respectos es inecesario apenas recordar la célebre carta pastoral del doctor Torras y Bages titulada «La payesía catalana». Todos ustedes la habrán leído. Es un documento básico sobre nuestra manera de ser — un documento francamente optimista. El célebre obispo proclama en su carta que la payesía es hueso de sus huesos y carne de su carne y que de ella recibió no sólo la base de su carácter sino la de su filosofía y teología. En franco contraste con las opiniones formuladas sobre los payeses por los novelistas y observadores de la época romántica, el doctor Torras hace fervorosos elogios de nuestra clase rural. Nos dice que las casas solariegas son como iglesias domésticas: troncos seculares de los que retoñan generaciones y generaciones de cristianos y de ciudadanos; lares de las tradiciones patrias; aglutinantes de la sociedad; armonías de la civilización; archivos del buen sentido y de las costumbres sanas; levadura de grandes caracteres; escuelas de la mejor sociología; sementeras de sociólogos desconocidos del mundo y de sí mismos, verdaderos edificadores de la patria. Es en esta célebre carta donde está incluida aquella famosa sentencia, que dejaremos en el idioma original: «Nos pensem que en el pagès es troba l'exercici maxim de les relacions de l'home amb Deu, amb la naturalesa y amb l'humanitat en general.»

En estos tiempos de frenético estraperlo, en que los payeses son tan traídos y llevados, las opiniones del doctor Torras, al menos a primera vista, parecen presentar un sobrante de cascote retórico considerable. Pero no hay que olvidar que en la época en que el famoso obispo de Vich escribió su carta pastoral, la clase rural era bastante pobre, los productos de la tierra se vendían, a consecuencia de la abundancia, a base de beneficios normales — que eran considerablemente menores que en estos tiempos de miseria y de dificultades. De la misma manera que la República es siempre muy bella en tiempos de la Monarquía, los payeses eran considerados muy graciosos cuando un kilogramo de pan se compraba a 0,45 céntimos, y era blanco. Los precios actuales han hecho perder a los payeses su considerable, congénita gracia.

∴

El Excmo. Sr. D. Manuel Raventós y Domenech, el célebre fundador de Codorniu, uno de los payeses más considerables de la historia de este país, escribió sobre estas cosas en el mismo sentido optimista que el doctor Torras, pero sospecho que se desvió algo, como es natural, de las vagas y amables generalizaciones. Don Manuel Raventós fué un gran payés, en el sentido de que estuvo metido en contradicciones constantes. Fué un gran hombre de acción. Escribió mucho. Lo que escribió tiene casi siempre un sentido contrario a lo que hizo. Fué un hombre que se criticó a sí mismo en todo momento. Vean ustedes el siguiente texto, extraído de sus «Meditacions», que escribió para que las leyeran sus hijos — notas que constituyeron la base de la luminosa biografía que el Rvdo. padre Ignacio Casanovas, S. J., escribió sobre el célebre creador del champán. Conservador consciente, la preocupación viva de don Manuel fué la duración de nuestras masías. ¿Por qué duran nuestras casas de campo? Escribe:

«Duración de las casas de payés. Me parece que la duración de una casa de payés, de una familia de propietarios rurales, es tanto más larga cuanto menos lujo posea y menos edificaciones levante; me parece que para durar conviene que ni las deudas la atrasen ni se gane sobre ella mucho dinero. Creo que una ganancia modesta y un pequeño capital es lo que da solidez a una casa y lo que la hace durar generaciones.

»Hijos míos: estas ideas son totalmente contrarias, son al revés de lo que yo vengo haciendo, ya que, siendo hijo del siglo XIX, he trabajado mucho para aumentar las ventas y para levantar edificios; sin embargo, un día, oí las ideas que acabo de formular a un amigo payés que, con una gran finca, tiene poca renta, y que es hombre de talento, y me pareció que tenía razón.

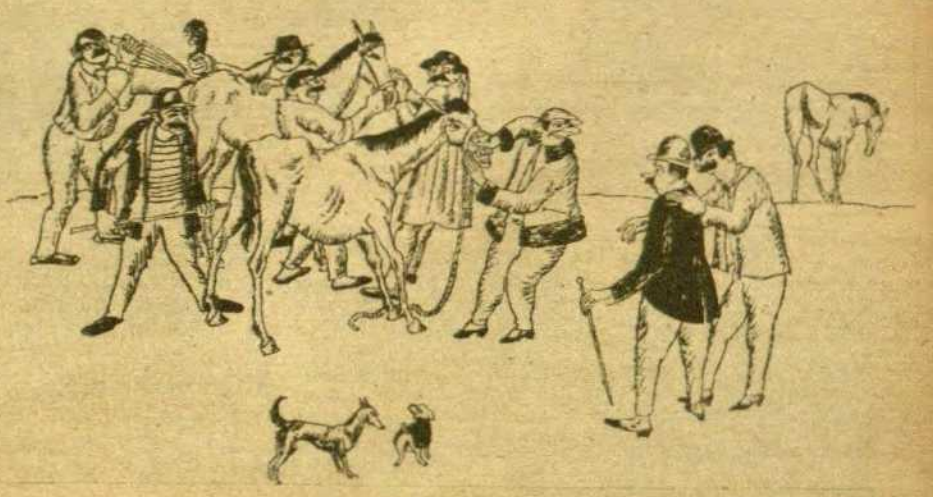
»Se ven casas que haciendo la «viu-viu» duran siglos. Una subida fuerte, en cambio, produce inevitablemente un descenso. Una renta pequeña puede sostenerse con poco talento, con poco trabajo, y para gastarla se necesita poca virtud, ya que su misma pequeñez evita peligros como el lujo, las vanidades, las carreras honorables, el exceso de comodidades, el orgullo (ya que a menudo se necesita de los demás), los negocios atrevidos, los pleitos de amor propio, las envidias de los demás y la avidez de sacar todos de ella una tajada. Una renta grande, copiosa (con aumento rápido), es difícil de ser mantenida durante generaciones.»

La simple lectura de este substancioso párrafo dará al lector una idea de hasta qué punto calaba hondo el señor Raventós en estas cuestiones; de su gran sentido conservador y social; del pesimismo que sentía ante la naturaleza humana, a la que quería atar, en sus desvaríos, con una renta «xica» — para decirlo con su propia palabra —. También da el párrafo una idea de la íntima contradicción entre lo que hacía y lo que pensaba — característica payesa máxima.

¿Qué hubiera dicho don Manuel ante la situación actual? ¿Cómo se hubiera manifestado? ¿Qué hubiera escrito ante las facilidades actuales? Me parece que se hubiera sorprendido bastante ante las ganancias de sus semejantes. Pero sus ideas fijas, tan profundamente payesas — después de una subida, viene un descenso; es más fácil la duración de una renta pequeña que la de una renta grande —, se le hubieran, a ser posible, hecho más lúcidas y más incisivas. Probablemente hubiera hincapié en la parte moral del problema, y de seguro que, de acuerdo con los mejores observadores del continente, hubiera sostenido que toda inflación es sinónimo de inmoralidad, y que toda pérdida de valor del signo monetario aumenta de un lado la miseria y de otro la relajación y el despilfarro.

A base de hacer la «viu-viu» — para decirlo con sus mismas palabras —, se han visto modestísimas masías durar siglos, manteniendo un tono digno y honesto. Ahora que en un considerable número de estas casas hay tantas comodidades — radio, bañera, buenas camas y, en general, todo lo que ha ido saliendo en la sección de correspondencia de este semanario —, quizá duren menos. No hay nada más agradable que los síntomas externos del bienestar y del lujo cuando la renta los puede mantener desahogadamente. Cuando han de mantenerse a base de un esfuerzo considerable, cuando se convierten en una pesada carga, asquean y molestan.

Por el momento, como he hecho observar tantas veces, es creciente el número de hijos de payeses que estudian el Bachillerato, con la intención deliberada de abandonar la casa y entrar en la enorme masa del proletariado ciudadano, estipendiado y socializado. El síntoma es aterrador desde el punto de vista de los intereses generales. Con una pequeña renta, nuestras casas duraron; ya veremos lo que sucederá cuando empecemos a percibir los efectos de las grandes rentas de los últimos años.



no creo que lo pueda negar nadie. Sobre esta virtud, que poseen en grado excelso, en mucho mayor grado que cualquier otro estamento, se ha escrito muchísimo. Casi todo lo que se ha escrito es cierto. Su misma confusión mental, sus claro obscuros permanentes, les impiden asociarse con nadie, comulgar fácilmente con las opiniones ajenas, fundirse a ciegas con el rebaño humano de las grandes ciudades. Ante las opiniones ajenas, son irreductibles y, en su consecuencia, tienen un gran carácter. El individualismo llega en nuestros payeses a algo pedantesco.

Si les dais una noticia, os contestarán indefectiblemente:

—Ya lo sabía.

Os quedáis perplejos porque no podéis comprender por qué clase de conducto habrá podido saber el payés la noticia que le habéis dado; pero os dice su «ya lo sabía» con una tal seguridad, que considerais inútil cualquier conversación posterior, cualquier análisis retrospectivo.

En algunas ocasiones he tenido que dar a algún amigo payés una mala impresión de algún individuo de su familia, o de su situación, y siempre me han contestado lo mismo:

—Ya me lo pensaba...

O:

—Ya lo suponía...

Esto, en la práctica, queda muy matizado. A veces: Ya medio lo sabía..., o: Ya casi me lo pensaba, o: Ya lo iba suponiendo... Otras veces llega a decir que sospechaba que lo suponía o que a él le parecía sospechar que ya lo había dicho. La gran diplomacia de todos los tiempos se basó siempre en estos matices de simulación y de finta. Hay idiomas especialmente aptos para expresar matices. El lenguaje de los payeses es enormemente matizado en este sentido, aun en las lenguas más pobres de matización, que son las neolatinas. En todo caso, donde hay un payés, hay un hombre de flotación y de matices.

El payés no sabe casi nunca las noticias. En los mercados, compra con preferencia al periódico del día, el periódico atrasado. El payés no barrunta ninguna forma de juicio deductivo, pero, en general, se presenta, no ya como un lógico y un deductor, sino como un profeta. Lo sospecha todo, lo sabe todo, lo supone todo. Tiende generalmente a no ser tomado por un ignorante; la simplicidad y la objetividad en el trato no le interesan; tiene un verdadero horror a ser tomado por un simple. Prefiere siempre aparentar ser un «fatxenda» y un sopla-nubes que pasar por un hombre discreto. Su individualismo le lleva a aparentar una segunda naturaleza, le lleva a vivir representando un papel que no es el suyo. Cuando se apea es que tiene delante, en un trato comercial, a un interlocutor tan fuerte como él. Cuando la persona que tiene delante es para él desconocida, su personalidad doble, teatral, se manifiesta esplendorosamente.

En este punto de la presciencia de los payeses me han ocurrido a mí muchas divertidas anécdotas. Un día dije a uno de ellos que corría la voz de que a una tercera persona conocida de ambos se le había declarado una enfermedad maligna, un cáncer, según decían.

—¡Claro! — me contestó — Ya lo sabía...

—¿Pero usted lo sabía?

—Sí, señor. Ya lo sabía.

—Pero usted no ignora que no hay medico en el mundo capaz de saber lo que es un cáncer...

—Déjese usted de médicos; Los médicos van a la suya. Los médicos van detrás del dinero de todos, del suyo y del mío. No se les puede hacer caso...

Uno queda parado en seco y es imposible contestar. El payés siempre quiere tener razón. Siempre tiene razón. Es absolutamente absurdo tratar de comprender la base de sus juicios. Lo curioso, sin embargo, es que sus juicios existen y que en su medio restringido son la verdad misma, la verdad última, contundente, definitiva.

Cuando se perdió en el mar el avión en dores iban a América, se produjo en toda España un movimiento de angustia. Durante unas horas no se habló más que de aquella aventura. ¿Los encontrarán?, se preguntaba la gente. ¿No los encontrarán? Finalmente, después de horas y horas de inquietud, un barco inglés — si no recuerdo mal — los recogió en pleno Océano Atlántico.

—¡Bueno, ya los han encontrado...! — dije a un payés que en aquel momento vivía en mi propia casa.

—¿Ya los han encontrado?

—¡Sí, señor; gracias a Dios, ya los han encontrado!

—¿Y a quién han encontrado?

—A los aviadores.

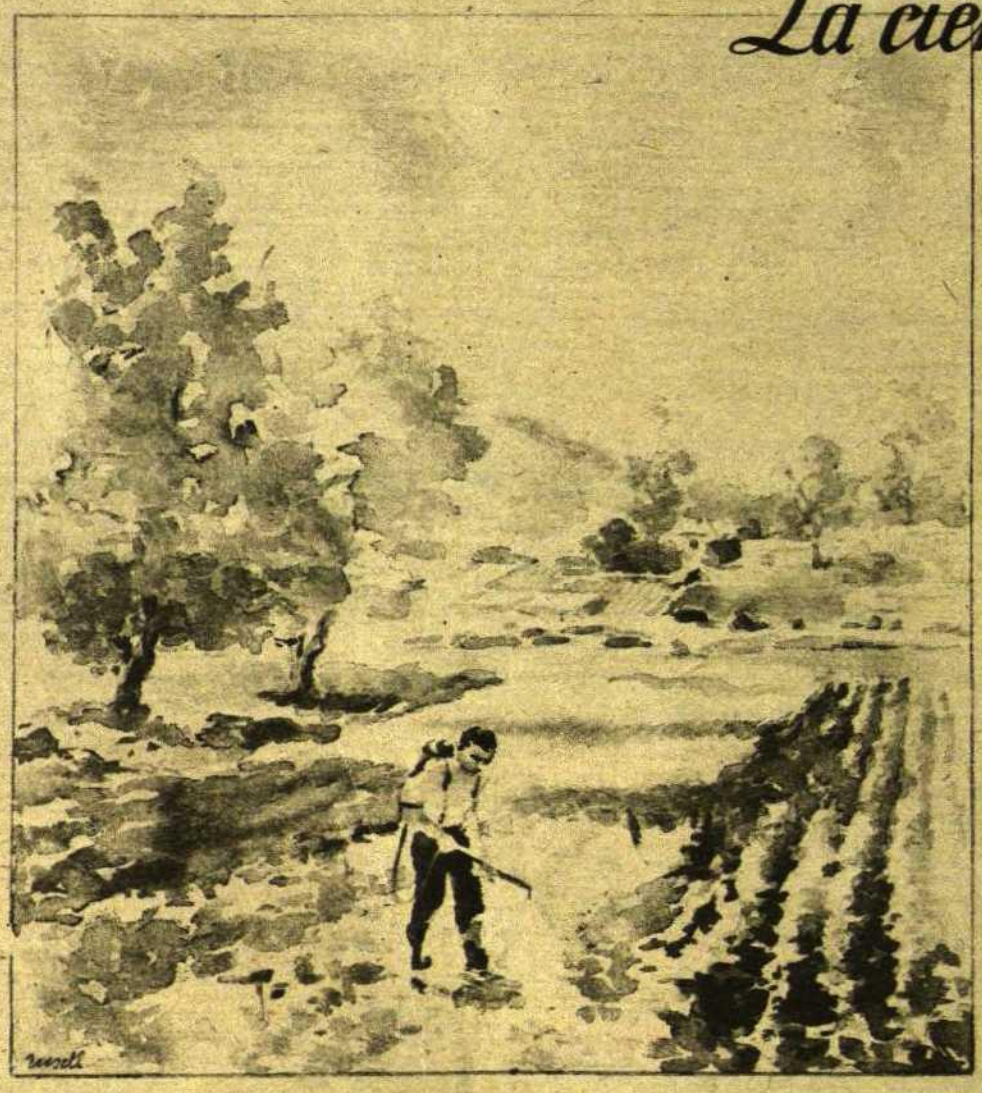
—¿A los aviadores? — preguntó el payés. Y añadió diez segundos después con una impresionante naturalidad: — Los habrán encontrado en algún café.

No creo que se pueda dar un mayor sentido del individualismo. Es un tipo de personalidad individual que, al acentuarse, llega hasta el ridículo, que se transforma en una segunda naturaleza, que rebasa la medida de la discreción. El lector se equivocaría si creyera que las dos anécdotas que acabo de contar provienen de dos payeses meramente pintorescos, típicos en cuanto a la cosa festiva y divertida. No. Los payeses de referencia son dos excelentes tipos, padres de familia, de grandes conocimientos en su oficio, ciudadanos cabales. Pero no podemos alargarnos más en la explicación ni en el comentario.

***

Yo he llegado a creer algunas veces que nuestros payeses, que en los últimos decenios han demostrado tanta pasión para asociarse e integrarse en corporaciones de su ramo, lo han hecho para desarrollar en otro campo su innato individualismo. Cuando por una u otra razón los payeses se asocian — por las aceitunas, el vino, el trigo, el ganado, etc., etc. — se producen instantáneamente dos partidos: los que están con la Junta y los que están contra ella, que son los más. Yo he tratado muchas veces de saber el por qué en un Sindicato o asociación de payeses cualquiera, unos están con la Junta y otros no están con la Junta. Jamás pude llegar a sacar nada claro y limpio. Ello obedece a impulsos meramente impondera-

La ciencia en la agricultura



La J. R. Geigy, S. A., Basilea (Suiza), descubridora de la acción insecticida del DDT, no se limitó a lanzar al mercado ese compuesto químico mezclado con otras substancias. Convencida de la trascendencia de su descubrimiento, instaló en seguida nuevos laboratorios especiales y un servicio completo de investigaciones, para estudiar todos los detalles de aplicación de los nuevos insecticidas. Fruto de esos trabajos de investigación son los insecticidas, especiales para cada uso, que Geigy prepara, entre los cuales descuella el GESAROL, el insecticida contra las plagas del campo, y en el que se condensan las experiencias de fabricación y aplicación práctica recogidas en todo el mundo. El GESAROL es un producto original, hoy por hoy único en su clase a pesar de las imitaciones que después han surgido, pues sus descubridores mantienen secreta una importante fase de su fabricación. El producto es, además, objeto de perfeccionamientos cada vez que, en uno de los laboratorios agroquímicos de la Geigy en Basilea, Manchester o Nueva York, se recogen nuevas experiencias. El agricultor español tiene, por tanto, en el GESAROL el producto científico, el primero de su clase, respaldado por la garantía de los descubridores del DDT.

DDT Geigy DDT

J. R. Geigy, S.A.
BASILEA (SUIZA)
REPRESENTANTE GENERAL: IRGA, S.A.
BARCELONA

bies. En los primeros momentos — es decir, en el preciso momento de formar el Sindicato — todos van unidos. En estos momentos, su léxico es contundente. Dicen todos: ¡Hay que pegar fuerte! ¡Hay que ir al grano! ¡Caiga quien caiga! Pero cuando se forma la Junta, la escisión es inmediata. De un lado se colocan los que van con la Junta. Saber el por qué hay individuos que van con la Junta y otros que se colocan contra la Junta, es indiscernible. Lo cierto es que los que van con la Junta lo encuentran todo magnífico y perfecto — aun lo más equivoco —, y, en cambio, los otros lo encuentran todo nefando, aun lo más correcto y positivo para sus intereses generales. Para el bando partidario de la Junta, todos los individuos que la componen son excelsos, austeros, activos y grandes. El bando contrario suele establecer matices: el presidente concentra todos los odios generales; sus compañeros de Junta son unos meros comparsas; los partidarios de la Junta, unos infelizotes de escasa estampa.

La vida sindical se desarrolla a base de la lucha entre los dos bandos. Es una lucha meramente negativa, pero que sirve en su desarrollo para que queden subrayadas todas las cualidades individualistas antisociales imperantes. La persona que alguna vez ha presidido u observado «de visu» una sociedad cualquiera de payeses, habrá visto y sentido los disgustos, los quehaceres complicadísimos que estas sociedades acarrean. Es más fácil dirigir un Ministerio de Negocios Extranjeros que conducir en nuestro país una sociedad cualquiera de payeses.

Pero aparte de la escisión que podríamos considerar básica e inmediata a toda formación de una integración payesa, hay otra característica verdaderamente nefasta: es la incuria, el abandono, la dejadez que se observa siempre en la clase. Es el «¡ja ho farem!», el «¡tant se me'n dóna!», el «¡tant se val!», que el payés tiene constantemente en sus labios. En los escritos de don José M.ª Rendé, que conoció a los payeses tan directamente, encuentro el siguiente relato:

«La Junta convoca asamblea general para anunciar que ha acordado comprar abonos. Sin embargo, vistas las circunstancias del mercado y las continuas y desorientadoras oscilaciones en los precios, se considera que el beneficio del fondo social y los intereses individuales exigen no adquirir más cantidad de abonos que la que los socios suscriban con anterioridad. Se acuerda invitar a los socios a que en el plazo improrrogable de quince días pasen por la Secretaría o por la Conserjería para suscribir los sacos que necesitan. El Sindicato tiene doscientos afiliados. Pasado el plazo, se observa que sólo unos cincuenta sócios han suscrito los sacos de abonos necesarios a las exigencias de sus cultivos. El presidente es hombre de paciencia. Como tal, está acostumbrado a tenerla. Conocedor, además, del punto flaco de sus asociados, ordena al avisador que pase de casa en casa a recordar lo acordado, para que ningún socio pueda alegar ignorancia. Ello le obliga a prorrogar ocho días más el plazo improrrogable. Pasados los ocho días, doce o quince payeses más se presentan a suscribir sus sacos. Y entonces la Junta adquiere el guano suscrito por los sesenta y dos o sesenta y cinco socios que se inscribieron previamente conforme al acuerdo general.

»Pasa el tiempo y llega el abono. Se hace el pregón invitando a los asociados a recoger sus sacos. Sin embargo, dado que no ha llovido y por el momento no se puede sembrar, de los inscritos sólo retiran sus sacos unos cuantos, generalmente menos de la mitad... Los sacos quedan en el almacén, esperando. Pero, de pronto, llueve... y entonces se produce el zafarrancho. Todos se agolpan entonces en la Secretaría a buscar sus sacos de guano: los que habiéndose inscrito no lo habían retirado, los que lo habían retirado pero que no tienen bastante con los sacos que ya poseen y, sobre todo, los que no se tomaron la molestia de suscribirlo a pesar de haberlo acordado así el pleno de la sociedad... Entonces se arma una enorme gresca, gresca que suele durar días...» Gresca —añadiré yo, que he vivido algunos casos de este tipo — en la que la Junta suele quedar ignominiosamente criticada, abrumadoramente tratada, implacablemente deshecha. Los que se quedan sin guano afirman que la Junta es una junta de ladrones; los restantes, considerando que el guano que obtuvieron es insuficiente, declaran que la Junta está formada por una tropa de desalmados. Es inútil recordar lo sucedido. Es, sobre todo, indiscreto recordarlo. Ellos lo hicieron y ellos lo deshicieron a su gusto... Para un payés de nuestro país, egocentrista cien por cien, con un individualismo que supera el sentido del ridículo más elemental, el mundo entero no tiene una justificación plausible si no se amolda en cada momento no sólo a sus necesidades, sino a su dejadez e indiferencia, que a veces es típicamente asiática.

Anécdotas como la que hemos contado podrían repetirse hasta la saciedad. Llenarían números y números de este semanario. Ya volveremos algún día sobre este tema inagotable. Por el momento, basta.

LOS CRIMENES DE LOS QUE NO FUERON A LA GUERRA

por CARLOS SENTIS

Acorralado, Heirens firma su confesión

DENTRO de poco morirán en la silla eléctrica tres veteranos de la guerra: Harry Suckow, Edward Koberski y Edward Kakhosta. Pasaremos por alto sus apellidos originariamente rusoeslavos y no nos detendremos casi en sus asesinatos, los más famosos entre los que ha habido en Norteamérica en estas últimas semanas. Entre los tres mataron a un aprendiz de joyero y raptaron ignominiosamente a su novia mientras, por la noche, la pareja, como tantas otras, deambulaba por el Central Park, corazón o, mejor, pulmón de Nueva York. Aquella misma madrugada, después de abandonar a la muchacha, mataron, para robarle, a otro viandante, que resultó ser también otro veterano de las fuerzas armadas norteamericanas, el ex marinero Marchisella.

Estos crímenes, que tanto han emocionado a las gentes de por aquí, podrían prestarse a un comentario sobre el aumento de la criminalidad, propio de todas las postguerras. A ciertos hombres que han manejado las armas homicidas y las vidas humanas con total desenfado, les es difícil, después, alejarse de la sangre. Hay un tipo de criminal que anda por la vida pacíficamente, hasta que viene una guerra y descubre que el matar es para él lo que el agua para los peces. Scottland Yard estos días está lamentando para toda Inglaterra lo que en la casa llaman «una ola de crímenes de postguerra».

Sin embargo, y a pesar del asesinato del Central Park, éste no es el caso típico en la criminalidad americana de esta temporada. El soldado americano, por lo general, ha vuelto de la guerra mucho más serio, menos superficial y muy cansado, y hasta a veces con un sentimiento trágico de la vida muy poco corriente por estas latitudes. André Maurois, que acaba de embarcar para Francia, después de profesar un par de cursos en la Universidad de Kansas City, ha comprobado entre sus alumnos la insólita madurez y reflexión de los que, jovencísimos aún, volvían a las aulas veteranos ya del Ejército de los Estados Unidos.

Creo que tiene razón Maurois. Aparte de los casos del precriminal, los que vienen de la guerra llevan dentro una reserva de generosidad y de experiencia auténticas que les hace bastante inmunes a ciertas modas y contagios que prenden fácilmente en otros de su misma o parecida edad.

El «chulo», el «matón», el «presumido», el «desesperado» o el «disoluto», acostumbran a surgir entre las promociones que siguen inmediatamente a los que fueron a la guerra. Son aquellos — los que no fueron — los que se figuran ser unos héroes. Y si, por azar, visten un uniforme, bien porque estén en filas o en prefilas, entonces ya caen en el puro dislate. Lo he podido ver en distintos países. Este mismo invierno, en Francia y en Alemania.

Ahora, puedo comprobar el curioso fenómeno en los Estados Unidos. Debutan

Heirens tenía muchas amigas, y todas ellas le consideraban un «gentleman»

a la vida unas promociones que darán mucho que hablar y mucho que llorar. Los jefes de la ocupación, tanto del Japón como de Alemania, en pocos días de diferencia, han mostrado su consternación ante el comportamiento de los nuevos reclutas que van ya a reemplazar a los veteranos. Estos soldados que no han hecho la guerra — ha dicho, por ejemplo, Mac Narey, estupendo militar que conocí en Nuremberg — podrían, en pocas semanas, hundir todo el prestigio del Ejército americano en Alemania. En el Japón, han dicho lo mismo. No saben lo que es disciplina, e, inconscientes a los sufrimientos — dice el general —, pegan, humillan y no saben comportarse debidamente con las mujeres.

Los tan temidos destroxos morales de las guerras, que nadie se ha atrevido a negar, tienen lugar, principalmente, entre los jóvenes, a los que la paz no da tiempo de ir al frente, y entre las mujeres.

Niños aún cuando empieza la guerra, que obliga a ausentarse a los mayores o, en otro caso, les inunda de preocupaciones, todos los mozalbetes obtienen una libertad de movimientos casi total. En esta guerra, además, muchas madres han trabajado en fábricas y talleres con horarios fijos de obrero.

Por un lado, esto libertad. Por otro, la contemplación de tanta glorificación de toda clase de violencias, el desprecio a las vidas humanas, el cinismo puesto al rojo vivo y la literatura de tres al cuarto... El resultado de todo eso, en cerebros débiles o propensos a la excitación y al desequilibrio, equivale al paso de un huracán. Si a esto se añade la extraordinaria sensibilidad al mimetismo de las grandes masas modernas, de las que en los Estados Unidos hay el exponente más claro — los otros países, algunos de muy cerca, van siguiendo detrás —, no se puede extrañar nadie de que en pocos días hayan aparecido dos o tres muchachos de profunda y espantoso criminalidad.

Nadie tan exponente de todo lo que acabo de decir — no intento convencer al lector que no esté conforme — como el pobre William Heirens, de Chicago, y de diecisiete años, que, cuando escribo estas líneas, ha confesado ya sus tres crímenes, entre los cuales está el rapto para rescate, asesinato y descuartizamiento de una niña de seis años. Pocas horas después de este lento crimen, estaba ya sentado en su banco de clase de la Universidad. Heirens empezó este pasado curso sus estudios de ingeniero, y era un alumno modelo y ejemplar. Todo el mundo le tenía por muy normal: sus deportes, sus salidas a bailar con las «girl-friends», que le tenían por un «gentleman»; sus banderines pegados en la pared del cuarto de su casa de pequeños burgueses..., y, por las noches, sus lecturas de novelas policíacas y de «misterio», o las películas del mismo género.

Tan impresionado le tenía este género novelístico de «ladrones y serenos» — con el cual tantos adultos van a dormir, como los niños con su biberón —, que escribía hasta cartas a su «otro yo», a George Murmans, su doble malo y perverso. ¿Recuerdan ustedes aquella película «Dr. Jeckyll and Mr. Hyde»? Lo mismo, exactamente copiado, era el montaje que se había hecho este chico, que dejaba para su «yo» malo el asesinato en serie, y para su «yo» bueno, el banco de la Universidad, los logaritmos y estas chicas con las cuales salía a bailar.

Algunas publicaciones, como, por ejemplo, el «Time», han presentado el caso tomando el pelo a este desgraciado loco y asesino, a propósito de esta historia de fantástica duplicidad. Yo, la verdad, no sabría tomarme eso con ligereza, ni sabría aprovechar la cabeza de Heirens para hacer demasiado fáciles chistes. Creo que el caso es gravísimo. Todo él impregnado de la moraleja que pueden aplicarse no los hijos, sino los mayores.

Estamos, entre todos, creando unas generaciones moralmente menos recias que un espantapájaros de huerto. Y esto justo en los momentos en que la Humanidad sólo se puede salvar por lo contrario.

Pues ¿y este otro síntoma en torno a Frank Sinatra? Es casi inocente, y para nada interesa al criminalogista. Para el psicólogo y para el observador, vale tanto como el de Heirens. A Sinatra — que es un barítono muy corriente y muy inferior a Bring Crosby — o a su agente de publicidad, según parece, se le ocurrió pagar a unas chicas para que se desmayasen justo en los momentos en que incurriese en algún «gallo». La cosa tuvo gran éxito, y la gente lo creyó. Tanto lo creyó, que, ahora, ya se le desmayan de verdad. Infinidad de chicas que no han cumplido los veinte años, han hecho de Sinatra su Rodolfo Valentino, y cuando actúa en el Broadway van a hacer cola desde la noche anterior, como los pobres diablos que todos los años, por Navidad, cenan y duermen ante la puerta de la Casa de la Moneda.

—«No hay nada que hacer — decía ayer una chica —; cuando viene Sinatra a Nueva York, mi prima, de quince años, que sólo le llama Frankie, desaparece de su casa durante un par de días. Los padres lo han ensayado todo. Sólo les quedaría el recurso de echarla definitivamente de casa.»

Estábamos en una piscina, y todos los oyentes del corro le dijeron a la prima de la envenenada por el sinatrismo:

—¡Qué divertido!...

Estos son, señores, los caminos de esta postguerra.

Wáshington, agosto de 1946.

AL DOBLAR LA ESQUINA POR NÉSTOR

EL SAINETE

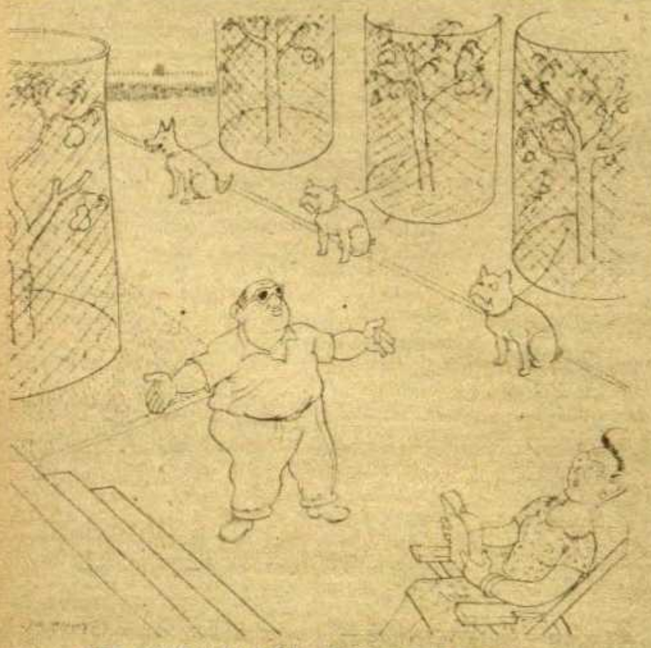
PARECE ser que la gente está obsesionada con las comunicaciones en este verano. En el número pasado de DESTINO se publicaba una «Carta al Director» hablando de lo más truculento de los viajes en tren, y se citaban toda la serie de fenómenos de índole peculiarísima que suceden en este servicio. A pesar de todo, yo sigo creyendo que la más notable característica de nuestros ferrocarriles — más que las intimidades liberalmente reveladas de los pobres, más que los viajeros de segunda de pie, más que los de tercera atormentados, más que los revisores, más que los retrasos, que el calor sofocante y los asientos incómodos, más que los horarios desarticulados, las colas para extraer billetes, los papeles del billete anticipado personal e intransferible, que la beneficencia obligatoria en los sellos que pegan al dorso del billete, que los negociantes en asientos que venden el suyo que han ocupado al formarse el tren fuera de la Estación, y demás gracias como averías y retrasos —, más que todo, repetimos, es notable la sublime lentitud de los trenes.

Esta lentitud, este «ir tirando», es una cosa puramente sainetesca. En general, toda la vida particular de los españoles tiene un encantador sabor de sainete. La socarronería del empleado de una taquilla, la sorna de la señorita telefonista al pedirle una conferencia urgente, la mirada conmiserativa del camarero al escoger nosotros el cubierto de quince pesetas y despreciar la carta, las confianzas del peluquero al obligarnos a sufrir sus lociones, la jovialidad del revendedor de localidades del teatro, el servicio en monopolio de la Arrendataria, en forma de un tabaco de calidad infernal; los servicios de Aduana, tan ceremoniosos, lentos y solemnes ante la maleta, como el antiguo rito de ungir a los reyes; la vida públicoprivada de los que se han hecho ricos de golpe y porrazo; las conversaciones sobre la bomba atómica; en fin, todo está tocado por ese aire familiar, jacarandoso y de andar por casa que informa el sainete.

Nosotros creemos que este ambiente de sainete está muy bien cuando los actores y espectadores están de acuerdo en celebrar un sainete. O sea, que «La verbena de la Paloma» o «La Gran Vía», son excelentes con un público regocijado y dispuesto a reír. Ahora bien, si vamos a ver una tragedia y nos representan «La Gran Vía», no nos hará ninguna gracia. Y la representación constante de «La Gran Vía» me atrevo a decir que nos cansará, por más jacarandosos que seamos. Es decir, que llega un punto en que desearíamos ver andar rápidamente a los trenes, saber que si el cubierto está anunciado a treinta pesetas y sólo tomamos el cubierto, sólo pagaremos treinta pesetas y no cincuenta, como, con unos guarismos debajo del precio, pretenden demostrarnos. Queremos decir que ha llegado el punto en que es de sainete y sólo puede tolerarse en plan de sainete, hacer extravagancias suntuosas con el dinero recién llegado, u obligarnos a soportar doscientos anuncios en una emisión de radio. Es de sainete y no es correcto que el que entra en España soporte unas gestiones aduaneras lentísimas; es de sainete el atuendo veraniego de muchos señores veraneantes, y es de sainete del más insoportable el que la conferencia telefónica pedida para las once de la mañana llegue a las cinco de la tarde.

Todo esto haría morir de risa en el escenario; pero en la vida habitual, es de una amargura anonadante. Es de sainete la cerveza que bebemos; el ronquina que nos echan, al menor descuido, en la cabeza, en una peluquería; el que tengamos que dar propina al niño que abre la portezuela de un taxi, o, más bien, el de que haya un niño servicial que lo haga. Es de sainete la leche aguada, el vino de fórmula, la intimidad que nos tienen los camareros, la conversación pesada del limpiabotas, los pobres que piden en las terrazas de los bares, la circulación de la ciudad, la existencia de tranvías y la ausencia de «metros» y otros vehículos eficientes, la limpieza pública, los carros medievales que la verifican, el humo en la calle de Aragón, el denominar carreteras asfaltadas a unos caminos tumultuosos; son sainete el servicio, pintoresco hasta la sublimidad por su inexactitud, de las tintorerías, y de sainete son los porteros.

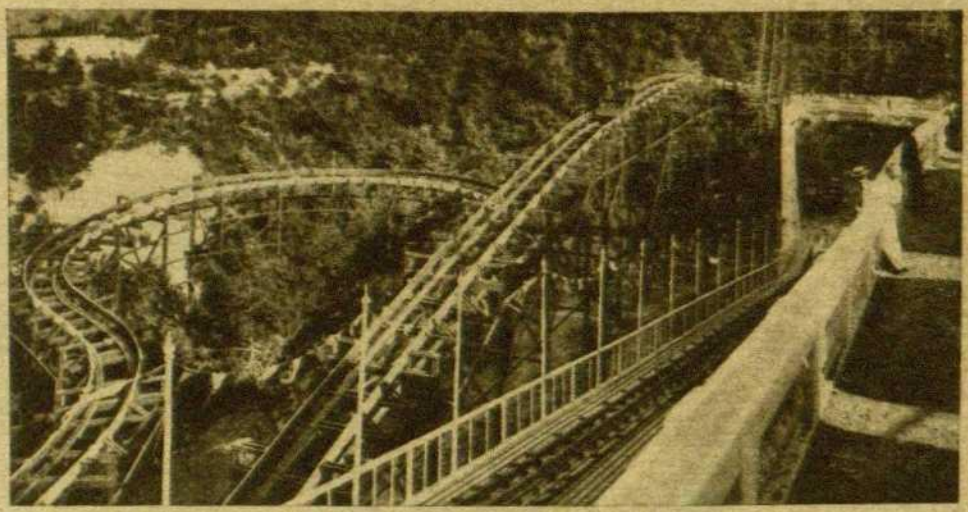
Y ha llegado un momento en que quizá convendría reaccionar contra el sainete, la improvisación, el trabajar poco y mal,, y se debería intentar una organización más sensata y menos repajolera y graciosa de todas estas pequeñas minucias que harían reír en un escenario, pero que entristecen vistas tan de cerca.



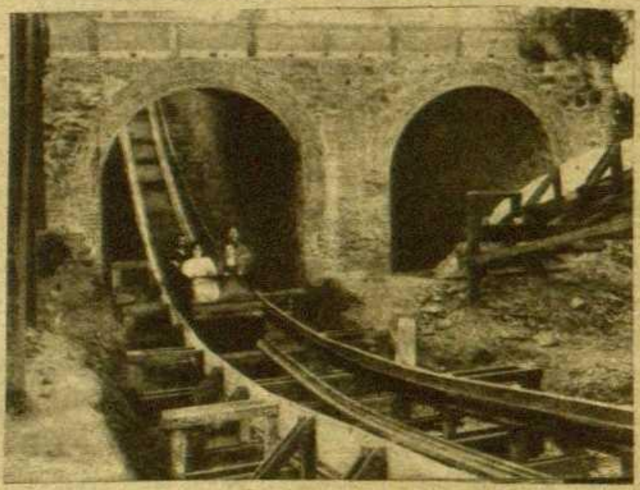
LOS FRUTALES DE LA TORRE, por Castanys

—Este año me he propuesto salvar alguna pera o algún melocotón.

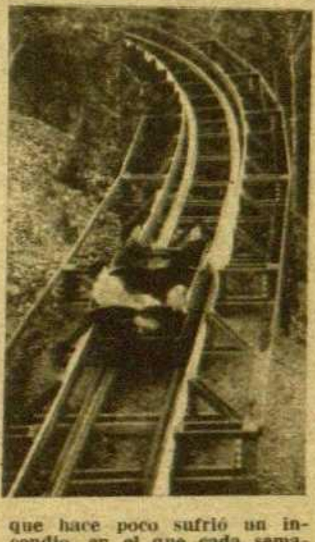
DE MEDIODIA



EMOCIONES ARTIFICIALES Las viejas montañas rusas



LOS parques de atracciones poseen aún un encanto de paraísos artificiales, de lugares donde la emoción sólo cuesta veinte céntimos y pueden ser adquiridos el susto, la caída, la risa y la contracción espasmódica de las cosquillas a un precio fijo reducido. Todas las reacciones humanas posibles son pulsadas, y, de acuerdo con las posibilidades nerviosas del cuerpo humano, se han fabricado mil aparatos, se han construido tramoyas y se han alzado negocios a veces fabulosos. El parque de atracciones más importante es, sin duda, el «Coney Island» nevorkino.



que hace poco sufrió un incendio, en el que cada semana se abocan multitudes inmensas en busca de esa pequeña borrachera del espíritu, en fútil juego con aparejos y aparatos multicolores, en un frenético pasar bajo los ensordecedores altavoces y en pugna con los juguetes mecánicos, toboganes, tubos de la risa, tiros al blanco, norias, palancas, alfombras mágicas, pisos deslizantes, coches eléctricos, creando el choque y la violencia con aparatosos gritos, ayes rientes y espesas carcajadas.

En nuestra ciudad parece haberse esfumado la sabrosa tradición de esta clase de diversiones. En Montjuich ha desaparecido todo rastro de su parque de atracciones, famoso diecisiete años atrás por sus novedades en la técnica jaranera. Sólo existen los restos de las situadas en el Tibidabo, que se reducen al viejo repertorio de su clásica atalaya y el avión suspendido a contrapeso; los coches de tracción a pila y a diez barracones que encierran escasas sorpresas. Los «Caspolino», en el Paralelo, con sus canoas de piscina y ahora con su eléctrico fútbol de salón, no han introducido apenas variación en el trajinado campo de las atracciones. Los del «Apolo», con sus grutas fantasmagóricas de pega, aptas para el beso furtivo; su casa de la risa y el aprovechado y serpenteante nicho que encierra «las maravillas del mundo», representan un magro ejemplo de cuanto puede esperarse de ese arte difícil y complicado que se reduce a provocar emociones artificialmente.

Pero lo que más sentimos a faltar son las viejas montañas rusas. Las del Parque de la Cindadela, las de la Rabassada, las del Turó. De las montañas rusas, tenemos un recuerdo vago y nebuloso. Se trata de un varillaje complicado que, en lo alto de sus altibajos, crea las paralelas de unos rieles de tracción a cremallera para las ascensiones y de un chirriante deslizarse en los descensos. Y, dentro de ese recuerdo azulado y casi misterioso, podemos asegurar que las montañas rusas no son más que un vertiginoso descender, con la risa rota en los labios y un anhelo hondo y alegre que hace pensar en la muerte fulminante, en la caída fatal o en el «crac» del corazón, pulverizado por la dinámica emocional. Las montañas rusas condensan todo su atractivo en ese caer sin caerse, en ese quimérico morir para vivir de nuevo. Y todo ello por un par de pesetillas, modesto precio con el que se obtiene vívidamente la impresión de un desgajarse total de los nervios.

Pero ya no quedan montañas rusas, a no ser las naturales del país. Las últimas montañas rusas, las que fueron montadas en el «Maricel Park», cuando la Exposición Internacional del año 1929, según últimas noticias fueron vendidas a un titiritero ricachón, que se las llevó a Alemania. Allí estarán, seguramente, si no han sido destruídas por la guerra. Pero lo notable del caso es que esas montañas rusas son las únicas que existen actualmente en el Continente europeo. El dato es curioso.

Se les ha perdido la pista. Por lo visto, se ha intentado recuperarlas, pero no han sido halladas. Es posible que las dificultades de montaje las tenga arrinconadas en algún lugar ignorado, o, con el fin de salvar las necesidades más inmediatas y perentorias creadas por la guerra, su propietario las haya vendido a peso de hierro, con destino a fundición.

Las montañas rusas son casi un mito, la leyenda de una época alegre y confiada que, para emocionarse, tenía necesidad de pasar por la mirada adusta de una taquillera que se pasaba el día envidiando la diversión de los demás. Las emociones del actual momento — y, por paradoja, cuando Rusia está en el primer plano — son absolutamente gratuitas y, como la liebre del cuento, saltan cuando uno menos las espera.

CINCO MINUTOS CON

Dun y Compañ

COMO si me «hicieran ... artículo», así empez...

—Nuestra casa se fund... Nueva York en el año ... y tiene sucursales en el ... do entero. Usted quiere ...

John L. Fleming y Mariano F... Martínez, vistos por Del Arc...

gociar con un señor que ... side en El Cabo y cons... con nuestros ficheros y n... asociado tendrá usted la ... formación en el acto. Y ... que sea en Sydney (Aus... lia). Tenemos edificio pr... pio, el «Dun Building».

Quien hablaba era don Ma... riano Font Martínez, direc... general para Europa de ... Casa, y me servía de int... prete con Míster John L... Fleming, vicepresidente ... «R. G. Dun y Co.»

Y ya se habrán dado cuen...

A PRIMERA VISTA

Este mortal tiene para rato

Y no se va a cansar, porque tomó sus precauciones, sentado en su maleta. Este caballero veraneante (los zapatos le delatan) espera el autobús. Ha llegado ahora mismo; son las doce y cinco, y no sabemos lo que le aguarda. Todo esto lo deducimos ante este primer plano. Pero aquí jugamos limpio; ustedes dirán que a este tío lo hemos puesto ahí y le hemos hecho una foto para meternos con el letrerito de marras. Sí, señores; así ha sido. Y nos ha faltado un detalle, que iba muy bien para dar carácter al momento. Nos han faltado unas colillas en el suelo, esas colillas de la impaciencia. Hubiera estado la cosa en ambiente; pero uno no puede estar en todo...

Ahora bien, lo que se trata de demostrar es que esa «parada de autobuses» es ... broma; o unos azulejos de... rativos que no sirven pa... nada útil. Como no sea pa... despistar. Aunque ya qued... en la ciudad pocos despistad... Y este buen señor que hem... sentado en la calle Mayor de... Gracia en actitud de espera, e... como un aviso de caminant... que pone los puntos sobre la... íes. ¿Cuánto tiempo hace qu... no pasa por allí un auto... bús? ¿Es que va a pasar... alguna vez? ¡Pues, entonces! Una de dos, o quitan el letre... rito, o ponen el autobús. Esto es lo serio; lo serio y lo di... crecional, como las parada... Bueno, y a propósito de esto... si tienen la sana ocurrencia de... instalar de nuevo la línea ésa, que no se lleven unos metros más allá la paradita. ¡Qué estaría bueno!

A MEDIANOCHE

...e que tengo ante mí a dos grandes figuras del mundo de las finanzas, por cuyas manos pasan todos los seres que desempeguen un papel en el campo del comercio. Acaban de llegar de América para recorrer Europa en viaje de inspección.

—De modo que si yo quiero negociar con un señor del Congo que no conozco y sé que tiene cocos baratos, ¿qué hago? — pregunto.

—En nuestro libro encontrará los datos precisos de la personalidad de él del Congo cuota de capital, crédito y ramo del negocio. Inmediatamente puede usted ponerse en contacto. Nosotros publicamos un libro cada dos meses que lo repartimos entre nuestros asociados, y sólo en Estados Unidos, se tiran sesenta y cuatro mil ejemplares.

—¿Será una «Lista de teléfonos» monumental?

—Pesaba diez kilos y ahora lo hacemos en papel especial ligero y pesa la mitad. Pero tenga en cuenta que ir al día en los cambios, significa una rectificación de cinco mil y pico datos diarios; por eso renovamos los libros cada dos meses.

—¿En España cuántas fichas hay?

—Un millón.

—¿La guerra les ha ocasionado algún trastorno?

—Hemos seguido en contacto con casi todos los países. Yo, en mi despacho de Nueva York — dice el señor Font Martínez— recibía diariamente durante los seis años que he estado allí, doce o quince visitas de gentes de todos los lugares del planeta. Es una organización muy importante, como usted puede ver.

—Y muy compleja, por lo visto.

—Para darle una idea, nuestra Casa, cuyo único interés es fomentar los negocios entre los diversos países, cuenta con 7.000 empleados en Estados Unidos (1.400, en Nueva York) y 12.000 en el resto del mundo. Cualquiera que tenga crédito, figurará en nuestros ficheros. ¿Se da usted cuenta de lo que esto representa?

El oasis de verdor de la Plaza de Calvo Sotelo

La Plaza de Calvo Sotelo, en peligro

CORREN malos vientos sobre la Plaza de Calvo Sotelo. Mientras tomábamos un refresco en uno de sus bares, fuimos enterados de un propósito que parece increíble. Se trata de destruir el bello jardín del centro, haciéndolo practicable para ra el público. Suprimir el romántico y pequeño estanque, para exterminar — dicen — algunos mosquitos que congregan las aguas. Hay quien afirma que la reforma tiene por objeto desahuciar a alguna rana que, por las noches, turba el frágil sueño de ciertos vecinos.

Atendiendo a estos deseos, los servicios municipales parece que han imaginado sustituir el estanque por una plazoleta asfaltada, a la que desembocarán unos pasos abiertos entre el césped. En la plazoleta, se instalarán bancos y faroles. Y la Plaza de Calvo Sotelo semejará, así, una de esas entecas urbanizaciones dispuestas ante cualquier fachada de Estación de ferrocarril pueblerina.

Hay que evitar este desaguisado urbanístico. Nosotros hemos realizado una pequeña encuesta entre los vecinos de la Plaza, y nadie nos ha sabido dar razón de los mosquitos ni de la rana. Al contrario, una señorita, muy guapa, al hablarle de la supuesta existencia del batracio, ha exclamado:

—¿Una rana? ¡Qué ilusión!

Otro vecino, ya entrado en años, observa juiciosamente:

—No lo propalen ustedes demasiado. A lo mejor se enteran los propietarios y nos aumentan el alquiler.

La proximidad de una rana, en la ciudad, es considerada una ganga por los habitantes que, en verano, no tienen medios para salir al campo a gozar de las sensaciones de la Naturaleza.

La actual urbanización de la Plaza de Calvo Sotelo, hija de la necesidad de disimular una diferencia de rasante de la Diagonal, ha resultado una de las cosas más graciosas y finas de la ciudad nueva. Entrar a saco en ella, con bancos, faroles y cemento, sería una positiva barbaridad. Lo que se impone, al contrario, es completar su bucólico aspecto, colocando una buena estatua junto al agua y a la sombra de los cipreses.

—¿Qué te parece, el fauno mutilado de los famosos versos de Juan Alcover? — sugiere un amigo —. Entonces, el jardinillo podría honrar la memoria del gran poeta.

La idea nos parece de perlas. La guardamos para el día en que las musas tengan voz y voto en los concejos ciudadanos. Momentáneamente, ¡que no nos toquen la Plaza! Y si es verdad que bulle una rana en sus exiguas aguas, le enviamos desde aquí el testimonio de nuestra simpatía.

SON TUS LABIOS DE CORAL...

EL señor Alejandro Kontos es un honorable ciudadano griego naturalizado español que se dedica a arreglar motores en Cadaqués y los domingos, vende con su señora, helados en un carrito a la sombra de los plátanos de la plaza de las Yerbas.

El padre del señor Kontos vino a España desde la isla de Simi, en el Dodecaneso, contratado por una Compañía de la que formaba parte el marqués de Comillas, para la extracción del coral. Una vez, fué recibido por S. M. la reina Cristina. A consecuencia de sus méritos como buzo y organizador de compañías de buzos, fué condecorado con el Mérito Naval.

—Nosotros — nos dice el señor Kontos — conocemos todo el Mediterráneo o casi todo, y muchos de sus parajes los conocemos por arriba y por abajo, quiero decir las profundidades del mar. El trabajo del buzo es pesado pero fascinador. El fondo del mar es muy bonito.

—¿Cómo trabajaban ustedes?

—Trabajábamos a base de una autorización del Ministerio de Marina. Los buzos españoles no se dedican a la extracción del coral ni a la pesca de la esponja. Nosotros, al Cuando teníamos el permiso del Ministerio para explorar un determinado distrito, contratábamos una compañía de buzos de las islas del Dodecaneso, que venían aquí. Nuestra manera de trabajar es muy distinta de la de los otros buzos. Nosotros trabajamos con material y vestuario muy ligero y bajo el agua andamos siempre a gatas. El buzo español usa material muy pesado y anda por el mar en posición vertical.

—¿Cuándo vinieron inicialmente aquí?

—A primeros de siglo. Aquí mi padre pescó en Cartagena, en Mallorca, y en la costa catalana tenemos explorados tres de los 4 distritos coraleros: Rosas, Cadaqués y el Puerto de la Selva. Nos falta el distrito de Palamós. Hemos trabajado también en el Norte de Africa, en Sfax y, naturalmente, en Grecia; pero Grecia, que es rica en esponja, es pobre en coral.

—Sus campañas, ¿les dieron resultado?

Las islas Medas, cúpula según se asegura de una enorme cueva submarina

—Sí, señor; magnífico. El mejor coral del Mediterráneo es el de la costa catalana. Es el coral rojo que los italianos llaman «sangüe di bue», grande y grueso. El coral pequeño no es apreciado en el mercado. En cambio, las ramas de coral grande y rojo, el coral de cueva, tiene una cotización magnífica. Yo creo que el coral de aquí es el mejor del mundo, porque este litoral es tan rico y abundante en cuevas submarinas. Para estos efectos, la exploración y explotación de la costa de Torroella fué para nosotros no sólo muy productiva, sino literalmente fantástica. La costa de Torroella, desde Monjó a las Medas, contiene las cuevas más extraordinarias y bellas de este mar. Algo que no puede describirse, por su grandiosidad, magnificencia y curiosidad geológica. Hay algunas por las que se entra a sesenta brazas de profundidad y van a salir a enormes huecos situados bajo la corteza de la tierra. Además, le puedo dar otra noticia: la isla Meda grande está sostenida sobre el fondo del mar por tres enormes columnas graníticas. Se puede pasar de Levante a Poniente de la Meda por debajo del agua perfectamente.

—¿Sacaban ustedes mucho coral?

—Muchísimo. El coral es una planta, no tan dura en el subacueo ambiente en que vive como al aire libre. Esta planta crece con una lentitud prodigiosa. Medio siglo para el coral representa un crecimiento de un par de centímetros. El coral se hace en las cuevas y crece de arriba abajo; puede crecer también en las paredes rocosas cortadas a pico y, sobre todo, en las paredes que inciden en el agua oblicuamente. El coral no ama al sol. El coral vive en lugares sombríos, y cuanto menor es la influencia solar sobre la planta, mejor es. El coral tocado por el sol es blanco y carcomido.

—Cuando ustedes pescaban, ¿valía mucho el coral?

—El coral vale siempre, pero hay que saberlo vender. En el Mediterráneo, el gran mercado de este género está en Livorno, donde un italiano, el señor Chaiz, compraba todo el que se le ofrecía. Este señor tiene una finca maravillosa en los alrededores de Livorno, los senderos de cuyos jardines tienen como arena, trozos pequeños de coral, del que se paga menos. Estas sendas tienen un color rojo vivo deslumbrador, elegantísimo.

—¿Y en qué se utiliza el coral, principalmente?

—Los mayores clientes del coral eran los países del Extremo Oriente, China y el Japón, que lo utilizaban para adornar, con coronas de coral, las cabezas de sus muertos.

ACLARACION

INFORMADOS de que el escritor José Luis de Vilallonga ha hecho, a un redactor del periódico «El Globo», de Río de Janeiro, unas declaraciones abrogándose la personalidad de corresponsal y representante de DESTINO en Sudamérica, debemos aclarar, de manera terminante, que jamás ha sido concedida por la Dirección de DESTINO semejante representación a dicho escritor, cuya ocasional colaboración literaria en estas páginas ha cesado a partir de este instante. Cuanto el señor Vilallonga haya podido decir en las referidas declaraciones tiene un carácter puramente personal.

CARTAS al Director.

CAMBIAR DE BILLETE EN EL TREN

«Sr. Director de DESTINO.
Barcelona

Muy Sr. mío:

En una de las cartas dirigidas a usted, publicada en 9 de marzo del corriente en el ejemplar 451, el señor Miguel Valentí se quejaba de que en los Ferrocarriles de Cataluña que hacen el trayecto Tarrasa y Sabadell, al cambiar de clase le hicieron pagar el doble de la diferencia del precio del billete, en vez de la diferencia a secas.

Y de ahí que, aunque un poco tarde, yo le moleste a usted para pedirle publique esta carta en el semanario que tan dignamente dirige, carta que, igual que aquella del señor Valentí, no es más que otra protesta al equívoco proceder de la ya referida Compañía.

Cierto día hablé con uno de los empleados de ésta, del asunto antedicho, y me contestó que si lo hacían así era para evitar que los pasajeros cambiasen de clase con demasiada frecuencia y con cierta mala intención, o sea que por si acaso no pasaba el revisor, habrían efectuado el viaje en segunda con sólo pagar el importe del billete de tercera.

Pero, señores, esto se arregla fácilmente. Con que cumpla su deber el revisor no olvidándose de pasar, está arreglado. No sé si usted creerá lo mismo; mi criterio es que esto es una excusa muy pobre.

Igual que el señor Valentí y por experiencia propia, pues viajo diariamente por esta línea, creo que no es ningún delito el que en algunas ocasiones tengamos que cambiar de clase, ni por ello haya derecho a que nos impongan este correctivo, ya que si cambiamos de clase es por pura necesidad, pues dichos trenes van siempre, y sobre todo en tercera, llenos hasta los topes.

Además, si leemos una disposición aprobada por R. O. de 22 de julio de 1922, que está pegada en las paredes de casi todas las estaciones, veremos que dice lo siguiente: «Trenes mixtos discrecionales. — 2.ª Siendo limitado el número de carruajes en estos trenes, cuya composición será análoga a la de los Trenes Regulares, los viajeros que no tengan cabida en asiento de su clase, podrán optar entre ocupar uno de la clase inferior o esperar la salida de otro tren que salga una hora más tarde como máximum. Si en tales casos, los viajeros prefieren ocupar un asiento de clase superior, caso de haberlo libre, deberán abonar la diferencia del precio del billete.»

Siendo así, ¿por qué no lo cumplen?

Dándole las gracias, se despide de usted atto. y affmo.

ANTONIO GARCIA.»

ARRANCAR ARBOLES DE LA VIA PUBLICA

«Sr. Director de DESTINO.

Muy señor mío: El pasado día 3 del corriente mes vi, en la céntrica calle de Provenza, entre las de Bailén y Paseo del General Mola, a esto de las dos del mediodía, a unos «señores» que tranquilamente arrancaban uno de los mejores árboles de dicha calle; movido por la curiosidad, ya que dicho árbol estaba en perfecto estado, y no comprendiendo el motivo de su desaparición, pregunté la causa a uno de los vecinos, explicándome que estando el citado árbol emplazado frente a un taller de reparación de automóviles, causaba ciertas molestias a dicho industrial.

Nuestro Excelentísimo Ayuntamiento, que tanto se desvela en pro de la repoblación forestal de nuestras calles y plazas, debería tener en cuenta que dichos actos son muy deplorables y anticiudadanos, ya que si todo ciudadano pudiera hacer lo que se le antojara con nuestros árboles, imagínese, señor Director, el estado tan lamentable en que se encontraría nuestra Ciudad.

FRANCISCO BASSAS.»

LA CADENETA

«Sr. Director de DESTINO.

Muy señor mío: En el número de DESTINO correspondiente al 3 del corriente, y en el artículo titulado «Elogio de la «Cadeneta», creo que se emplea la palabra «cadeneta» equivocadamente.

Seguramente es así (lo ignoro) cómo son llamados en Barcelona esos adornos de papel recortado colgados de un lado al otro de las calles en fiesta.

En varias otras poblaciones, a lo que llaman «Cadenetas» es a una cadena propiamente, con sus eslabones de papel de distintos colores y que sirven como adorno complementario de calles y balcones.

A su vez, los papeles recortados a que hace referencia el aludido artículo son llamados (a mi juicio, más apropiadamente) «Serrell».

Le saluda, muy agradecido, s. affmo.

G. V.»

Villanueva y Geltrú.

HISTORIA DE DIEZ PESETAS

«Sr. Director de DESTINO.

El caso fué que me metí en una barbería; debía ser de primera categoría.

Entráronme ganas de tomar las de Villadiego, pero pensé que sería mejor ver cómo terminaba mi ocurrencia.

Pues bien, después de cinco minutos de espera, se me indicó que me sentara en una silla con bonitos y relucientes mármoles.

En mi hética y estropeada cartera descansaban, desde el día 19, 10 tristes y huérfanas pesetas. Por lo que vi, el mondador no lo sabía, pues invadióme con una serie de preguntas, que no sé cómo las aguanté:

—¿Quiere que le lave la cabeza, joven?

—¿Un poco de fijador?

—¿Brillantina?

—¿Le hago masaje?

—¿Polvos?

—¿Loción?

—¿Fricción?

Cansado ya de contestarle con negativas, no sé a qué le dije un sí, que me dolerá en el alma mientras viva.

Nada menos me puso «Quina» y me dió dos o tres pasadas con una piedra que parecía mantequilla de racionamiento.

Terminó el papel barberil con un: «Servidor de usted, joven.»

Le pregunté, con voz algo apagada: «¿Cuánto le debo?»

Este irrumpió con un 8'70, que me arrancó el alma.

Bueno: 8'70 y 0'30 por el enfático «servidor», son 9 pesetas.

Bien, y ahora, ¿con qué clase de embutido que me cueste una peseta puedo yo gobernar mi estómago?

Y todavía, al salir de aquel pelaje interrogatorio, tuve que oír la tan cacareada voz de:

—¿Limpia, joven?

Yo pensé: «Limpia, no. ¡Limpio!»

Perdone la molestia, señor Director, y créame de usted afectísimo y s. s. q. e. s. m.,

UN CLERK.»

Panorama internacional

LAS NEGLIGENCIAS DE BALDWIN

—¿CREE usted que Randolph Churchill está en lo cierto al denunciar las negligencias de Stanley Baldwin — hoy lord Baldwin — respecto a la defensa nacional?

—Baldwin es el autor de una de las frases más justas y hermosas: «Las fronteras de la Gran Bretaña no son las rocas calcáreas de Dover, sino el Rhin.» Poco después de haber sido pronunciadas estas palabras, pasé dos semanas en medio de esas mismas rocas calcáreas, que caen en el mar y que pueden sugerir al inglés medio la impresión de «Finis-terrae», que allí termina el mundo, por lo menos el suyo. La frase de Baldwin intentaba luchar contra ese complejo de insularidad y por esta misma razón merece el mayor elogio. La frontera de Inglaterra estaba, efectivamente, en el Continente, y ni siquiera en el Rhin, sino en el Danubio y el Vístula. Tanto es así, que la más brillante de las victorias del Duque de Marlborough — el Mambrú de los cantares — fué conseguida en Blenheim, en el alto Danubio. Y esto ocurrió hace yo doscientos cuarenta y dos años. En la época de la buena Reina Ana, la mayor parte de los ingleses no veían más allá de Dover; pero el genio de Juan Churchill, es decir, de Mambrú, se dió cuenta de que no sólo en Dover y en los mares puede ser salvado el país, sino, en caso de necesidad, también en el corazón del Continente. Y emprendió una marcha hacia Baviera, tan larga como de Londres a Edimburgo. Baldwin no tuvo el valor de llegar hasta la realidad real; indicó el Rhin como frontera de su Patria, pero lo mismo que Marlborough tuvo que ir al Danubio, en 1704, para salvar del derrumbamiento a la gran coalición, en 1939 los ingleses y los franceses debían haber desafiado a los alemanes en el Vístula para salvar a Polonia y su sistema de alianzas.

—Bueno, tanto ya no se puede exigir a Baldwin, ni a ningún estadista británico.

—Ya lo sé; pero si no era posible llegar al Vístula, debían ser fuertes, por lo menos, en el bajo Rhin, el Mosa, el Mosela, el Escalda. También en los Países Bajos, en el amplio sentido de la palabra, consiguió Marlborough brillantes y decisivas victorias. Las consiguió contra Francia, pero no hubiera sido más difícil vencer al Tercer Reich en las mismas regiones, cuya pérdida abre la ruta de París, o del Ruhr y del Noroeste de Alemania. Parece inconcebible que los aliados occidentales no hayan intentado siquiera ser fuertes en Flandes. ¿Quién podía pensar en un ataque frontal contra la Línea Maginot, cuando todo el Noroeste de Francia estaba abierto a la invasión? ¿Culpa de Baldwin? Sí, mas sólo en parte. Culpa de muchos. Hay responsabilidades que aterran. Se habla periódicamente de los errores cometidos por el Rey Leopoldo. Uno de sus principales errores es el haber denunciado la alianza con las democracias occidentales, con la ilusión insensata de que la Alemania nací respetaría la nueva neutralidad de Bélgica. Mala fe no hay en su acción; pero los reyes, si gobiernan, son responsables de sus gestos, lo mismo que cualquier ministro. Leopoldo III se equivocó lamentablemente, aunque justo es reconocer que la debilidad demostrada por Inglaterra y Francia justifican, hasta cierto punto, su error y su acción.

—Como veo, según su «modesta» opinión, todos llevan una parte de responsabilidad.

—No; todos, no. En Inglaterra, exceptúo a Churchill y a sus amigos, los que condenaron desde el primer momento la capitulación de Munich. Tampoco son responsables Reynaud, Mandel y algunos más. Entre los militares clarividentes coloco en primer término al entonces teniente coronel De Gaulle, profeta de la guerra motorizada. ¿Por qué no le usted su libro, breve, aunque substancioso como pocos: «Vers l'Armée de Métier»? En fin, son pocos, desgraciadamente, los que veían la realidad con visión clara. Si Hitler hubiese creado personalmente a sus adversarios, no lo hubiera hecho mejor. Vuelvo a decir que hubiera podido levantar un monumento con esta inscripción: «A nuestros queridos enemigos, débiles y ciegos, la Alemania nacional-socialista, agradecida.» Es verdad que luego los aliados victoriosos debían haber hecho lo mismo en sentido contrario. Porque, al fin y al cabo, es la ceguera del «Führer» la que les ha proporcionado la magnífica victoria. Si Hitler no hubiese desencadenado la guerra con tanta ligereza, Alemania sería hoy la primera Potencia de Europa. Ahora bien, temo que mis palabras resulten algo optimistas, o sea que la victoria, efectivamente brillante, no conduzca a nada práctico. En la Conferencia de París se diría que están en presencia dos bloques enemigos, entre los cuales los alemanes conseguirán maniobrar y rehacerse. Y ello es muy lamentable.

Juan Churchill, Duque de Marlborough

—Bueno, volvamos a las negligencias de Baldwin. ¿Qué debían haber hecho los aliados?

—Lo sabe usted lo mismo que yo: ser fuertes, escuchar a De Gaulle en cuanto a la técnica, y a Churchill en el terreno político. Oponer sesenta mil aviones a los veinte mil alemanes. Estar dispuestos a todos los sacrificios. Comprender la significación de las palabras: «The fleet in being.» Si hubiesen dispuesto de una flota aérea «in being» y una ciudad compuesta por miles y miles de tanques, la guerra no hubiera estallado, porque ni Stalin habría pactado con Hitler, ni éste lo hubiera arriesgado todo por el pretexto del pasillo de Dantzig. ¿Negligencias de Baldwin? Sí; pero también negligencias de otros muchos.

ANDRES REVESZ

BODEGA MALLORQUINA

RESTAURANTE DEL

SALON ROSA

Recuerde Vd. el cubierto de verano

Temperatura ideal refrigerada

Inglaterra está en el meollo de Europa

HE ahí lo que acaba de publicar un gran escritor, uno de nuestros mejores escritores, en un periódico de esta ciudad:

«...Por de pronto, de los «tres grandes», ninguno es europeo. Inglaterra, en efecto, no es propiamente Europa sino una isla. O mejor todavía — seamos exactos — un barco, un navío que lo mismo atraca al muelle europeo que se aleja a otros continentes. El Imperio Británico nunca se ha sentido entrañable e inexorablemente ligado al destino europeo, con sus raíces hundidas en lo hondo de la tierra continental, por la decisiva razón de que un navío no tiene raíces; tiene amarras que se sueltan cuando se desea, anclas que se levan, velas que se inflan cuando sopla el viento, etc».

Véase aquí un peligroso resto de la propaganda que predominaba en Europa en los años del cuarenta al cuarenta y tres: aquella tésis de que Inglaterra no es europea y que, por tanto, sólo a Alemania le tocaba «organizar» el Continente. Una tésis que se basaba en el hecho geográfico de ser Inglaterra una isla, como si una isla no tuviera historia y cultura. Y, en este caso, la historia y la cultura de la isla inglesa son íntima, profunda y esencialmente europeas. Esta es una realidad que la catedral de Westminster, las tragedias de Shakespeare o los cuadros de Reynolds, pongo por caso, se encargan de proclamar con una fuerza que no puede haber escapado a la rica ilustración del ilustre y admirado autor de las líneas arriba reproducidas. Según esta regla de tres, también podría decirse que España no es Europa — ya sé que algunos lo han pretendido, con disparatada desviación — y que Portugal, desde luego, es lo menos europeo del mundo, con su mirada al Atlántico y su gran imperio colonial.

¿Y en lo político, ¡Dios mío!, no está Inglaterra en Europa? ¡Si no ha habido, ni hay, acontecimiento político europeo de alguna importancia en el cual Inglaterra no haya intervenido o no intervenga, desde que Europa es Europa! ¡Si ni siquiera cabe decir que no formó parte del Imperio Romano, porque realmente estuvo incluída en sus inmensos «limes»! Pero, además, y esto es fundamental, la política de Inglaterra ha sido siempre, de cara a Europa, eminentemente «europea» en el significado más profundo de la palabra.

El sentido de Europa como valor cultural y político, se fundaba en la coexistencia de múltiples culturas y pueblos bajo unas normas generales que, sin fundirlos, les daban una cierta unidad superior. No es éste el sitio de determinar cuales eran estas normas superiores ni hasta donde llegaban las diferencias aquellas. Pero lo cierto es que ello era así. Pues bien, como es natural, todo intento de destruir aquellas diversidades o de presionarlas hasta su deformación, tratando de imponer una de ellas a todas las demás mediante la fuerza, era un intento antieuropeo, viniera de donde viniera. Así, tenía un gérmen antieuropeo la política de Luis XIV y lo eran abiertamente las de Napoleón, de Guillermo II y, sobre todo, la de Adolfo Hitler. Nada más destructor de Europa que el imperialismo nacionalsocialista alemán que pretendía someter las distintas variedades del Continente al absoluto predominio de un Reich totalitario y racista.

Pues bien, frente a todas estas tendencias de absorción se ha encontrado siempre Inglaterra. Conste bien que, al afirmar esto, sé perfectamente que no lo ha hecho así por generosidad de corazón ni por un sentimiento desinteresado de amor a lo europeo. No creo que ninguna gran Potencia haya tenido por costumbre regirse por tales sentimientos de una manera absoluta ni preponderante. Sé perfectamente que al propugnar, y defender con las armas en la mano cuantas veces ha hecho falta, el sistema del equilibrio europeo, Inglaterra lo ha hecho por defender sus intereses particulares. Pero da la circunstancia feliz de que estos intereses particulares son tan coincidentes con los de Europa que, en las grandes ocasiones de la Historia, Inglaterra ha resultado ser el campeón principal de los intereses europeos.

∴

El ilustre autor del artículo de referencia, completa su pensamiento respecto a Inglaterra. «Esa condición extraeuropea de lo británico — escribe — se acentúa cada día más, por la categoría natural que van tomando las Australias, Nuevas Zelandas, Canadaes y Áfricas del Sur, que no van a morirse de pena precisamente porque se muera Europa. Si jamás han sido capaces los ingleses insulares de comprender y querer el destino europeo, menos lo serán, pongo por caso, los australianos, nuestros antípodas».

De manera que, según esta tesis, la existencia de un vasto imperio desparramado por el mundo, quita europeísmo a Inglaterra. Pero, ¿no es más cierto que este Imperio no existiría si no se mantuviera su centro rector, su clave de bóveda que está en Europa y sin la cual se hundiría todo el edificio? La cosa es evidente y hechos bien recientes la han probado: la inmediata declaración de guerra de los Dominios a Alemania, sin que ninguna obligación legal ni ninguna fuerza pudiera moverles a ello, demuestra clarísimamente su conciencia profunda de que la subsistencia de Inglaterra les era indispensable hasta el punto de que por mantenerla estaban dispuestos a derramar su sangre en un conflicto europeo.

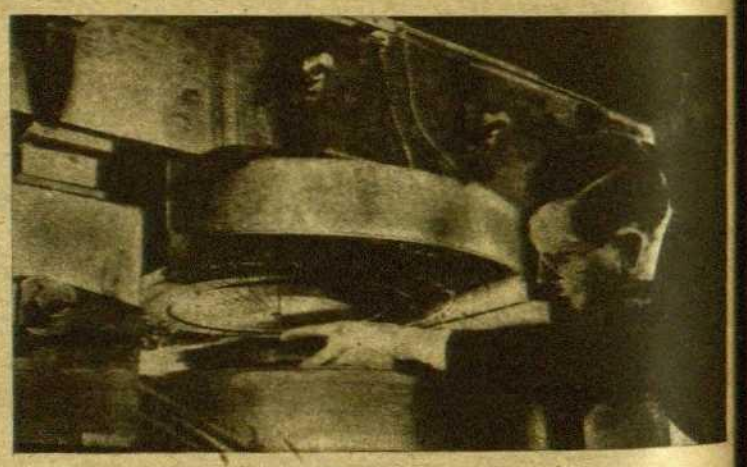
No; lo que en realidad sucede es que la existencia del Imperio, que indudablemente implica a Inglaterra en cuestiones mundiales extraeuropeas, implica al mismo tiempo a vastas extensiones de otros continentes en los problemas europeos. Puesto que el símil empleado por el autor del artículo a que vengo refiriéndome — el barco que leva anclas o cuyas velas se inflan según el viento — no es más que una bella pero inexacta comparación poética: en realidad, Inglaterra no puede «levar anclas» ni marcharse con viento fresco, puesto que es una tierra sólida e inexorablemente fijada a cuarenta y pico de kilómetros del Continente. Y nada de lo que sucede en el Continente — aun antes de la invención de la aviación, de las «V» y de la bomba atómica — puede serle no ya indiferente sino tampoco extraño. Todo lo que sucede en el Continente, la afecta de manera tan inevitable como a cualquier país continental.

Cierto que la insularidad atribuye a Inglaterra un matiz particular, unas características distintas, pero también las tienen los países escandinavos — islas también, de hecho — o la península Ibérica y la itálica, o Córcega, Cerdeña, o las Baleares, sin dejar de ser europeos y muy europeos.

∴

Inglaterra és europea de manera plena y absoluta. Cultural y políticamente, lo mismo que lo es geográficamente. Es tan europea que forma parte del mismísimo meollo de Europa, junto con otros diez o doce pueblos más. A Europa pueden amputársele los Balcanes o Finlandia, por ejemplo, y ello es una gran pérdida, una pérdida de proporciones muy importantes. Pero si se le amputaran algunos otros pueblos — Italia, Francia, Alemania, España —, dejaría de ser Europa. Inglaterra es uno de esos miembros esenciales. Si a Europa se le quita Inglaterra deja también de ser Europa. El Tercer Reich quiso hacerlo y por eso su plan hubiera llevado, caso de triunfar, a un Gran Reich imperial pero a la definitiva ruina de Europa. Históricamente, políticamente, culturalmente, Europa no se concibe sin Inglaterra, puesto que no se la concibe sin Nelson, sin Disraeli o sin Shakespeare, por ejemplo.

SANTIAGO NADAL



El Betatrón

96 ELEMENTOS

EN nuestro último artículo sobre la bomba atómica prometíamos ocuparnos de los aspectos optimistas de la misma. Por muy justificadas que estén, no todo tiene que ser visiones apocalípticas que nos hagan caer en un escepticismo rousseauniano respecto al progreso. Porque la bomba atómica tiene también dos aspectos francamente alentadores.

El primero es la posibilidad de utilizar su energía, no para la destrucción, sino para el progreso. Se ha hablado mucho de las centrales de energía del futuro, que se alimentarán tan sólo con la consabida tacita de agua. Se han sacado incluso ya patentes de locomotoras y autos atómicos. Pero, siendo sinceros con nuestros lectores, les resumiremos la situación actual con estas dos verdades: Primeramente puede afirmarse que el desprendimiento graduable de la energía atómica presenta menos dificultades teóricas que el explosivo. Es decir, que la utilización técnica de la energía atómica es, en principio, más fácil que la propia bomba. Y seguidamente debemos frenar el entusiasmo diciendo que aunque sea tal utilización la más fácil, no es por ahora, desgraciadamente, menos cara. Porque la desintegración del agua — o de cualquier clase de materia, indistintamente, como prevé la teoría — no se ha logrado todavía. Necesitamos aún plutonio o uranio 235. Es decir, que tales centrales costarían todavía estos puñados de millones que las naciones parece que gastan gustosas tan sólo para destruir. Para la humilde técnica, el carbón, el petróleo o el salto de agua son todavía lo más económico. Tal es la situación actual. Si algo cabe es la esperanza de que se altere.

El segundo aspecto a que nos referíamos es el científico especulativo, o sea el avance en nuestro conocimiento del mundo físico que se ha conseguido gracias a las investigaciones atómicas. Es bien conocida la generalización de la radioactividad y la confirmación de la equivalencia einsteiniana entre masa y energía, pero lo es muy poco todavía la constatación experimental de mi teoría sobre el número de elementos de la naturaleza.

Cualquiera que haya tenido un roce, por elemental que sea, con la Química, sabe que toda la materia está formada por las combinaciones, prácticamente infinitas, de unos pocos elementos simples. Estos elementos corresponden a las distintas clases de átomos, y las combinaciones corresponden a las moléculas o agrupaciones atómicas. El hidrógeno, el hierro, el azufre, etcétera, todo el mundo sabe que son elementos, es decir, materia formada por una sola clase de átomos. Y sabe también que el resto, que es la mayor parte que está a nuestro alcance, está formado por moléculas, o sea agregados elementales de estos átomos, relativamente simples en el mundo inorgánico o mineral y capaces de una enorme complejidad en el orgánico y vital. Los ladrillos del edificio de la materia son, pues, los átomos, y la física-química, durante lo que llevo-

EL MUNDO Y LA POLITICA
POR ROMANO

...nos de siglo, se ha esforzado en poner en claro su constitución, llegando a la consecuencia de que se trataba de estructuras en las que intervenían únicamente tres clases de partículas (irreductibles éstas ya) llamadas electrones, protones y neutrones, o sea las eléctricamente negativas, positivas y neutras, que se organizaban en un equilibrio electrodinámico, comparado, con demasiada frecuencia dicho, a un sistema planetario. Hay pues, tantos átomos como sistemas posibles, y esto además es válido no tan sólo para la materia de nuestro planeta, sino para la de todos los astros que forman el cosmos, pues tanto los meteoritos de origen extraterrestre como el análisis de la luz de las estrellas demuestran siempre la existencia de los mismos elementos, esto es de las mismas clases de átomos en todo el universo.

Hasta 1940 se conocían 92 de estos elementos, el más pesado de los cuales era el uranio; pero no había ningún motivo teórico para que no pudiesen existir átomos más pesados todavía (sistemas con mayor número de electrones, protones y neutrones), y, en realidad, se había comenzado a hablar ya de «transuranianos». Por lo que se ve, el número de elementos era un número «empírico», es decir, no justificado por la propia constitución del átomo.

En 1943, dedicándome al estudio de las teorías de Dirac y Eddington — de las que ya hemos hablado en estas mismas columnas —, fuí el primero en establecer, basándome en consideraciones meramente teóricas (que pueden leerse en mi trabajo recientemente publicado por la Real Academia de Ciencias y Artes de Barcelona), que el número de elementos químicos debía ser 96. Faltaba, pues, encontrar cuatro elementos y, por tanto, en aquel entonces, mi hipótesis podía decirse que no estaba confirmada por los resultados experimentales. Pero he aquí que los resultados científicos de la bomba atómica — dados a conocer hace poco por el Gobierno americano — muestran que se han encontrado ya estos cuatro elementos (a los que se ha bautizado con los nombres de Neptunio, Plutonio, American y Curium)... y ninguno más.

Para el descubrimiento de los dos últimos ha sido necesario el empleo de potenciales eléctricos que hasta ahora no se habían podido alcanzar y que se lograron mediante el aparato llamado «ciclotrón». Pero es muy significativo que los potenciales logrados con este aparato han sido superados con el «betatrón», que alcanza los 100 millones de voltios, y con el reciente «sincrotrón», que parece llega a los 300 millones. Y sin embargo, que yo sepa, no hay ninguna señal de la existencia del elemento 97 que, desde luego, desmentiría toda mi teoría.

Desgraciadamente, ésta no admite en sus principios una exposición elemental, pues requiere el conocimiento de las bases de la mecánica cuántica moderna. Como faltan aún en castellano obras de iniciación en estas materias, pienso publicar en la Biblioteca Hispánica (que ya ha editado el excelente libro del profesor Julio Palacios, «Física Nuclear») unas «Bases cuánticas de la Química». De momento, y limitándonos a publicaciones nacionales, a los que se interesen por mi teoría pueden, en el aspecto teórico, consultar mi citado trabajo de la Academia y, en el práctico, el que aparecerá próximamente en la «Revista Ibérica».

Una de las consecuencias de mi teoría es el poder presentar en la enseñanza de la Física un sistema periódico de los elementos, por primera vez completo y mucho más simétrico que el que hasta ahora estaba en boga. Y una de sus características más notables es el estar por completo desligada de toda doctrina filosófica o metafísica. El propio criterio epistemológico de Eddington, que empapa toda su obra y que tanto defiendo, no es necesario aquí en absoluto, pues mis consideraciones se refieren tan sólo a necesidades de orden dimensional, aunque, claro está, que en un universo de cuatro dimensiones, accidentalmente no euclidiano y, desde luego, relativista.

No quiero dejar de señalar aquí que he sido en mis trabajos amablemente alentado por prestigiosos colegas nacionales y extranjeros. Y no ocultaré que no me he decidido a dar a la publicidad idea de tanta trascendencia sin haberla juzgado antes racional autoridades incontestables en la materia.

El investigador español que firma estas líneas pretende, pues — resumiendo lo antedicho —, haber encontrado que la naturaleza juega al juego de la materia con una baraja de 96 naipes. Y que la bomba atómica le ha dado la razón.

MIGUEL MASRIERA

Rusia pasa de moda

ESTA historia de las bombas volantes que Rusia dispara sobre Suecia, o que atraviesan el cielo sueco, es uno de los síntomas más característicos de nuestro tiempo. ¿Qué ocurriría si Francia se dedicara a violar el cielo inglés con esa clase de artefactos? ¿Qué ocurriría si Méjico o el Canadá hicieran lo mismo, utilizando el cielo de los Estados Unidos para esa clase de experimentos, aunque no cayera ni una sola bomba sobre territorio norteamericano?

Obsérvese que lo que hace Rusia es nada menos que unas maniobras militares sobre el territorio de un Estado soberano. Suecia, Turquía, China, ¿podrían permitirse esa clase de libertades en el cielo ruso y sobre territorio ruso?

Si el general Franco parece amenazar la paz del mundo sin disparar bombas volantes, ¿qué se diría de él si se dedicara a esta clase de pirotecnia? Pues seguramente nada, mientras los cohetes cayeran en algún desierto español. Lo que resulta sospechoso en este mundo gobernado por tanta democracia, tanto socialismo y tanto comunismo, es carecer de fuerza. Y lo único que merece el respeto ajeno es la fuerza, por poca o mucha que sea; la decisión de defenderse, cueste lo que cueste, contra la barbarie. Charles Maurras ha dicho docenas de veces que contra ciertas formas de barbarie basta el cuchillo de cocina. Pero citar a Maurras es ahora intolerable, porque Maurras era antinaci, y lo que predomina en la actualidad, hasta en la dulce Francia, son las ideas hitlerianas traducidas al ruso.

Estas maniobras pirotécnicas de las bombas cohete coinciden — cosa que acaso un día sea recordada como un detalle sintomático — con la Conferencia de París. Hemos dicho varias veces que el Tratado de Versalles sería algún día considerado como un monumento de prudencia. ¿Qué pagaría ahora Alemania para obtener otro «diktat» cuatro veces más duro? Lo que sufre ahora el Reich bajo la bota de los cuatro ocupantes es muy parecido a aquel régimen, típico de China, conocido por «anarquía militar».

La Conferencia de París es saludada con unas bombas volantes de invención alemana — porque, hasta el presente, el soviet no ha inventado nada —. Y, cosa a la que no estábamos acostumbrados, en la Conferencia, los vencedores están divididos en dos bandos, más que adversarios, enemigos. Todo esto tal vez sea provechoso, porque vegetan por el mundo numerosas asociaciones de «amigos de Rusia» integradas por dos grupos de hombres igualmente peligrosos: el fabricante de nubes, y ese tipo de ciudadano que, como pan espiritual, necesita vivir en un mundo de rencores. Hemos conocido antes y durante nuestra guerra a varios ejemplares de ambos grupos de hombres catastróficos. El segundo ha existido en todas las épocas y es tan antiguo como Caín. Rusia, país cruel por excelencia, según ha reconocido el mismo Gorki, se sirve ahora de esa clase de hombres y, como el material abunda, puede permitirse el lujo de tener una quinta columna en todas partes. Pero no es el sanguinario el que hace las revoluciones modernas: en Rusia — y eso puede colegirse en la obra de Dostoyevski —, la revolución la hicieron los fabricantes de nubes, los que se llamaban liberales, esos aristócratas que alardeaban de ateos y que Dostoyevski ha retratado con tanta exactitud. Fueron ésos, fué ese romanticismo, quienes prepararon el ambiente a los comunistas. Pues bien: ese sector romántico de esas asociaciones de «amigos de Rusia», microbio que en los Estados Unidos ha hecho estragos, empieza a manifestar su decepción. En las crónicas de Carlos Sentís puede observarse que la opinión americana está ya asqueada de la política rusa. Rusia ha hecho todo lo posible para hacerse antipática en un sector de opinión que le era absolutamente necesario conservar, entre esos «amigos de Rusia» que en los Estados Unidos disfrutan de un nivel de vida y de una libertad de movimientos que en el país de los soviets no conocen ni los ministros ni los generales.

Una publicación ocultista, que no hemos de citar, ha escrito que Stalin y Molotof son, en este momento, los personajes más antipáticos y odiados de la tierra, detalle no despreciable — decía la aludida publicación —, porque «esas concentraciones de odio», cuando son tan poderosas y no eficazmente contrarrestadas, «descargan su fuerza contra el objetivo», como le ocurrió a Hitler. Según la publicación ocultista, la principal finalidad de la propaganda alemana era crear en el mundo esas concentraciones de simpatía o de odio, y convertir esos estados de opinión en una verdadera fuerza física. Hemos recogido todo esto puramente a título de información y con objeto de señalar que se está produciendo un gran viraje frente a los soviets. Los americanos dicen ya que «Rusia ya no está de moda.» Igual impresión da la Prensa suiza. Habían abundado mucho en la Prensa conservadora suiza los artículos que recomendaban la conveniencia de observar a Rusia de una manera comprensiva.

Ese comprensivismo va también pasando de moda. Un editorial de «Gazette de Lausanne», firmado por el señor Jacques Freymond, abunda en esas ideas. Hace constar Freymond que el desacuerdo entre Rusia y los anglosajones es la consecuencia directa de la desconfianza rusa. La inquietud es extraordinaria — dice —, y, por paradójico que parezca, el más inquieto es Molotof. El ministro ruso sospecha de todo y ve fantasmas en todas partes; Rusia sufre ya el mismo mal que tanto atormentó a Hitler, la manía de la posible asfixia. Esta manía — dice Freymond — la ha decidido a rodearse de Estados satélites, esclavizándolos, y a encerrarse detrás de sus fronteras. Hace constar Freymond que, como han hecho observar varios escritores que han residido en Rusia, los rusos manifiestan, frente a los occidentales, una reacción de desconfianza y orgullo. Esa actitud, a la vez negativa y autoritaria, se ha acentuado después de la revolución. Agitadores profesionales que se han pasado la vida en la clandestinidad y conocido las cárceles zaristas, los dirigentes de la Unión Soviética, sospechan de todo. Viven esos hombres en el temor de ver destruída la obra de su vida. Mr. Jacques Freymond se pregunta, al llegar aquí, si los soviets son las víctimas de una universal incomprensión. Si eso existe — añade —, ellos tienen la culpa. La resistencia a la invasión alemana provocó en favor suyo una gran simpatía. «Rusia estaba de moda en el año 1944 y también en el 1945.» Muchísimas personas — añade Freymond — que habían criticado acerbamente al régimen soviético, se convirtieron en sus propagandistas. «Pues bien, ese capital de admiración y confianza, que tanto servicio podía haber prestado a los diplomáticos soviéticos para secundar sus maniobras y conquistar para su país un gran puesto en el mundo, ha sido malgastado por los que lo poseían.» Mes por mes — sigue diciendo Freymond —, el Gobierno soviético ha suscitado nuevas decepciones. «Creían algunos que después de haber luchado para libertar el territorio ruso, el soldado rojo daría la libertad a los pueblos arrancados a la tiranía hitleriana. Y no lo ha hecho. La Unión Soviética ha preferido convertirse en una Potencia conquistadora. Ha anexionado territorios que evidentemente no le pertenecían, ha violado la Carta del Atlántico y, mientras impide a sus aliados anudar alianzas sin su consentimiento, ha constituído ese bloque de Estados satélites que le permite dominar sólidamente a la Europa oriental.»

En la Conferencia de París, el doctor Evatt (en el centro), delegado australiano, intenta inútilmente convencer a Molotof y a Vishinsky

¿Política defensiva esa de los soviets? De ninguna manera, dice el editorialista de la «Gazette de Lausanne»: la Unión Soviética no se contenta con cerrar las puertas de su casa: se propone abrir a su provecho las del mundo. «Los ataques de indignación de Molotof no pueden engañar a nadie. ¿Por qué, cuando se es un hombre de buena fe, prohibir la publicación de los discursos de los hombres de Estado aliados en la Prensa soviética? ¿Por qué privar al ciudadano de la U. R. S. S. de la posibilidad de conocer la opinión de Occidente? ¿Por qué mantener en pie de guerra, en el Oeste de Moscú, unas trescientas divisiones, mientras los americanos, ingleses y franceses no tienen, juntos, más de treinta divisiones en el Continente?»

El ataque no puede ser más duro, y conste que en «Gazette de Lausanne» se han publicado muchos artículos de tono comprensivo respecto a Rusia. El éxito o el fracaso de la Conferencia de París — termina diciendo el editorialista — depende, pues, de Rusia.

Hemos resumido con alguna extensión el artículo del diario de Lausana para dar una idea del tono que emplea ya en Suiza un sector de Prensa que tanto se había distinguido por su moderación.

Rusia ya no está de moda: tal es la conclusión que se saca al tomar un poco el pulso a la opinión universal. Tal ha sido siempre nuestro fuerte: Rusia pasará de moda. Constatemos que ese futuro es ya una realidad. Pero ese pasar de moda no indica que quede relegada a segundo plano: todo lo contrario. Y de la misma manera que con tiempo nublado las moscas son más fastidiosas, los soviets se dedicarán a molestar a todo el mundo y de una manera especial a Inglaterra, a la que consideran como el enemigo número uno. Lo que pasa de moda es la rusofilia, esos pintorescos «amigos de Rusia» que se han pasado dos o tres años afirmando que Rusia había evolucionado en sentido conservador, sólo porque sus mariscales y generales ostentan estrellas y condecoraciones adornadas con brillantes.

No hay mal que por bien no venga — dice un proverbio que podría haberlo inventado el personaje «Candide», de Voltaire. Esa creciente tiranía rusa, esos chantages políticos, esas bravuconadas de Molotof y Gromyko han hecho perder a Rusia, según frase de «Gazette de Lausanne», un capital de simpatía que era enorme. Pero ese capital de simpatía constituía un peligro inmenso, algo tan poderoso como la bomba atómica. En manos de los fabricantes de nubes, ese capital de simpatía era capaz de crear el caos, de donde esos fantásticos no nos habrían sacado.

La rusofilia pierde prestigio. Empezó perdiéndolo en Inglaterra y lo va perdiendo ahora en los Estados Unidos. El mundo se va dando cuenta de que el hitlerismo habla ahora en ruso, y que Stalin, que tanto había un día admirado al «Führer» alemán, se ha convertido en su imitador.

En política hay errores que se hacen inolvidables y se pagan. La actitud de Rusia durante este primer año de postguerra ha sido pagada con un capital de prestigio y simpatía que seguramente habría permitido a los soviets obtener ventajas mucho más sólidas que eso de arrebatar la independencia a tantos pueblos convirtiéndoles en territorios de choque.

Tal vez sea preferible — dice la gente — que la Conferencia de París constituya un gran fracaso. Una Conferencia que consolidara las conquistas y la opresión rusa sería la peor de las catástrofes.

Esa mentalidad de conspirador, típica de los dirigentes rusos, puede echar a perder toda su obra. Frente al conspirador, el primer movimiento instintivo es acrecentar la vigilancia y los medios de defensa. No creemos en la proximidad de la tercera guerra. Ni los aliados la desean, ni Rusia tampoco. Rusia especula en la aparente debilidad de Inglaterra y en la inexistencia de una alianza angloamericana. Pero es precisamente la actitud de los soviets el instrumento que ha de forjar esa alianza vital para ambos.

UN LIBRO PARA SU BIBLIOTECA

MEMORIAS DE UN VENDEDOR DE CUADROS

por AMBROISE VOLLARD

Un volumen de 446 páginas, a gran formato, con más de 70 ilustraciones: plumas entre texto, 32 láminas en huecograbado y 9 cuatricromías. Encuadernado en tela. Un siglo de pintura francesa, desde los impresionistas hasta los maestros actuales, a través de la vida y los recuerdos del marchante Vollard, uno de los grandes propulsores del arte de nuestra época.

Pesetas 175

EDICIONES DESTINO, S. L.

CALENDARIO SIN FECHAS

por JOSE PLA

VIDA E IMAGINACION. — Los turistas que visitan nuestra costa, dicen notar, al llegar a Cadaqués, en el ánimo de la gente, una cierta indolencia, y en su manera de vivir, una notoria miseria. En Cadaqués, el número de personas que se dedican a la pesca es muy escaso. Los arreos y barcas que utilizan son de una venerable ancianidad. La utilización del motor, para la pesca, está muy poco difundida. No es que sea precisamente agradable ser pescador en la costa del Cabo de Creus. En esas aguas, las profundidades son considerables; las corrientes, impetuosas; los vientos, difícilmente manejables. Cabo de Creus es un lugar, en general, desapacible, y el Golfo de León, que el Cabo de Creus cierra por el Sur, uno de los parajes más inhóspitos del globo, como saben todas las marinas del mundo. El número de días perdidos para la pesca en esta costa es desorbitado, y así, los pescadores de Cadaqués, que viven entre las dos puntas extremas de nuestros Pirineos orientales, son auténticamente unos pobres pescadores.

Yo sospecho, pues, que cuando los turistas notan en Cadaqués una cierta indolencia y una cierta tendencia de la población masculina a tumbarse en el suelo — en invierno, al sol, y en verano, a la sombra de los porches — no se refieren a los pescadores de Cadaqués, los cuales, yo puedo asegurarlo, trabajan y a veces trabajan más que cualquier otro pescador de la costa. Lo que sucede es que siendo, por el tiempo, tan pocos los días laborables, y estando el pueblo tan falto de medios de comunicación, estos pescadores son míseros, y, por ser tan pobres, cada día más indefensos y pobres. Todo el mundo sabe que hay una ley ineluctable en los núcleos humanos, sobre todo en los períodos de socialismo, que coinciden siempre con la formación de grandes monopolios, según la cual unos pocos son cada día más ricos y la mayoría cada día más pobres.

Pero lo curioso es que lo que observan los turistas en una parte de la población de Cadaqués es de una certidumbre literal. El pueblo es mísero, y la indolencia, grande. ¿Cómo se explica eso en un país de gente tan activa como es el nuestro? Yo creo que ello es debido a que Cadaqués no es un país de pescadores, sino un pueblo de navegantes, exactamente un pueblo de navegantes de barco de vela. Quiero decir que lo fué, y que la vida y las costumbres de la navegación se mantienen por tradición y por manera ancestral de ser, aunque los navegantes vivan en tierra. Los padres, los abuelos, los bisabuelos de estos hombres navegaron en sus fragatas y bergantines por todo el globo, y esos hombres de hoy continúan la vida de sus antepasados. La vida de la navegación a vela era un poco sonambúlica, tocada de dejadez, muy indolente. Sí, claro, de tarde en tarde, sobrevenía una tempestad y se pasaba un equinoccio; pero el marinero que pensaba en ello al embarcarse, ya no lo hacía: se quedaba en tierra. Las travesías eran largas, larguísimas; las escalas, pintorescas; los días de calma, inacabables; las distancias, inmensas. En los barcos, la existencia era monótona: se hacían las guardias — ocho horas al día —, se llevaba la rueda del timón, se comía, se dormía. Quedaba uno — según me dicen — empapado de mar y de cielo, y los resortes de la voluntad, como desarmados y sin fuerza. Lo más fácil era tener paciencia, fumar horas y horas sobre cubierta, hacer una vida deshuesada y contemplativa. Para entretener las horas, sobre el puente, se tejían cuerdas y se cosían las velas. Estas labores — mero entretenimiento — tenían por objeto desentumecer un poco el sensorio y un estado de la mente muy vegetativo. Y lo bonito de los barcos era esto: a las horas de comer, después de unas horas de vagancia y de ensimismamiento, el rancho aparecía seguro e indefectible. ¡Era magnífico!

En Cadaqués, una parte de la población desarrolla la vida del navegante, la vaguedad de la inconsciencia del navegante, sólo que en lugar de navegar por el mar se vive en tierra —, aunque sin tener el rancho asegurado y de aparición ineluctable que los navegantes en el mar tienen. En Cadaqués, la gente navega en tierra firme, vive como si navegara — porque nada se parece más a un barco que una isla, y Cadaqués es una isla —, con la misma indolencia de los navegantes antiguos —; pero sin rancho indefectible. Esto es una pena, pero es la realidad. Se navega todo el día al azar de las calmas y de los vientos, menos a la hora de la comida y de la cena.

Tengo sobre la mesa en la que estoy escribiendo un montón de cuadernos. Estos cuadernos son un libro de bitácora, escrito por un capitán de la Marina mercante, de Cadaqués, el señor Riberas, don Juan Riberas y Pomés. Este señor, dedicó los últimos años de su vida a escribir, situado en tierra firme, la navegación de Cadaqués. Escribe como si Cadaqués fuera un barco en marcha por el Océano. El barco no se mueve, pero dado que la naturaleza circundante está en perpetuo movimiento, la ilusión del navegar es completa. La intención del señor Riberas es escribir una efemérides, recoger en sus cuadernos todo lo que sucede de notable en su pueblo. Pero el libro que sale de su pluma es la bitácora de la navegación de un barco. En su libro, lo que tiene más importancia son los vientos, sus virazones, su intensidad, sus caídas, el estado del cielo, el estado del mar — los celajes del firmamento, el temple del oleaje, la astronomía de los navegantes, los barcos que uno va encontrando — que son los que fondean en la bahía —, las temperaturas, la higrometría. Su léxico es absolutamente marinero. Dice en verano: Han recalado muchos forasteros. Comentando el triunfo local de un senador: La política ha virado en redondo. Hablando del precio del vino: El vino barloventea mal, cae a sotavento. La ilusión de que Cadaqués es un barco que navega es completa, y por eso hay tanta gente aquí que, poseída de esta ilusión, se extraña, se sorprende de que, como en los barcos, no aparezca, a las horas de costumbre, la comida en la mesa. Aparte de eso, la magia de la singladura es completa.

Don Juan Riberas tuvo, con otros capitanes mercantes y pilotos retirados y otras personas cultas de la población, una tertulia en Cadaqués, la tertulia del «Bombo» — ignoro la causa de un nombre tan raro —. Estos señores se reunían cada día. Tenían en su local de la playa un anteojo sobre un trípode, desde el cual avizoraban los barcos que transcurrían por el horizonte. Los conocían a todos y sabían dar razón de sus rumbos y de sus características. El paso de estos barcos representaba como un encuentro en alta mar. Los contertulios, poseídos de su responsabilidad — como buenos capitanes —, eliminaron de sus reuniones toda bebida espirituosa. Como si estuvieran en su puesto de mando, no bebían más que agua fresca. En las largas horas de monotonía de la navegación, hacían solitarios con la única baraja que, como colectividad, poseían: hacían solitarios colectivos, y todos los socios podían formular, sobre el movimiento de los naipes, sus iniciativas. Admirable ejemplo de compañerismo, que en un barco ha de reinar siempre. Esta tertulia duró muchos años, desde fines de siglo hasta bien entrado el presente. La tertulia se extinguió paulatinamente y fué desguazada, para utilizar el léxico con propiedad. Digo todo esto para acabar de subrayar la ilusión, flotante en muchos de sus habitantes, de navegar en tierra firme. En la época de la famosa tertulia, Cadaqués navegó con la oficialidad completa.

A don Vicente Blasco Ibáñez le debieron contar detalles de la tertulia de Cadaqués, detalles que aprovechó en su novela «Mare Nostrum», al hablar de la formación de su protagonista, el capitán Juan Ferragut.

LA GESTA EPICA DE LOS CATALANES EN CUBA

Por José Esteban Vilaró

TIERRA DE PROMISION

IV

ASI llegábanse a escalar, decíamos, las cimas doradas: trabajando.

Así, ganándoselo a pulso, llegaron a ser opulentos hacendados hombres como Xifré, propietario un día de todo un municipio (Cabañas) y de cuya fortuna, entre los madrugadores de nuestra emigración a Cuba, nos queda el testimonio de un bloque de casas sobre los pórticos que en nuestra ciudad llevan su nombre y algunas fundaciones filantrópicas. Las crónicas de la época colonial evocan el fasto del famoso hijo de Arenys de Mar, fallecido en 1856, después de haber alcanzado la posesión de bienes valorados en treinta millones de pesetas y haber conquistado la venerabilidad de su nombre en múltiples obras benéficas. La pompa de gran señorío de este triunfador traducíase en todos sus actos. De nuestros abuelos poseemos la descripción de sus cortejos de servidores negros, enfundados en coruscante uniforme: pantalón blanco, levita corta, sombrero de copa alta de reluciente charol, en cuyo frontis una placa de metal dorado indicaba el apellido del amo: «Xifré».

De idéntica forma nació, humilde y timorato, vivió próspero y finalizó sus ascenso siendo el mayor establecimiento del mundo en su género la farmacia y droguería «La Reunión», de La Habana, fundada en 1853 por José Sarrá y Valentín Catalá, farmacéuticos.

El primigenio y obscuro obrador de boticario ocupa hoy una extensión de terreno urbano superior a una «manzana» de casas y proyecta el ornamento de su arquitectura comercial sobre casi todo un sector de la ciudad, asegurando el trabajo a cerca de mil empleados.

LOS «INGENIOS»

Así también nacieron en la misma humildad, llegaron a funcionar, a perfeccionarse y a engrandecerse los ingenios elaboradores del azúcar de caña.

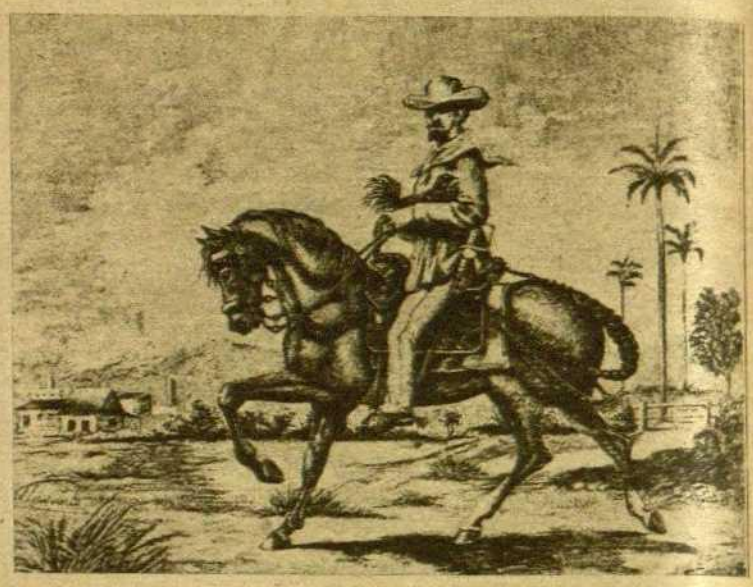
Los propietarios españoles de las primeras factorías de azúcar en la mitad del siglo pasado, apellidábanse Marimón, Bosch, Rosell, Solé, Pla, Raurell, Miret, Lluc, Baró, Arxer, Roca... Obvio es precisar la región natal de estos «picneros» de la industria del azúcar. El primer ensayo de introducción de la citada industria en Cuba data, empero, de muy lejana fecha; lo realizó Miguel de Ballester, alcaide que fué también del fuerte «La Concepción», en La Española, siendo, pues, este catalán el precursor incontestable de esa importantísima fuente de riqueza de la nación cubana.

El azúcar extraído de la caña por los «ingenios» propiedad de los catalanes, especie de artefactos constituídos por pesados y complicados mecanismos, era moreno, terroso, muy cargado de almibaradas mieles pegajosas, pero daba principio efectivo a lo que más tarde había de ser una fuerza económica de primer orden.

En torno a la figura del dueño de un «ingenio» azucarero de la época colonial, podría componerse la más pintoresca estampa campera antillana del tiempo. El industrial campero catalán era generalmente un dueño enérgico, llano en sus maneras, duro en el castigo, pero pronto a ejercer la generosidad indultadora y a ofrecer al transeúnte o recién llegado una mano hospitalaria. Los ocios del amo del «ingenio» se consumían en conversaciones, siestas y paseos a caballo por las fincas vecinas. Vivía embelesado por las claridades diáfanas del vivificador cielo cubano y por los «aires sabrosos y dulces, ni fríos ni calientes», de las noches en la mayor de las Antillas, según nos los describe el «Diario del Almirante» extractado por Las Casas.

De vez en cuando organizábanse «guateques»... En las noches del campo cubano, embebidas de luz diamantina, arrobadora, las «guarachas», bailes típicos, estremecían los cuerpos bajo el frenesí del «zapateo» al son de guitarras, palitos y maracas y de los cantos de «guajiros».

La época de la molienda se iniciaba con sonadas fiestas. Abríase luego el período mayormente trans-



El «estanciero» catalán, nuevo «guajiro» enriquecido, salía los días de fiesta con su gallo de pelea y su potro de mayor empaque.

Tipos característicos de catalanes en Cuba. En todas las antiguas familias de la costa catalana, un viejo álbum de fotografías contiene las destintadas efigies de los legendarios antepasados propios que hicieron fortuna en América. He aquí reproducidas dos de ellas, pertenecientes al álbum de familia del autor del presente reportaje

pirado en la factoría: el del trabajo arduo y continuado. Al final, y como conclusión de la campaña, se concedía un «día de tambor» a los esclavos. Era ese el día de la fiesta negra, en la cual los trabajadores de color se entregaban jubilosamente a sus regocijos ancestrales, liberados por unas horas del látigo del mayoral.

UN INNOVADOR

El primero que instaló maquinaria accionada por vapor en sus «ingenios» (1850) fué Juan Jové Batllé, natural de Sitges. Ese fué un catalán enamorado de la tierra antillana, que casó con cubana y propagó su fama de industrial azucarero por el mundo. Santa Clara, en donde radicaban sus «ingenios», fué una ciudad que se engrandeció y prosperó gracias a él. La ciudad agradecida, le instituyó alcalde.

De Santa Clara fué también alcalde Pablo Ribalta, hijo de la Barceloneta. Otro Ribalta (Tomás) se hizo millonario con las cañas de azúcar en la jurisdicción de Sagua la Grande, donde ostentó igualmente la vara rectora de este Municipio, legando para el hospital de la localidad la suma de cinco mil pesos.

Los verdaderos reyes del azúcar en la segunda mitad del siglo pasado fueron los hermanos Gumá, hijos de los catalanes para los que el mundo resulta pequeño para la realización de sus proyectos. Uno de ellos, Casimiro Gumá, fué el promotor y organizador de la única Exposición Universal que se ha celebrado en Cuba: la de Matanzas, la «Atenas cubana» en 1878.

El cultivo agrícola de la Isla recibió su primer impulso en gran escala allá por el año 1779, cuando Juan Juliá y José Arrufat se consagraron, por iniciativa particular, a una labor de largo alcance y vasta envergadura en la región de Santa Clara.

LAS HACIENDAS

Las propiedades rurales denominábanse de tres distintas maneras cuyos apelativos genéricos caracterizaban la producción agrícola o ganadera que de ellas salía.

La «estancia» era la más humilde. En la parte dedicada a huerta se cosechaban hortalizas, se criaban aves, obtenían huevos y elaboraban mantequilla. Otra parte de la «estancia» se destinaba al cultivo de melones y boniatos, harina, yuca y a la siembra de la maloja para los animales. El «estanciero» tenía servidores negros a sus órdenes, pese a su menor categoría rural.

Las «fincas» eran haciendas dedicadas preponderantemente a la cría de abejas, para la obtención de miel y cera en cantidades industriales. La «cera negra» servía para alumbrar las casas del campo, que eran a la sazón viviendas construídas, por norma general, con medios primitivos, palmas y horcones.

El «sitio» era la propiedad dedicada a la cría de ganado. Recentaban el predio dos personajes pintorescos: el «montero», cuidador de reses, y el «sabanero», que recorría la hacienda a caballo, escogiendo

s ejemplares para llevar al mer-ado o al matadero.

«SEÑOR AMO» SALE AL CAMPO

En todas estas propiedades trans-urría la existencia sencilla, monó-ona y bonancible, entre albas y ochoceres impregnados de una esía siboney paradisíaca. La di-ersión dominguera que se impo-ía por su interés deportivo era pelea de gallos, en la que sa-an a desplumarse los más presu-idos jerarcas de los gallineros del ontorno y a cruzarse apuestas y alabras fuertes los propietarios e estancias, sitios y fincas.

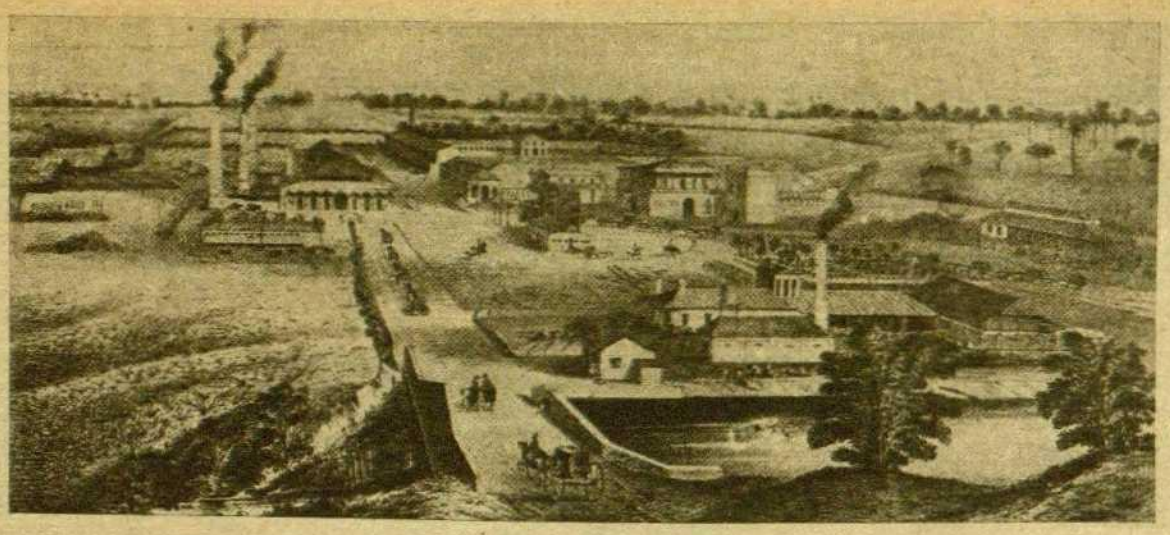
En torno a la glorieta donde pe-aban los gallos llegaban los «se-ores amos», ataviados con indu-entaria dominguera — traje lanco y «jipijapa» —. Repantiga-os, unos, en su «quitrín», tirado or un trío soberbio, conducido por «caleseros» impecable. Caba-gando, otros, con rumbo y dono-ura, el potro nacido en la finca, ntiaezado a la criolla con reminis-encias andaluzas, luciendo albar-a tachonada de plata y haciendo u entrada entre el grupo de co-egas al paso de «gualtrapeo», ndar uniforme y acompasado que odo potro de raza debía mantener y su caballero deseaba conservar-e la prestancia.

Así vivían los catalanes del ampo, los improvisados «guaji-os» ricos, los del azúcar, del ca-ao, de los cafetales y del cultivo n general, que tanto coadyuvaron al desenvolvimiento de la riqueza grícola cubana.

LAS VEGAS

Ya evocamos en otra ocasión el esarrollo inicial dado a la indus-ria tabaquera por los catalanes y u preponderancia en la época de oro de esta industria (1860-80).

La primera fábrica de cigarri-os la funda Bernat Rencurell, en 811, mientras Bartolomé Mitjans umenta y extiende los cultivos de abaco en Vuelta Abajo (Pinar del Río), donde el primer médico que ubo en la comarca se llamaba ontanilles y era hijo de la calle Petritxol. Bartolomé Mitjans fundó na Compañía de vapores que ha-ían la travesía de La Habana a la costa sur de Vuelta Abajo, dificando los primeros grandes



Ingenio «Flor de Cuba»,' arquetipo de los que existían en el periodo a que el autor se refiere

cialidad Francisco Viñals y Juan Font, algo después.

Las empresas de Juan Conill fueron una cantera de hombres valiosos, jefes de empresa, negociantes excepcionales y millonarios por méritos propios. De la casa Conill salió don Miguel Jané. Ese fué un catalán que murió en el regazo de la Sociedad de Beneficencia de naturales de Cataluña, en la ciudad de La Habana, después de haber dispersado generosamente su cuantiosa fortuna entre los necesitados de la colonia catalana en Cuba y haberla prodigado en pro de las mejoras urbanas de La Habana.

Salió también de la Casa Conill el creador del «Hoyo de Monterrey»... José Gener Batet. Fué en aquellas décadas figura tan conocida como considerada la de Agapito Durán, tenedor de libros de don Juan Conill. Nuestro contemporáneo Ignacio Agustí ha plasmado exactamente en su novela «El viudo Rius», todo lo que representaron de lealtad abnegada, honradez incorruptible y eficaz colaboración, aquellos tenedores de libros de la industria catalana del ochocientos. El «brazo derecho», el consultor inteligente, el amigo seguro y austero, el ayudante de todas las horas, el empleado acreedor a una confianza ciega, fiel intérprete y escrupuloso ejecutor de órdenes y consignas, encarnábanse en la modesta humanidad de Agapito Durán, valioso colaborador, a través de los «quevedos» en la punta de su nariz, en las empresas recias de una de las más esclarecidas inteligencias que rigieron negocios catalanes en América.

Las vegas del Monterrey en San Juan y Martínez, fueron puestas en valor por José Gener Batet, con cuyas cosechas de selección lanzó los cigarros «Decoufle», excelentes puros que fueron célebres, fundando luego en 1865 la fábrica y marca «La Excepción».

Asimismo, de la citada empresa surgió don Jaime Partagás, que llegó a La Habana en 1845 con las manos en los bolsillos y a los pocos años era millonario y había dado al mundo sus celebérrimos habanos, cuya fama aún perdura y se propaga a través de las generaciones.

La inteligente y destacada labor pericial de los vegueros catalanes, fué muy estimada dentro de la industria tabaquera. Un nombre entre todos, era célebre en materia agronómica - tabaquera: Baixeras. Otros aprendieron de él y gozaron igualmente de justo renombre: Bofill, Sagué, Cusi, Massana, Gavaldá, etcétera... especialistas en la artesanía del tabaco.

Prototipo del calesero de color, del hacendado Xifre, con el atuendo que le distinguía

UN OBSCURO VIAJANTE...

Entre los que vivían en torno a las industrias del vegueño tabaquero, existía — ya doblado el medio siglo — un obscuro joven catalán, dedicado a vender por factorías y almacenes las cintas para amarrar las «ruedas» de tabaco y los paquetes de cigarros. Ese joven modestísimo y de tan humilde ocupación, llamábase José J. Almirall... Algunos años después, Manathan lo incluiría entre su censo de multimillonarios. El antiguo vendedor de cintas moría en Nueva York, nimbado de aureo prestigio en el mundo de las finanzas.

UNO DE MALGRAT

Don Prudencio Rabell, de Malgrat, secundado por Gerardo Grau Martí, aupó a las cimas de la fama sus marcas de cigarros puros...

En el Paseo de Tacón estaba enclavada su fábrica, llamada «La Hidalguía», fundada en 1885, la cual adquirió desde sus inicios un desarrollo importantísimo. La Empresa poseía las vegas «La Palma», «San Luis», «Grifa», «Montemelo», todas en Vuelta Abajo.

Las marcas de Rabell fueron «La Hidalguía», «La Legitimidad», «La Honradez» y «El Negro Bueno».

Fué elevado al rango nobiliario de Marqués, por sus auténticos méritos de altruísmo y colaboración a la obra común hispana de progreso. Hizo importantísimos donativos a la Sociedad de Beneficencia Catalana de La Habana, y vendió finalmente su fábrica al «Trust» del tabaco de Estados Unidos.

Murió pobre, pero rodeado de algo que no podía perder en vida y conservó después de su muerte: la estima y la veneración de cubanos y españoles.

RETABLO DE ENERGIA

En 1823 José Antonio Mestre inicia la primera fabricación de chocolates y derivados, empleando el cacao y el azúcar que otros catalanes cultivaban. La fábrica prosperó. Los negocios alcanzaron un volumen considerable hasta que una gran firma, la «Compañía Manufacturera Cubana», fundación de Ernesto B. Calbó, de Palamós, la absorbió, incluyéndola entre las industrias de la empresa...

Los catalanes estaban en todo, se destacaban en todas partes, rebullían de iniciativas y llevaban a cabo una ingente labor callada, creadora de riquezas y de industrias. Se les designaba para altos cargos honoríficos, administrativos y técnicos, en donde precisara un prestigio rector o una dirección competente. Así, a primeros del pasado siglo, el alcalde de Santiago de Cuba, es don Juan Pullás; en 1854, el alcalde de La Habana llámase José María Espelius; en 1857, los negociantes señores Petit y Mestres, inauguran una fábrica de papel; en 1859, la gran mejora marítima que representa para el puerto de La Habana el primer dique flotante, débese a Salvador Samá; en 1868 empieza a funcionar una gran fábrica de galletas, titulada «La Estrella», la cual no hace más que empezar y ya se agranda... Antonio Gasol Civit es fundador. En 1876, una firma en la calle de San Rafael, de La Habana, adquiere la nombradía máxima a que pueda aspirar un comercio. Es la sastrería «Antigua de J. Vallés». Un modismo popular circula hoy todavía entre la población habanera: «Más barato que J. Vallés, nadie», divisa de aquella primitiva Casa, la primera en utilizar el «slogan» o frase machacante de la moderna propaganda.

La industria atrae a técnicos y obreros. Todo catalán con un oficio bien aprendido y conocimientos especiales, con osadía y ganas de trabajar, tiene en Cuba su tierra de promisión.

El gran maestro herrero y carrocero de La Habana, se llama Antonio Oller... Las mejores barandas de hierro las hace Benito Vilardebó..., confiesan los cubanos de la época. Y aquellos cafés famosos que llámanse «El Central»..., «Centro Alemán»... y otros de su categoría, son de Juan Sureda y Guinart, «un noi de Lloret»..., susurran los catalanes, sus clientes.

El país contemplativo y galbanoso entra, poco a poco, en el frenesí industrial del siglo. Cada fábrica que un catalán funda, crea un círculo de bienestar entre las clases humildes que en ella colaboran y en los altos estamentos de la sociedad que de ella viven o se benefician.

Los nombres de los naturales de Cataluña, encuéntranse siempre unidos a las varias obras e industrias de utilidad pública que en esa época funcionan en Cuba.

Séanos permitido dedicar, aunque sea de refilón, un breve recuerdo a los antepasados de nuestra propia familia. En 1863 fundan en La Habana la primera fábrica de velas y jabones Francisco Sellés, José Crusellas y Buenaventura Vilaró, éste último de Calella de la Costa y abuelo de quien esto escribe. En 1869, con la retirada del primer asociado, el cual se considera enriquecido, conviértese la razón social en «Crusellas Hermanos y Cía.». Esa es la primera empresa que empieza a emplear los anuncios artísticos en Cuba. A más andar, regresa a su vez Vilaró al país natal. Quedan los Crusellas, que derivan la fabricación hacia la perfumería, creando una celebérrima marca de Ron Quina, cuya fama entre otros de sus productos dió la vuelta al orbe hispano.

De aquella firma cubana perfumista, queda en la actualidad un enjambre de sobrinos-nietos, los cuales reivindican cada uno por su lado, en La Habana y Barcelona, la sucesión comercial de la casa matriz, resultando de esa contienda comercial-familiar, un cúmulo de fabricaciones de la misma especialidad, con leves variantes de etiqueta, con tantas procedencias como sobrinos quedan, sin que, a decir verdad, puedan ser negados los honores de la legitimidad y de la excelencia a cada una de ellas.

En 1773 se edifica un teatro que se llamará «Principal»... Catalán había de ser, declaran los que leen la noticia... Un tal Bernardo Llagostera, lleva la iniciativa del asunto. El «Teatro Villanueva» de La Habana, se debe a Miguel Viu y Pons, que lo construyó en 1834. Miguel Estort edificó la primera sala de espectáculos de Santiago de Cuba. Joaquín Payret construía en La Habana (1875), la sala que llevó su nombre; pero en el curso de esa centuria fué inaugurado el primer gran teatro que tuvo América... Fué en 1838 que abrió sus puertas, el famoso «Teatro Tacón», obra también de un catalán esclarecido.

Pero ello pertenece a la historia del tipo más pintoresco que Cataluña ofreció a Cuba.

Pertenece a la historia de «Don Panchos»...

Sigase la lectura de este reportaje a través del próximo artículo, titulado

«HISTORIA DE UN EMIGRANTE»

MUEBLES Manonellas

TAPICERIA Y DECORACION

PRECIOS AL ALCANCE DE SU PRESUPUESTO

Avda. José Antonio Primo de Rivera, 521 - 523 (chaf. Urgel) - Tlf. 30872

BARCELONA

FABRICA DE GÉNEROS DE PUNTO

TALISMAN

Marca Registrada

IGUALADA

MEDIAS

CASA VILARDELL

La casa de las medias

LA PINACOTECA

MARCOS Y GRABADOS

P.º Gracia, 34 - Telf. 13704

EXPOSICION COLECTIVA DE PINTURAS

LA FRATERNIZACION DE MOLOTOF, LOS QUE FIRMAN AUTOGRAFOS EN ALEMANIA, EL NIÑO DE CASSINO Y EL ALAMBRE MAGICO

por PENELLA DE SILVA

VEO, veo...

Veo que de los tres grandes y queridos palabros de la Revolución Francesa, Libertad, Igualdad y Fraternidad, sólo el último ha sabido encontrar, al fin, el mejor campo para sus glorias. Porque mientras la Libertad se fué a las Américas y la Igualdad a los cementerios, la Fraternidad, después de mucho pensarlo, comenzó por apoderarse de los alrededores de los cuarteles, se adueñó de los parques y esta es la hora en que se ve a la señora y reina de todos los corazones sin que haya poder humano capaz de desalojarla. El mundo fraterniza. No como quisieron aquellos admirables señores, pero fraterniza. Sin distinción de razas, de credos, de miedos y de paparruchas. Fraterniza con la santa y única fraternización auténtica, indiscutible y eterna — que Dios no nos quite —. Porque resulta que en fin de cuentas y a la vuelta de líos, sangre y escabechina, a los hombres nos gustan las mujeres y a las mujeres les gustan los hombres. Esta gran verdad que se viene abriendo paso a través de los siglos es la sola que nos queda. Y, desde luego, gracias a las mujeres, pues los hombres, en su tozudez, serían capaces de negarlo si no les saliera al paso la realidad con su diplomacia irresistible. De aquí que la fraternización bata su pleno, pagando — eso sí — con todo género de tributos, pero sin ceder una pulgada. Alemanes, franceses, ingleses, americanos, negros, rusos y «displaced» del sexo masculino bien barajados, casan perfectamente por la ley de Dios con alemanas, polacas, inglesas, americanas, francesas y «displaced» del sexo femenino. Esto quiere decir que el mundo está de acuerdo sobre una cosa capital, mal que pese a las autarquías y cerrazón de sus ensoberbecidos dirigentes. Porque a la larga, mirándolo bien, en el mundo no existen más que dos grandes potencias, dos enormes naciones, que siempre están listas para la fraternización: la nación hombre y la nación mujer. Donde la Humanidad quiso ignorar esta verdad tan simple, comenzó a labrar su desdicha. Lo ha reconocido así hasta el pesimismo más recalcitrante. A Schopenhauer, por ejemplo, le dolía. No fué sin amargura que escribió aquello de: «Veremos a las criaturas humanas abrumadas de necesidades y dolores emplear todas sus fuerzas en satisfacer esas innumerables necesidades y en apartar esos dolores tan infinitamente variados, sin poder esperar, en premio de tantas fatigas, más que a conservar todavía algunos instantes esa existencia atormentada. Pero si en tanto, en medio de ese tumulto, vemos las miradas de dos amantes que se cruzan... ¿A qué esos pasos tan temerosos y disimulados? ¿A qué tanto misterio?... Es, sencillamente, que esos amantes son unos traidores que están tramando el secreto designio de perpetuar todo aquel conjunto de miserias y tribulaciones, que sin ellos terminarían, y cuya terminación impiden, como hicieron sus

El comunista Molotof, fraternizando. Acompaña a su hija (la del largo lazo) en una recepción en la Opera de París, ofrecida por Mr. Byrnes

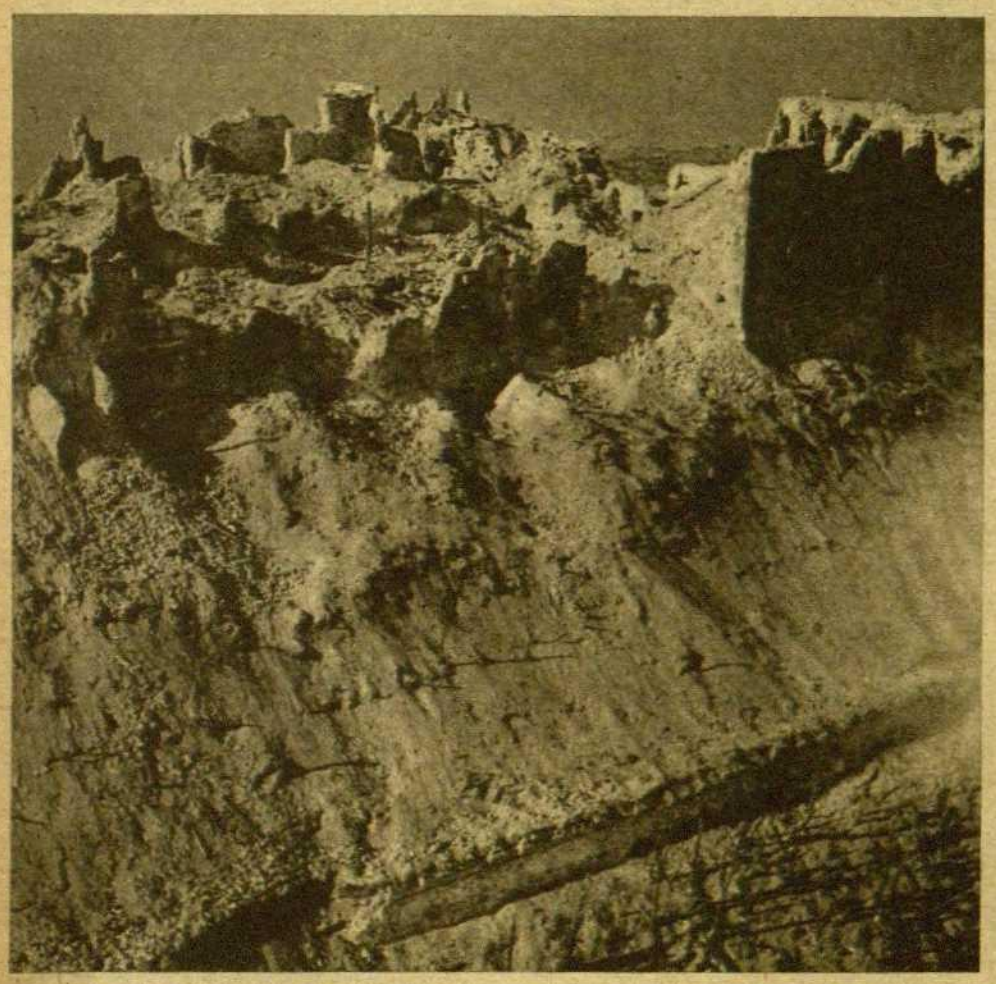
antecesores.» Amén, puedo decir yo desde mi atalaya contemplando el glorioso triunfo del verbo «fraternizar» sobre las ruinas de Europa.

Veo, veo...

Veo a Molotof con una señora despampanante. Molotof también fraterniza. Estos rusos no son de palo. La dama, como reza la leyenda, es rusa. Es la señora de compañía de la hija de Molotof. Porque, señores míos, la hija de Molotof acompaña a su señor padre en sus viajes a París, como cualquier hija de capitalista. Y va de compras a gastarse los rublos en preciosidades mientras el papá riñe con los representantes de este insufrible mundo occidental en el que hay obreros que no comen en tanto que los políticos saborean lo mejor de la vida. Así como así, está de moda en la U.R.S.S. el ser buen padre y ser buen marido. Stalin dijo que eso de la familia había que cuidarlo si es que se quiere ganar aquella parte del plan quinquenal que se refiere a aumento de población. Y hoy no conocerían la Unión Soviética sus antiguos visitantes. Con decir que Stalin en persona dió el ejemplo familiar, visitando personalmente en Tiflís a su anciana madre, que ya ni conocía a su querido «Soso» — como le llama —, está dicho todo. A partir de aquel día, cada figura de la U.R.S.S. buscó a su olvidada madre hasta en el último confín, produciéndose las escenas más conmovedoras. Y se laureó a las madres políticas como a heroínas, y se desencadenaron los estúpidos sentimentalismos de las tierras burguesas, y se hizo muy difícil divorciarse, por la sencilla razón de que nadie tuvo la intrepidez de entablar una demanda de ese género. Si Molotof puede sentirse más padre que marido, es por razones políticas. La hija es bonita, es joven y es muy para París. La madre ya no. Paulina Karp, de la millonaria familia de Odessa que hizo su fortuna con el negocio de armamentos y se fué a gastarla a los Estados Unidos, vive hoy muy retraída. Casada por amor con Molotof, y directora del ramo de la cosmética en la U.R.S.S., donde se distinguió por su don especial para los perfumes y su fantasía para ponerles nombres (un tanto chocantes en el mundo soviético), brilló con luz propia cuando en sus salones estableció el contacto de su marido con los colaboradores de Hitler, en la Embajada del Tercer Reich en Moscú. Gracias a ella, el famosísimo pacto germanosoviético fué un triunfo personal del que hoy se encrespa en la llamada Conferencia de la Paz. Pero todo aquello pasó. Es una historia que ya sólo sirve para que Molotof no despierte sospechas de mal marido cuando se va a París acompañado de tanta juventud como puede. Mr. Byrnes, en cambio, como miserable burgués, ¿qué otra cosa puede hacer que tomar del brazo a su anciana esposa? El mundo es así. El porvenir, las alfombras, el seguro contra las revoluciones, la paternidad obsequiosa, las joyas, la popularidad, el aplauso, los perfumes y las señoras despampanantes, pertenecen a los líderes de los obreros. Es la gran carrera. Ni la de arquitecto, que en esta Europa barrida ha resultado prodigiosa — pues ya no aceptan encargos por casas, sino por ciudades —, puede competir con esa profesión de forjador de la felicidad de los obreros. ¡Dichoso el que descubre en alguno de sus vástagos cierta condolencia ante los mal pagados sudores del trabajador! De cierto que el chico preferirá defenderle a tomar la herramienta. De cierto que arrancará dispuesto al martirio por la causa de los humildes. Pero, ¡qué porvenir, señores, qué porvenir!

Veo, veo...

Veo a Willy Birgel, y a Marika Rokk, y a Heinz Rühmann, y a Camila Horn, y a Gustav Fröhlich, y a Hilde Körber, y a Hans Albers, y a Emil Jannigs, y a Lily Dagower, y a Víctor de Kowa, ¡y a Leni Riefenstahl! ¡¡y a Gustav Gründgens!! En fin, que veo a todos, pero lo que se dice a todos los que fueron algo en la cinematografía y el teatro del Tercer Reich y de antes del Tercer Reich. Es extraño, pero se diría que en Alemania no han muerto más que Hitler, Himmler y Goebbels. En cuanto se mira bien un ramo de la actividad nacional, en cuanto se rasca un poco, surgen todos, todísimos, milagrosamente en vida. Pero, ¿quién diablos ha muerto allí? Pues, como siempre, el sujeto anónimo, la familia anónima, la gente sin nombre, los mansos, los que comían racionamiento, los que pagaban sus impuestos con pulcritud, los que no podían creer que eso tan serio que es el Estado, con toda su fabulosa maquinaria y sus montañas de pa-



La abadía de Monte Cassino, tal como quedó al terminar una de las más terribles batallas de la pasada guerra

pelotes, hubiera engañarles. El caso es que con el ¡cese el fuego!, los más lúcidos comienzan a salir. Y, sea como sea, la vida se reanuda que es una bendición. Hoy, la gente del cine alemán hace lo que hacía. La U.F.A. no se llama U.F.A., sino E.F.A. Los que trabajaban para la propaganda nazi, trabajan para la propaganda soviética. Y el público sigue pidiéndoles autógrafos con su bendita ingenuidad. En Alemania se impresiona celuloide como en los mejores tiempos. Porque, de un lado, los americanos tienen verdadera debilidad por cuanto se refiera a ese arte y porque a los rusos, si no les ocurre igual por el arte mismo, debe ocurrirles por su fuerza propagandística. Así, no sólo viven todos, sino que, además, trabajan todos también. El que no es bien mirado por los norteamericanos consigue la autorización de volver a la tarea por mano rusa. Y lo contrario. De este modo, Leni Riefenstahl vuelve a rodar «Tierra Baja» (de nuestro Guimerá), con fuertes calorías bolchevizantes y no menos entusiasmo que cuando por la gracia del Führer monopolizó el rodaje del film de la Olimpiada. De este modo también, el protegido de los Goering, Gustavo Gründgens, después de 7 meses de pausa y de encierro en cárcel rusa, ha reaparecido en el «Deutschen Theater» con un brillante papel de profesor bolchevique que arrastra a marineros y estudiantes a la revolución, inflamado por la palabra de Lenin. El mismo público que ayer aplaudió a Gründgens — impuesto por el matrimonio Goering como gran estrella del teatro alemán — en sus papeles de acrisolado nazi, se rompe hoy las manos ovacionándole en sus papeles de fiero bolchevique. Raro es el artista alemán que no tiene faena. Hans Albers ha preferido el Berlín ruso al Frankfurt norteamericano. Faltaba 15 años de allí y lo recibieron con aclamaciones. Llegó en un potente coche propio. Heinz Rühmann también trabaja en la zona rusa (Turingia). Olga Tschechowa vive días gloriosos. Lily Dagover, también en Berlín, apenas envejeció. Luise Ullrich es de las más afortunadas como pareja de Víctor de Kowa, al que su conocida enemiga al Tercer Reich tiene hoy en la más envidiable coyuntura. Trabaja en el teatro, es director de un cabaret y vive como el que mejor. Huelga decir que ahora se destapan todas las obras teatrales y todos los guiones cinematográficos que condenó el Tercer Reich, incluso los de inmoralidad más subida. Pero, en cambio, no «El Dictador», de Charles Chaplin, prohibido expresamente por las autoridades rusas después de una representación especial para los prominentes, a la que asistió el mariscal Zúkof en persona. El teatro alemán, en general, no ha descendido. Es siempre un gran teatro. Los primeros films son buenos. Muchos impresionados con las ruinas por todo escenario. Pero el público no está por cosas tristes. Prefiere lo que le hace olvidar o lo que le hace creerse en otros tiempos. Hace del cine y del teatro un opio. Y como dinero no falta, los espectáculos si-

Leni Riefenstahlt

guen tan de bote en bote como cuando mangoneaba el doctor Goebbels.

Veo, veo...

Veo al niño Angelo. El niño de Cassino. El niño atacado de la más misteriosa enfermedad que registra la historia de la Medicina. El niño que vive sólo por orden y no hace el menor movimiento ni pronuncia la menor palabra «sin que se lo manden». Es presa de «catatonismo», según la jerga médica. Consiste en incapacidad de acción y reacción por sí mismo. Por lo demás, no hay tensión aparente, ni fiebre, ni síntoma orgánico que permita una orientación sobre este mal. El niño Angelo es como un muñeco perfecto, manejable a control remoto. Y ni las crisis artificiales de epilepsia ni ninguna clase de choque que en él se ha intentado producir, dieron el menor resultado. Sólo reacciona con una extraña mirada al oír la palabra «Cassino». Porque el niño Angelo, que, con sus doce años, presenció la batalla de Cassino, larga de muchos días, desde una anfractura del terreno, debió enfermar allí, no obstante que el mal apareciera súbitamente muchos meses después. Es el desdichado caso de un cerebro que no manda. El niño Angelo permanece inmóvil aunque se le ataque, porque es sólo apto para la ejecución de lo que ordene otro. Parecerá de mal gusto si digo que el niño Angelo es el sujeto ideal para el Estado totalitario. Sin embargo, algún nexo debe haber en ello. Ese feroz deseo de hacer de los otros entidades sin alma propia, ha enfermado el ambiente, y el niño Angelo es su primera víctima total. De Italia lo llevaron a París, y en un hospital de esa capital francesa en la que se está celebrando la llamada Conferencia de la Paz, el pobre chico permanece como una estatua ante los desesperados doctores. Levanta el brazo cuando se le ordena y no lo baja sin la necesaria orden, dice lo que se quiere que diga, anda hasta que se le para y come y duerme cuando se le pide. Es lo que ciertos Estados quieren que sean sus súbditos y lo que ciertas potencias quieren que sean sus satélites. Hacía falta un ejemplo vivo, y está ahí, sobrecogedor, en una criatura humana vaciada de espíritu. Lo extraño es que el nombre de esta enfermedad debía existir aunque no se recuerda ningún caso. «Catatonismos»... La nueva enfermedad que, como suele suceder una vez aparecido el primer caso, hará muchas víctimas. Porque el niño Angelo, el italianito de Monte Cassino, testigo asombrado de uno de los mayores bombardeos de la guerra, es, sencillamente, un fruto de los nuevos tiempos.

Veo, veo...

Veo un alambre, un alambre revolucionario. Montado en un aparato bastante sencillo. Puesto éste en marcha, el alambre se enrolla en una bobina y se desenrolla de otra. En su marcha registra todos los ruidos, sonidos, voces, que se produzcan en el recinto en que esté. Una vez concluído el alambre, no hay más que dar a un resorte para que comience a enrollarse de nuevo en el primer carrete, soltando por un altavoz todo lo que registró. Es el invento más revolucionario conocido hasta ahora en el campo del sonido. Su manipulación es sencillísima, y su actuación, perfecta. Usted celebra una reunión en su casa. Coloca el aparato en una esquina, y mañana, a la hora que quiera, vuelve a vivir toda la reunión con todas sus majaderías, sus incidentes y sus desgarrones si los hubo. Nada se pierde. Usted puede mandar el alambre por correo y hacer oír su voz en casa durante su ausencia. Usted puede reproducir así toda una conversación de negocios. Usted puede evitar el «yo no dije esto, sino aquello». Usted puede volver a vivir cuando quiera su declaración de amor. Usted, en adelante, medirá sus palabras. Siempre, en todas partes. La diferencia conyugal, la tertulia, el contrato, la discusión, el trozo de música preferido, la voz querida, la injuria inolvidable... Nada se perderá ¿Se da usted cuenta del alcance de esto que veo y le estoy contando? La tiene enorme. Fíjese en que el aparatito tiene el tamaño de una radio pequeña y reproduce claro, y sin imperfecciones, cuanto delante de él — en el radio de unos cuantos metros — se hable, se toque o se rasque. Los americanos lo llaman «Wire Recorder Reproducer». El invento pertenece al grupo de los del sonido mantenido en secreto durante la guerra, pero ya libre para su explotación comercial. Está pensado para las conferencias políticas, para los hombres de negocio, para las redacciones de los diarios... Pero se colará en las casas particulares y revolucionará nuestro vivir. El humor español lo llamará «el acusica» y nadie que se tenga en algo podrá ser indiferente a su posible presencia en todas partes. ¿Cómo protegerse de su tiranía? Una oleada de invenciones nos amenaza. Somos tardos en aceptarlo. Y no sé si hacemos mal. Porque así, creyéndolo sólo a medias, todo eso nos puede encontrar de improviso y mal preparados. El «Wire Recorder Reproducer» es de las invenciones auténticas, de seguro porvenir comercial. Ha superado las vías de ensayo. Su fabricación en serie es sencilla y sólo es una pregunta de poco tiempo su presencia en los escaparates. El poco tiempo que necesiten los constructores para llegar a un acuerdo mercantil con las grandes casas de gramófonos invitadas a participar en su explotación pagando la consiguiente prima. Atención al alambre diabólico capaz de internarnos más de lo que estamos. Hagamos ejercicios de discreción, aprendamos a callar, comencemos a pulir el ingenio de nuestra tertulia, frenemos nuestras pasiones... y preparemos lugares estratégicos para el pequeño monstruo...

Zurich, agosto de 1946.

HOMBRES E IDEAS

HISTORIA Y PROFECIA

por J. ESTELRICH

Mi artículo anterior ha provocado tales reacciones, que me veo obligado a hacer la siguiente declaración:

Por suerte o por desgracia, no poseo más que mi desnuda independencia y mi sinceridad; hasta ahora me han procurado más disgustos que satisfacciones, y aun las satisfacciones eran sólo de amor propio y, por lo tanto, vanas; considero, con todo, mi independencia como el tesoro más preciado. ¿Que uno cambia con los años, con el estudio y con la experiencia? Tal vez; pero cambian, muchísimo más, las cosas y las situaciones de la política. Así se da el caso que una invariable actitud antisoviética resulte antialemana en 1940, germanófila en 1942 y britano-americanófila en 1946. ¿Qué culpa tengo yo de los cambios de la política? No tengo que agradecer a los nacis más que persecuciones, daños y sinsabores sin cuento; tampoco tengo nada que agradecer a ingleses y americanos, ni nada solicito de ellos. ¿Le será permitido, pues, a quien nada es, ni nada espera, que se exprese con un mínimo de libertad sobre doctrinas y acontecimientos?

***

No pretendo yo — ¡ojalá pudiera! — haber descubierto todavía la íntima estructura de la Historia, aunque años ha que estoy empeñado en el tema. (Me refiero a un descubrimiento que no fuera una interpretación subjetiva más, que de poco serviría, sino de la adquisición de un conocimiento firme y válido para todo el mundo.)

«Grosso modo» el desarrollo histórico depende de la iniciativa que en cada instante ejercen todos los hombres. La iniciativa, casi soberana en el individuo, va siendo menor a medida que se ensancha el volumen del grupo; menor en las corporaciones (públicas y privadas, de profesiones y de clases); menor aún en las sociedades nacionales; y reducida a muy pocas opciones cuando se trata del conjunto de la Humanidad. En consecuencia, predecir el futuro inmediato de un pueblo o grupo de pueblos es, en teoría, infinitamente más fácil que predecir el porvenir de una persona, cuya libertad puede modificar constantemente su suerte y cuya pequeñez ante las fuerzas que le rodean puede ocasionarle en cada instante trastornos decisivos para su existencia, entre ellos la muerte. Estos trastornos son más raros, en cambio, en la proporción en que son de mayor volumen los conjuntos sociales. Pero, en todos los casos, la previsión debe tener en cuenta — aparte la causalidad natural, por lo que en el hombre es naturaleza —, principalmente la iniciativa, que es don peculiar del hombre, inserto en su espíritu. (Sin meternos a definir ahora el espíritu — ardua tarea —, podemos, para el caso, considerarlo como la facultad creativa que en el hombre reside y que determina la producción de los acontecimientos.)

Ahora bien. ¿Cómo se capta la orientación de la iniciativa, que es lo decisivo? Se capta por el método psicológico, por la intuición. El augur más atinado será aquel que, sin olvidar las imposiciones inmodificables de la causalidad natural, es decir, circunscribiéndose a lo naturalmente posible, sabe percibir el sentido de lo que pasa, la orientación de los espíritus. La persona dotada de facultades de «medium», cuyo espíritu se empapa del sentir colectivo, resulta para el augurio más certero que el historiador o el sociólogo más sagaz.

Un género especial de profecía — la que hemos observado en Balmes y Heine — es la que consiste en advertir, en la realidad presente, lo que tendrá más interés para el historiador o crítico del porvenir. No se necesita para ello el «feliz azar», la «suerte excepcional» que suponía Bergson; basta ver claro y calar hondo en la realidad presente. La posibilidad del acierto en el augurio estará en relación directa con su grado de generalidad. Resulta, en efecto, temerario descender al vaticinio de detalles y hechos particulares, porque, funcionando siempre la iniciativa múltiple, ésta puede hacer variar, de una manera hasta ahora absolutamente imprevisible, las facetas de los acontecimientos más agudamente intuídos.

Para profetizar se debe sentir profundamente la actualidad; poseer un alma porosa, influenciable, que capte con exactitud los signos del tiempo en que se vive y que esté en tensión permanente hacia el futuro. El científico que, sólo estática y desinteresadamente, considera los hechos de su campo de experimentación, y singularmente el historiador que ha amoldado su intelecto al estudio sereno de lo consumado y ya inmutable, son los tipos de inteligencia menos aptos para la profecía. Por esto tal vez la Historia, en manos de los historiadores, y a pesar de la tan repetida fórmula de Cicerón, se muestra tan poco maestra de la vida. Sondean con mayor tino el porvenir los apóstoles religiosos, los reformadores sociales, los políticos de fuste, los financieros de envergadura y los periodistas de verdad, cuya vida se desenvuelve en comunión íntima con la dinámica de la Historia, dentro de la atmósfera, el movimiento y la inquietud del fluir de los acontecimientos.

***

Spengler reunía, pues, escasas condiciones para la profecía prospectiva y de saludables resultados. La Historia no es un mecanismo de relojería; aunque se sepa bien lo que ha pasado, no basta este saber objetivo para deducir lo que pasará.

El mecanismo aplicado a la Historia da lugar a la idea de que la realidad parece

Ludendorff

haber preexistido, en forma de posible, a su propia realización. De ahí el error — denunciado por Bergson — que vicia nuestra concepción del pasado; de ahí la pretensión de anticipar el porvenir, en virtud del mecanismo natural. Diríamos más bien que el futuro sólo está implicado dentro del pasado para quien contemple, desde la eternidad, la totalidad del desarrollo histórico. Para quien, como nosotros, está situado dentro de la temporalidad, el futuro no puede ser más que un enigma que cada momento que transcurra se encargará de revelar, como resultado de la iniciativa que en cada momento se ejerza.

***

Trinaba Spengler contra apóstoles y reformadores, exaltando, en cambio, a estadistas y hombres de acción, sin advertir que, desde su punto de vista profético, unos y otros pertenecían al mismo tipo humano, el de los que se vierten hacia el futuro. No acabaríamos, puestos a señalar incongruencias.

No debe extrañarnos, pues, que sus predicciones no se cumplieran. Era, en el fondo, un feroz reaccionario. Racistas y monárquicos de viejo cuño prusiano fueron sus primeros y más ardientes partidarios. Políticamente, se situaba en lo que no podía volver: entre los catones y los «morituri» históficos y arqueológicos. También tuvo la adhesión de técnicos e industriales; por aquello — que ya hemos observado — de que primitivistas y tecnócratas son extremos que se tocan por la base del antiespiritualismo.

Luego vino el hitlerismo, cuyo abuelo era el inglés más germanófilo que haya existido — Houston Stewart Chamberlain — y cuyo padrino fué el general Ludendorff, fogoso partidario de Spengler y, dicho sea de paso, adverso a la ideología y a las personalidades más representativas del movimiento nacional español; además, la guerra civil peninsular le crispaba los nervios, desde el punto de vista militar, porque no se seguían en ella las concepciones de la estrategia y la táctica clásicas. Pero el hitlerismo ya era otra cosa; más inclinado, en ciertos aspectos, a la modernidad y con mucho mayor contenido futurístico, si bien recogía y explotaba el culto a la fuerza y a la fatalidad de los hechos, con el patetismo del sino y de la sangre difuso en la mentalidad alemana y con los más arcaicos tópicos del prusianismo «ancien régime».

Esto era lo único — precisa reconocerlo — que se disponía a enfrentarse, en los campos de batalla, con el megaterio soviético. ¿Hubiera conseguido detenerle, sin las complicaciones de la guerra mundial, que dieron al traste con tal propósito? No lo sé; se me antoja, eso sí, que la doctrina, por sus enormes deficiencias espirituales, era deleznable y, desde luego, inferior. Con tal doctrina se podía excitar a un pueblo y llevarle al sacrificio heroico; pero no se podía cumplir ninguna misión universal.

No hay que despreciar el espíritu como principio creador; en la Historia sólo queda, como valor para los años y hasta los siglos venideros, lo que el espíritu fecundó. Se derrumban o son aplastadas las construcciones de la fuerza; tras los escombros y el humo de las batallas, tras el exterminio y la muerte, persiste la acción del espíritu en las almas. Sólo por el espíritu se asegura el porvenir. ¡Qué sorpresas se habrán llevado y qué otras sorpresas se llevarán todavía los que no contaron ni cuentan ahora con ese indestructible poder!

***

Cuando no se le quiere reconocer, no se puede profetizar con éxito. Dos mentes coetáneas, tan opuestas como Balmes y Heine, podían profetizar certeramente, con un siglo de anticipación, porque estaban seguros, a pesar de ignorar los hechos concretos que iban a producirse, de la realidad de la potencia espiritual. En el campo de la ciencia, en que rige la causalidad, de los hechos se pueden deducir otros hechos; se puede registrar (que no vaticinar) con exactitud la producción futura de un eclipse o un ciclón. Pero, en el campo de la Historia, no se puede deducir nada exacto y seguro de los hechos dados, escuetos, ni siquiera nada vago y general, si se prescinde del sentido que los mueve, del espíritu que orienta el haz de la iniciativa, imprevisible mediante los instrumentos del método científico.

Relegando el espíritu a mera manifestación de la sangre, ignorando su creatividad independiente del determinismo racial, Spengler no podía poseer el sentido del devenir y, por lo tanto, no podía estar dotado de la inspiración profética, propiamente dicha, aunque, en el terreno de la interpretación de los hechos pasados, tuviera atisbos geniales que mueven a estupefacción y maravilla. El dominio del historiador es lo inmutable; lo que ya está hecho. El dominio del profeta es lo móvil y mudable; lo que está haciéndose. Debido a su doctrina estrictamente naturalista, no podía preanunciar más allá de lo que es capaz de prever un meteorólogo o un embriólogo.

Sus predicciones, en verdad, aunque tuvieran por objeto la suerte de pueblos, civilizaciones y continentes, no pasaban de ahí. Sujetas a un programa rígido, lanzadas como dogmas inalterables — tal como gustan a las masas de todos los tiempos —, forzosamente habían de traducirse, dada la situación de nuestro mundo, en visiones de ocaso, entre sangrientas púrpuras. Su influencia, en definitiva, no podía ser de ningún modo bienhechora. Había de resultar fatalmente catastrófica, pues le faltaba la esperanza — que sólo suministra el espíritu libre — de un porvenir mejor. Dicho en otros términos, le faltaba el principio de salvación, eminentemente espiritual. Y cristiano.

Con un criterio igualmente materialista, pero con más sagacidad psicológica, el marxismo ha unido a su doctrina la idea de salvación de las masas. Luego se ha visto, sin embargo, que tal salvación no era sino otra forma, tal vez más implacable y cruel, de esclavitud. Pues en vano, siendo el hombre ser espiritual, buscará su salvación fuera del espíritu. Tal vez éste no consiga nunca vencer las durezas y asperezas de la realidad material, porque muchas de ellas son fatales; ni llegar a una estabilidad, porque la insatisfacción es consubstancial con la condición humana. Sea lo que sea, sólo el espíritu ha dado hasta ahora al hombre la energía para sostenerse, sin hundirse, sobre las olas mansas o encrespadas del mar de la fatalidad natural y económica.

CRONICA DE CINE

POR ANGEL ZUÑIGA

A LA MANERA DE 1916

CON no poca sorpresa asistimos ayer al estreno de los primeros capítulos de la nueva serie «Los misterios de Nueva York», titulado el número uno, «La mano que aprieta». Decimos con sorpresa sin ser ésta la verdadera palabra. La impresión que nos causaron los dos primeros episodios de los trece en que está dividida esta película de siete mil metros, es de admiración, de pasmo, digámoslo de una vez, de verdadero entusiasmo. Cuando parecía imposible superar las emociones que nos habían deparado las anteriores obras de este género, que no faltará quien diga —¡los eternos descontentos! —que es demasiado truculento, he aquí que nos llega esta nueva serie que sobrepasa en interés y en lujo de escenarios a todo lo que habíamos visto. Y no se vaya a creer no sea éste suficiente elogio, que ahí tenemos obras como «Las aventuras de Catalina» y «Las peripecias de Paulina», que merecen considerarse como clásicas en el abundante repertorio de este nuevo arte que conocemos con el bonito nombre de cinematógrafo, inventado, como ya saben nuestros lectores, por los hermanos Lumière, esas dos lumbreras galas que tanta gloria están dando a su patria.

Lo que nos han permitido ver los dos primeros episodios de «Los misterios de Nueva York», merece que echemos las campanas al vuelo. Con la guerra que ahora asola los campos de Europa y que traerá la paz justa y definitiva que nos libre de otro conflicto sangriento, nos hemos podido dar cuenta de un singular fenómeno. La aparición de los yanquis —que así se les llama en su país— en los lienzos europeos, ha conseguido sacar las cosas del falso quicio en que estaban colocadas. Seamos sinceros y con la mano en el pecho confesemos que ya estamos hartos de los folletines que nos colocan los cinematografistas del otro lado de los Pirineos, pese a estar interpretados por excelentes artistas —los de la Comédie Française—, sin hablar ahora de los dramones italianos, aunque hayamos de reconocer que son los favoritos del público.

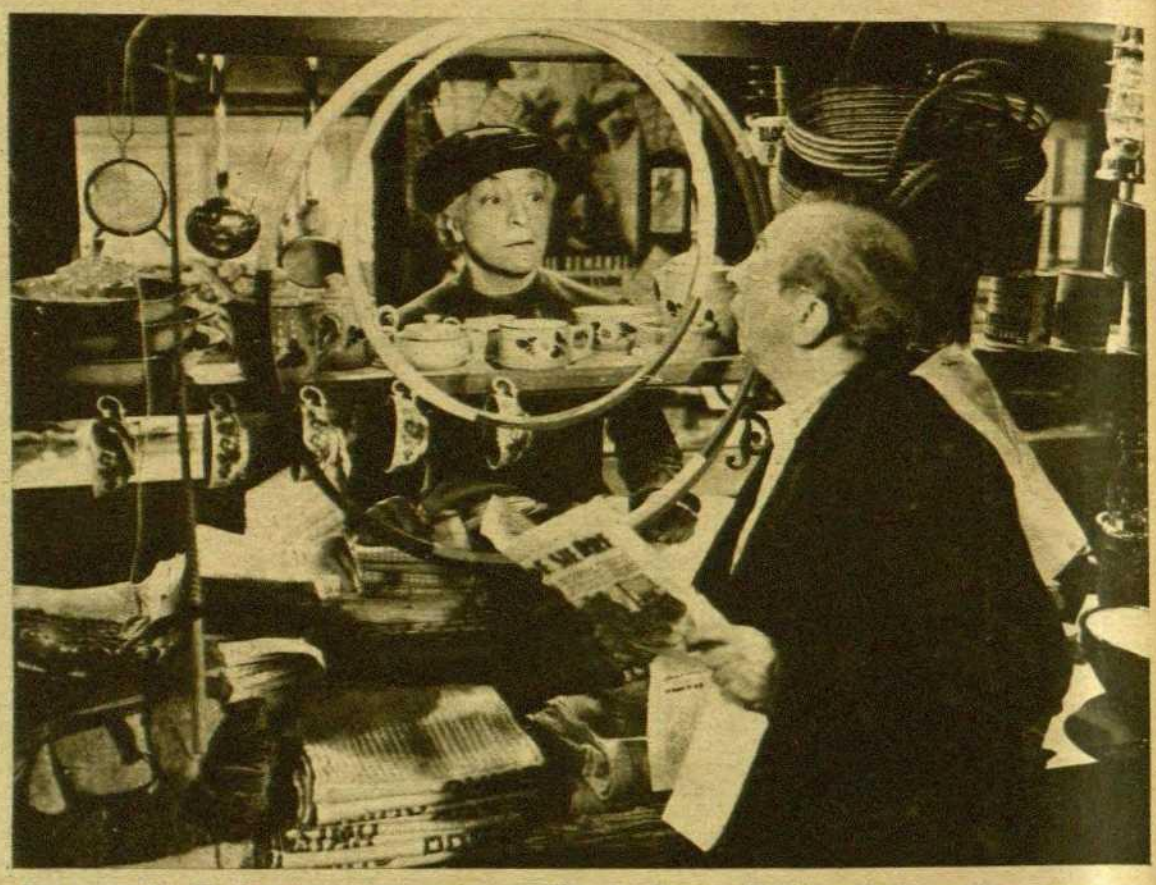
Es cierto que un drama interpretado por Francesca Bertini cobra un patetismo inigualable por el arte de la actriz. No en vano la Bertini es italiana e Italia es el país del arte. Por si fuera poco, la maravillosa belleza de la mujer, que recuerda la apasionada serenidad de algunos frisos, y sus magníficas «toaletas», completan la maravillosa impresión que nos causa en todas sus creaciones. Recordamos a nuestras lectoras, de pasada, que en el «Proceso Clemenceau», que recientemente hemos visto en El Dorado, Francisca Bertini lucía un vestuario valorado en once millones de liras. ¡A tanto llega la riqueza en las cuestiones cinematográficas!

Pero, cogiendo otra vez el hilo de nuestro discurso, es que los americanos traen al cinematógrafo una nueva concepción. Para usar de una palabra que está ahora muy en boga entre esos jóvenes, algunos de ellos bastante estrafalarios, que bailan ese llamémosle baile, que traspasa incluso los límites de la decencia, llamado el «fox-trot», usando esa palabra que no se les cae de los labios, esta película es dinámica y, sobre todo, moderna. Ruego que se me perdone la extensa digresión, pero era necesaria para que los asiduos a este nuevo arte, que tiene ya ganadas tantas batallas, supiesen a que carta se juega esta nueva dimensión que se nos trae a un país como el nuestro en el que, no sabemos por qué causa, lo hemos clasificado en un apartado inferior, despreciando sus enormes condiciones no sabemos si por ignorancia o por desidia. Y es lástima, porque las bellezas panorámicas y nuestro teatro serían cantera inagotable para intentar, con probabilidades de éxito, jugar fuerte en la cinematografía europea y, por extensión, en la del globo terráqueo.

«Los misterios de Nueva York» es una película muy moderna. Tanto por el asunto como por la lujosa presentación, sin decir todavía ni palabra de la interpretación, que merece capítulo aparte. El tema tiene gran interés. Nos cuenta las aventuras de la joven Elena Dorge, que interpreta Perla Blanca (Pearl White), la simpática e intrépida protagonista de «Las peripecias de Paulina», dispuesta a vengar el asesinato de su padre, ocurrido en circunstancias misteriosas y del que es seguro culpable «La mano que aprieta», osado criminal que en la sombra perpetra los más atroces crímenes. A su lado, lucha por desentrañar la madeja de la intriga el detective Justin Clarel, quien usa de los más modernos adelantos de la ciencia para seguir la pista de la banda criminal que rodea a nuestra heroína. No queremos seguir relatando el asunto para no restar interés a la película. Pero no sería justo silenciar que, a cada metro que pasa, la emoción va en aumento y que al final del segundo episodio —titulado «El sueño sin memoria»— casi no se puede evitar un chillido de terror causado por la viva emoción del momento que deja a la heroína en trance de muerte. Claro, ya sabemos que se salvará, porque si no, no habría película; pero el hilo de la trama está tan bien llevado, que olvidamos la ficción, para no ver en la pantalla más que la realidad más escalofriante.

Las carreras, sustos, asechanzas se suceden en esta película. Pero hora es ya de que hablemos de la maravillosa interpretación de Perla Blanca (Pearl White) a quien debemos colocar, con justicia, entre las más grandes actrices con que ha contado el arte de la representación. Perla Blanca (Pearl White) gana a las otras en naturalidad. No parece que actúa, sino que vive, y las aventuras, que se desarrollan con una rapidez que casi da vértigo, diríamos que son sacadas de la misma realidad, tanta es la sinceridad que pone Perla Blanca (Pearl White) en el desempeño de su cometido. Para dar idea de su arrojo diremos que en una escena se pelea, en pleno Barrio Chino, con más de una docena de maleantes que la quieren secuestrar, saliendo libre y airosa de su cometido. Y la escena en que pasa de un auto a un avión sobrepasa en emoción a todo lo que se ha visto. Día se verá en que todo esto tiene tanta importancia como la pueda tener la odisea de Ulises en el inolvidable canto homérico. No quisiéramos caer en el ditirambo ni que se nos tache de ilusos; pero estas cintas que nos envían desde el país de los rascacielos sobrepasan a todos los dramas anteriores de la Humanidad. Naturalmente, se está llegando a una meta y es de suponer que ya no se podrá mejorar lo que aquí se hace en el terreno del arte y de la expresión. El director, un tal Louis Gasnier, ha preparado con gran destreza los decorados para que Perla Blanca (Pearl White) se mueva a sus anchas. Inútil decir también que estamos que no dormimos pensando en los próximos episodios, que se estrenarán el próximo jueves por la tarde y que se titulan «La tumba de hierro» y «El retrato mortal». Felicitemos a la célebre Compañía americana Pathé, o sea la Pathé Exchange Limited, de Nueva York, por una película tan maravillosa como ésta. Y extendamos nuestra felicitación al Palace Cine, que se ha convertido en hogar de las películas americanas. No obstante, nos parece exagerada la subida del precio de la localidad, pese a la reconocida categoría y al extraordinario metraje de esta gigantesca obra. Que cueste treinta céntimos la preferencia nos parece, sinceramente, un abuso. Si seguimos por este camino, ¿dónde vamos a ir a parar? Hora es ya de que se ponga coto a estos desmanes, para bien de este arte, al que, no sin razón, se le llama el Séptimo por quienes gustan de colocar las cosas en su sitio.

La alegría



Una escena de «Ha desaparecido una mujer», un film de Jacques Feyder, rodado en Suiza durante la pasada contienda y en el que Françoise Rosay interpreta cuatro papeles distintos: una gran actriz de fama mundial, la directora de un Instituto, una granjera del cantón suizo El Valais y la mujer de un barquero. Con esta película, una de las más inteligentes que ha producido el cine europeo, Jacques Feyder, el realizador de la inolvidable «Kermesse heroica», ha logrado la mejor obra de su carrera

SESIONES CINEMATOGRAFICAS

"DESTINO"

XXXVII SESION

Martes 27 de agosto, noche, en el

Cine Astoria

La realización de

JACQUES FREYDER

HA DESAPARECIDO UNA MUJER

Film rodado en Suiza

Proyección en su versión original francesa, sin subtítulos en español

NUESTRAS SESIONES

«HA DESAPARECIDO UNA MUJER»

El último film de Jacques Feyder

SIGUIENDO nuestra costumbre de presentar obras de excepcional calidad artística, presentaciones que en lo sucesivo procuraremos sistematizar —siempre, claro está, que hallemos material disponible y que la programación de los locales lo permita—, el martes día 27 de agosto, en el cine Astoria y en sesión única, ofreceremos a nuestros lectores el último film de Jacques Feyder, «Ha desaparecido una mujer», que acaba de llegar a Barcelona y que será proyectado en versión original sin subtítulos en español.

A lo largo de toda la carrera de Jacques Feyder, a través de muchos éxitos y algunos fracasos, se ha ido dibujando la personalidad de este director, que hoy día ya tiene contornos muy concretos. Se observa en su obra una especial predilección por la vida secreta de los personajes, un vehemente deseo de describir su psicología de una manera realista. Sus films cautivan el ánimo del espectador por la verdad que encierran, aun cuando esa verdad sea a veces demasiado visible o demasiado teatral. Es esa verdad lo que siempre salva las películas de Feyder. El espíritu de observación domina en su obra. Feyder es un creador de tipos. Sus caracteres son vigorosos y dibujados a la perfección. Este realizador posee el don de ver y de pintar. A más de esto, sabe como pocos sugerir, decir muchas cosas en pocas palabras. Huye de la acumulación para ahorrar en lo posible metros de celuloide inútiles. Posee a fondo la ciencia del «raccourci» cinematográfico.

Es también un perfecto narrador. Pone al servicio de los temas que le confían un oficio sólido y dúctil —el aplomo técnico del hombre que ha sido artesano antes de llegar a ser artista— y sus dotes casi pictóricas de la composición, que le permiten trazar imágenes de singular belleza plástica. A tal respecto, «La Kermesse heroica», que presentamos en agosto del pasado año, y cuyos fotogramas hacían pensar de continuo en Breughel y otros pintores flamencos, constituye una obra muy significativa.

Jacques Feyder debutó en unos momentos en que el cine francés parecía dirigirse exclusivamente a los intelectuales. Louis Delluc, precursor genial, la personalidad más considerable de aquella época, dedicábase apasionadamente a investigaciones, no del todo afortunadas algunas de ellas, pero que contribuyeron sobremanera a enriquecer aquel arte aún balbuciente. En los realizadores franceses de aquel entonces influía, coartando su libertad, la preocupación por las sobreimpresiones y otros procedimientos que intentaban libertar la pantalla del yugo de la materia. Marcel Lherbier, con una audacia técnica sin igual, realizaba «Eldorado» y el film futurista, abstracto y frío «L'Inhumaine». Abel Gance, el director más célebre de aquel tiempo, creaba «La Roue», auténtica obra maestra del cine mudo, que prestaba un alma a los objetos inanimados. Jean Epstein, rodaba «Cœur fidèle», una cinta mal compuesta, pero rica en aquella poesía popular que había de hacer famoso a René Clair. Y, tras una adaptación, hábil, pero desprovista de finura, de «L'Atlantide», de Pierre Benoit, cuya protagonista, la piramidal Napierkovska, sólo logró provocar la hilaridad; Jacques Feyder, dió a conocer en 1923 «Crainquebille», según el cuento de Anatole France, obra laboriosa, algo pesada, pero en la que se ponía de manifiesto por vez primera, la importancia que este director concede a los conflictos anímicos.

Siguieron a este film «L'Image», cuyo argumento era de Jules Romains; dos cintas deliciosas: «Gribiche» y «Visages d'Enfants», henchidas de ternura y de un sentimentalismo suave y amargo; una menos que discreta «Carmen», para Raquel Meller, y por último «Thérèse Raquin», que cabe considerar como la mejor obra muda de Feyder. Merced a unas luces y sombras manejadas con insuperable maestría, una atmósfera sofocante rodeaba aquella película en la que el arte de sugerir obtenía admirables resultados. No es tarea fácil la de llevar al lienzo el voluminoso libro de Zola. Sin embargo, Jacques Feyder, eliminando todo cuanto de accidental hay en la novela, fijó exclusivamente sus miradas en lo esencial, logrando así una obra condensada, angustiosa y fuerte, que causaba honda emoción.

Después de «Les nouveaux messieurs», una insignificante comedia, Feyder fué contratado por América. Era el primer director francés que se trasladaba a los Estados Unidos después de la guerra mundial número uno. En pocos años había conseguido granjearse los aplausos del público y los elogios de los críticos más exigentes. No merece la pena comentar lo que hizo en Hollywood.

anis azul

MONTPLET

que pasa...

El mismo no quiere que se hable de aquellos films de espantosa mediocridad. Recordamos «Al despertar» y «El hijo del destino», interpretados ambos por Ramón Novarro y estrenados en Barcelona el año 1933, huérfanos en absoluto de valores cinematográficos, puramente teatrales y rellenados de diálogos inacabables y fatigosos.

Jacques Feyder resucitó en cuanto volvió a París. «Le grand jeu» y «Pensión Mimosas», bastaron para rehabilitarle. «Le grand jeu», estrenado en nuestra ciudad en el año 1935 con el título de «El signo de la muerte», representaba un loable esfuerzo para reconstruir un ambiente. La Legión extranjera en tierras africanas. Desengaños amorosos ahogados en los peligros de la guerra y el ardor del sol tropical. Esta anécdota novelesca sirvió a Feyder para componer una obra de considerable humanidad. Los personajes eran vulgares a más no poder, pero poseían un verismo trastornador, y de sus dichos y hechos desprendíase una poesía turbadora. Un crítico, Français Vinneuil, dijo que aquella mujer que echaba las cartas evocaba a Baudelaire.

«Pensión Mimosas» nos presentaba a uno de los personajes más complejos, desde el punto de vista psicológico, que hemos visto en el cine.

La pintura de una mujer que recoge a un niño y que, cuando éste crece, pasa de los celos de madre a sentimientos menos puros, fué llevada a cabo por medio de pequeñas pinceladas. Cada escena en que la protagonista intervenía, nos revelaba un rasgo de su carácter. Feyder condujo magistralmente el relato, que se hacía más rápido y claro a medida que se multiplicaban las peripecias.

«La Kermesse heroica» precedió a «La piste du Nord», que se estrenó en el París ocupado por los alemanes. En 1942. Una obra de extraordinaria importancia. Una de las más sobrias y emocionantes que han salido de los estudios franceses. En este drama punzante, en el cual, el amor, la muerte y el deber ponen frente a frente a una mujer y a tres hombres, la nieve desempeña un papel principal. La nieve, con su infinitud lilial, anuda la tragedia de esos seres. Y también la desanuda, por cuanto, al matar a la mujer después de haber respetado la vida de los hombres, quita a éstos la razón que mueve para vivir y luchar. El asesino ya no siente la necesidad de huir ni desea la libertad. El amante ya no tiene rival. Y las leyes de los hombres han quedado sin enemigo ni representante. La nieve es vasta y serena como la mar.

Más acabada aún, más cuidada en todos sus detalles, es la apasionante historia de la mujer desaparecida, con la cual Jacques Feyder consigue la mejor película de su carrera.

La próxima semana hablaremos extensamente de este film.

QUINTO CONCURSO CINEMATOGRAFICO "DESTINO"

Como en las pasadas temporadas, DESTINO organiza un Concurso Cinematográfico para elegir entre las películas estrenadas en el transcurso de la temporada 1945-1946, la que a juicio de los lectores sea considerada como la mejor. A tal fin, insertamos un boletín, el cual, convenientemente llenado con el nombre y las señas del lector y el título de la película preferida, puede remitírsenos a nuestra Redacción, Pelayo, núm. 28, principal, indicando en el sobre:

«PARA EL CONCURSO CINEMATOGRAFICO»

PREMIOS

PRIMER PREMIO: 1.500 pesetas (viaje al Pilar, de Zaragoza), ofrecidas por la casa Bosch y Compañía, fabricantes del Anís del Mono. — SEGUNDO PREMIO: 500 pesetas, ofrecidas por Maquinaria Cinematográfica O. S. S. A. — OTROS PREMIOS: Una fotografía ofrecida por la casa Batlles-Compte. — Una pulsera de plata y esmalte, de la Joyería Armengol. — Un lote de frascos de perfumería de Laboratorios Unicán. — Un lote de perfumería surtida de A. Puig y Compañía. — Una caja de 12 botellas surtidas de la casa Marqués del Mérito. — Dos lotes surtidos de perfumería de la casa Montaber. — Una blusa Rebeca, de la casa Vilardell. — Un jersey, para caballero, de la casa Vilardell. — Un lote perfumería de la Perfumería La Florida. — Una caja 12 botellas superaperitivo internacional Bill Cobianchi. — Una caja espumoso Champán Miró. — Un lote libros Editorial Apolo. — Un lote libros Editorial Juventud. — Un lote libros Ediciones Destino, S. L. — Un lote libros Ediciones Destino, S. L. — Un lote libros Editorial Janés. — Un lote libros Ediciones Arimany.

«DESTINO» OFRECERA, ASIMISMO, UNA MEDALLA AL DIRECTOR DE LA CINTA ELEGIDA

MEDALLA "DESTINO"

1942: «PIGMALION» — 1943: «REBECA»
1944: «Adiós, Mr. Chips» — 1945: «Qué verde era mi valle»

Para orientación, publicamos una lista de algunas de las producciones estrenadas durante esta temporada:

AL MARGEN DE LA VIDA, Julien Duvivier; AMOR Y PERIODISMO, Tay Garnett; UÑA Y CARNE, Sam Wood; EL SOSPECHOSO, Robert Siodmak; SIGUIENDO MI CAMINO, Leo Mac Carey; LA VIDA EN UN HILO, Edgar Neville; MR. LUCKY, H. C. Potter; CASANOVA BROWN, Sam Wood; ERAN CINCO HERMANOS, Lloyd Bacon; LOS ULTIMOS DE FILIPINAS, Antonio Román; TIERRA SEDIENTA, Rafael Gil; SE FIEL A TI MISMO, Anatole Litvak; NOCHE EN EL ALMA, Jacques Tourneur; SABOTAJE, Alfred Hitchcock; SEIS DESTINOS, Julien Duvivier; SUCEDIO MAÑANA, René Clair; LAURA, Otto Preminger; UN CORAZON EN PELIGRO, Cliford Odets; VIDAS HEROICAS, Frank Borzage; CIUDAD DE CONQUISTA, Anatole Litvak; OLIVIA, George Stevens; SANGRE EN FILIPINAS, Mark Sandrick.

QUINTO CONCURSO

Cinta preferida ... ...

Nombre del votante ... ...

Domicilio ... ...

Jean Marchat y María Casares, intérpretes de «El viaje de Teseo»

NOTICIARIO

ECOS DEL TEATRO FRANCES

LOS franceses siguen preocupándose de mantener abierto, noche y día, en París, el laboratorio del «sprit» europeo. El «sprit» francés, refinado y jugoso, se ha nutrido siempre de todas las tendencias intelectuales y literarias del mundo. Ellos han sido los primeros en traducir la literatura rusa y norteamericana actuales, y ello les ha dado la posibilidad de descubrir estrechos puntos de contacto entre ambas literaturas modernas. Y es posible que una de las preocupaciones más interesantes del país vecino siga siendo, pese al cine, el teatro, la escena, los decorados, la tramoya y las luces.

En la cuestión teatral han vuelto a fijarse en España. Paul Achard ha sido quien se ha atrevido con la considerable empresa de traducir y arreglar para la escena «La Celestina», de nuestro casi anónimo y desconocido Rojas. Otro de los éxitos ha sido el estreno de «Divinas palabras», de nuestro Valle-Inclán, el de las barbas de chivo. Y uno de los descubrimientos más interesantes ha sido el de la actriz María Casares, nuestra compatriota, que en poco tiempo se ha situado entre los primeros puestos de la escena francesa, después de obtener resonantes galardones del Conservatorio de París. Otra de las piezas dramáticas españolas que ha merecido el respeto y la atención de la crítica ha sido «La casa de Bernarda Alba», de García Lorca. Esta última fué estrenada por la Compañía de «Studio des Champs Elysees», uno de los pequeños escenarios franceses que tanto abundan, tales el teatro «du pôche», que sólo tiene veinticuatro butacas y sirve para representaciones de tipo minoritario.

Se han estrenado las dos obras póstumas de Jean Giraudoux: «Sodoma y Gomorra» y «La folle de Chaillot». En ambas, Louis Jouvet, actor de un prestigio adquirido en «Le vieux Colombier», ha hecho una formidable creación de sus protagonistas. La gracia finísima, intelectual y preciosista de Giraudoux tiene —ha tenido siempre— en Jouvet su máximo representante.

Robert Boissy es el último autor francés que se ha encaramado con una auténtica y bien definida personalidad. Con sus obras «Le fou et l'Idiote» y «Júpiter», habiendo obtenido esta última el gran Premio del Teatro Francés, ha sido reconocido a los cuatro vientos como gran humorista de la escena.

La nota de mayor interés la ha dado recientemente el estreno de una obra de Henri Troyat, «Los que viven». Ha sido estrenada en «Le vieux Colombier», que sigue siendo el local donde se dan las más substanciosas manifestaciones artístico-teatrales. Robert Kemp nos habla de la obra en estos términos: «No lo tomemos a broma. Esta obra tiene algo grandioso. Reconocemos en seguida a esos personajes, que no son de Boccacio sino también de Shakespeare y de «La Tierra es redonda», de Armando Salacrou. Reconocemos al cartapintero de esta puerta-hada: se llama Mauricio Maeterlinck, cuyo teatro parece hecho todo de puertas... Las de «Pelléas», las de «Tintagilles» — detrás de las que se encuentra la guarida de la muerte — son las más célebres.

»París esperaba con curiosidad el debut de Henri Troyat en el teatro. Novelista original por su sangre, por la que circulan glóbulos de raza eslava, y por su talento, en el que la lucidez se reviste de misterio.» Y, por fin, los franceses han podido salir de sus dudas.

Estas son las últimas noticias del país vecino en materia teatral.

D.

Una escena de la película

"VIDAS SIN RUMBO"

interpretada por Henry Fonda, Joan Bennett y Warren William que se estrenó ayer noche con extraordinario éxito en KURSAAL

Montaber

LANZA AL MERCADO UN NUEVO TIPO DE LACA AMERICANA

Bel-Ton

CALIDAD PERSISTENCIA COLORIDO INIGUALADOS

HARA DE SUS MANOS UNA JOYA

TIVOLI

(Acondicionado para el verano)

¡¡Vean ustedes la Gran Revista Internacional de éxito clamoroso!!...

ENTRE DOS LUCES

¡2 últimas semanas!

Con los famosos artistas

SPADARO
MERCEDES MOZART
MONICA THIBAUD
TRIO FLORIDA
ORJAS Y ROA
ANGELINA CONTI
IVAN MIHAILOVICH
y SEMPRINI

en sus nuevas y magníficas creaciones

Realizadores: DUISBERG - GISA GEERT

Día 23: HOMENAJE A SEMPRINI

"Del brazo y por la calle"

ESTA comedia morboso-dramática del chileno Armando Mook, estrenada por Luis Prendes y Lolita Villaespesa, que, como subtítulo propagandístico, detenta el marbete circense de «2 únicos personajes,2», no es más ni menos que un tango. Un tango lastimero, relamido y gelatinoso, bailado, naturalmente, por una pareja. Un tango bien hecho, bien escrito; pero un tango. Un tango, pues, con todas las agravantes del género, aunque superado en sus trazos más latigueantes con la cordura, las precauciones, el talento, el temor al ridículo y la habilidad de un autor que se preciaba de serlo. Como tango, lo es perfecto. Contiene todos los ingredientes luctuosos, de predestinación y decadentes que requiere un tango para el más acabado equilibrio de sus partes. Tales, el sacrificio agotador que diariamente hace el hombre «bueno», artista frustrado en pugna con una sociedad egoísta que no le comprende, en favor de su esposa, que está ya cansada de la vida de estrechez que lleva en sí desde que se casaron. La irresponsable infidelidad, alevosa y nocturna, de la mujer, que se lanza a la aventura canallesca por una simple trifulca casera cuando ya estaba preparada para hacerlo gracias a los consejos celestinescos de una vecina. La llegada del marido a medianoche, que es cuando encuentra el hogar vacío. Y, por último, el aterrizaje que hace la mujer pocos minutos después que su esposo, presentándose ante él con el vestido desgarrado y el alma despedazada (sic). Reproches del consorte enfurecido, defensa elástica de su compañera y táctica general de todos los instintos desvelados en marcha para, al fin, después que, como medio salvador, han recurrido a la idea del suicidio romeojuliesco, entrar en la dulce quimera del refranero que todo lo salva. Con otras palabras, al final vienen a decir algo parecido a esto: «Mal de muchos, remedio de tontos». Puesto que si para ellos dos, como técnica mental que les ha de descansar, todos cuantos van «del brazo y por la calle» no son felices aunque lo parezca y, por tanto, ellos pueden engrosar esa legión de pequeños desgraciados que aparentan ser felices, el remedio que se han buscado no es mejor ni peor que el que les puede expender cualquiera herboristería o, ¿quién sabe?, unos pases magnéticos bien aplicados en los omoplatos.

Quedamos, pues, en que, como tango, la comedia es perfecta. Y ya resulta curioso e importante que, tratándose de una comedia con adulterio, no salgan a relucir las puñaladas traperas y las venganzas del honor ultrajado. Y es importante también, porque siendo en realidad un tango, no lo parece hasta el momento aquel del tercer acto, cuando el marido, en pleno agotamiento de todos los recursos furiosamente dialécticos, oye que suenan las ocho y dice: «Me marcho a la oficina». Y se va a la oficina, como si no hubiese ocurrido absolutamente nada. Condenemos la comedia en este punto. Hasta el instante en que, después de una discusión de cerca de doce horas de continuidad, ellos deciden trasvasarse conjuntamente al más allá con el rápido salvoconducto de un pisletazo, la cosa marcha. A partir de dicho momento, la comedia da unos traspiés terribles. Con ello no quiero decir que crea que la muerte de ambos es inapelable. Todo lo contrario. Creo que en aquel preciso momento empieza la auténtica comedia que el autor malogra, porque ya estaba en el tercer acto.

Y es que el defecto más importante está en que el autor ha situado en trance expiatorio a dos personajes de escasa inteligencia. Ella es una estúpida y él, aunque no tanto, demuestra poseer espíritu gregario y escaso poder de autodeterminación. Es un tipo flotante, nebuloso, empastado a una dignidad burocrática y dotado, para desgracia suya, de unos reflejos instintivos arrolladores, de escaso contacto con la voluntad y la razón. Son personajes de sangre caliente, impulsivos, frotados en el papel de lija ese de un fácil erotismo abúlico, con imperativos exaltados intempestivamente, que van y vienen del equilibrio dependiendo siempre de un temperamento incontrolado. Considerando, pues, tal valor humano en los personajes, la comedia discurre, frenética y transhumante, por su verdadera senda, en interesante discusión. Pero entonces es cuando nos corresponde añadir que el drama que puede proporcionarnos, como espectadores, el adulterio entre dos tipos de escasas luces y de nervios dispersos, no nos interesa ya. Discutámoslo. Concedamos que esos personajes, después de doce horas de discusión puramente irrazonada y pasional, tienen perfecto derecho a recurrir a las pistolas cuando la mañana ofrece su alba a las ventanas. Bien. Pero, en el justo instante en que creen que el suicidio no les reportaría más que la muerte y condenación de sus almas, es de creer que es entonces cuando la labor de sus espíritus empieza. Es ahí cuando se ven obligados a discutir la jugada nocturna, una vez están salvados, que es cuando empiezan a razonar como Dios manda. Pues, no. Cuando llegamos a este momento tan delicado, que es cuando empezamos a acomodarnos con interés en las butacas, es entonces cuando tocan las ocho de la mañana y el marido recuerda que puede llegar tarde a la oficina. Esta es una comedia en la que

Luis Prendes

hasta el momento de bajar el telón, los personajes han de seguir discutiendo. No tiene otra solución.

Luis Prendes, que sólo lo conocíamos en sombras, realiza en esta comedia una interpretación intensa, grave, honda y abrasada. Existe, en realidad, en muchos comediantes, el puro efectismo interpretativo, la literatura del gesto y el especular con los rebordes de una voz con pastosidades de leche condensada, que tantos admiradores tiene entre el sexo femenino. En Luis Prendes no existe aún — y rogamos que se aleje siempre que pueda — ese dejarse caer en la fórmula que se llama amaneramiento. Podrá gustar o no su interpretación, esto es cuestión aparte, pero nos la ha dado entera y auténtica en él mismo. Dentro de esa autenticidad particular. Luis Prendes se ha dado a sí mismo y todos sus gestos, sus gritos, sus contracciones y desmayos, son enteramente la realidad de un comediante que, desprovisto de técnicas especiales, piensa en Antoine y nos ofrece su propia violencia con la violenta naturalidad de una crisis que, por fortuna, encaja en el papel como anillo en el dedo. Aplaudimos su labor sin reservas de ninguna clase.

De Lolita Villaespesa, opondríamos un sólo pero: que no estaba en su lugar. Ni lo está cuando en el primer acto ruega a su esposo que no la deje sola aquella noche, ni asimismo en el tercer acto, cuando aparte de si el revólver como si cogiera un ratón por la cola.

JULIO COLL

EL ULTIMO LIBRO DE

H. G. WELLS

Los hijos de Caín

F. OLIVER BRACHFELD, Editor
Condal, 32. - Barcelona

La alegria

VUELTA AL RUEDO

EL pasado domingo, en la Monumental, hubo corrida de ocho toros. Seis de Vicente Muriel y dos de Leopoldo L. de Clairac, ambos ganaderos salmantinos. Fueron toros de buen peso, aunque no excesivo, pero grandes, con edad y sentido: alguno mansurroneó; el primero, muy peligroso por sus coladas, y los demás, inciertos y reservones, nada cómodos. En fin, toros de esos que dicen que rechazan los ases que no mandan en la torería. Claro que ninguno de los toreros encargados de lidiarlos era de clase especial. Uno, Cabré, muy desentrenado; otro, Llorente, que parece que este año no confirma las esperanzas que se pusieron en él después de su alternativa, y los otros dos, nuevos, dispuestos a conquistar la plaza de Barcelona con el ganado que fuese.

Cabré es un torero simpático, que fué recibido con una cariñosa ovación. Todos los defectos que le vimos nos parecieron fruto de su desentreno, pues demostró el domingo tener valor, inteligencia y arte. A su primer toro, peligrosísimo, lo lidió inteligentemente, doblándolo muy bien, haciéndose con él sin miedo a sus coladas, y lo mató con decencia, siendo ovacionado.

En su segundo, más toreable, surgió el artista. En un quite dió dos verónicas lentas, ceñidas, preciosas, y con la muleta se lució en los pases por alto, en redondo y manoletinas, para acabar con media estocada bien puesta. Cortó la oreja. No es Cabré un torero que entusiasme, pero es un artista, que más entrenado y con las ganas de torear del domingo, nos haría pasar muy buenos ratos. Es lástima le veamos tan poco.

La estocada de Llorente a su primer toro fué dada con el corazón. Volcarse un torero pequeño sobre un toro grande, tal como lo hizo Llorente, es una hazaña de valiente. La cogida era segura, y del encontronazo salió el torero despedido hacia lo alto, afortunadamente sin consecuencias. La estocada le valió la oreja. Aparte de esta estocada, Llorente luchó con las grandes dificultades de sus bichos sin el entusiasmo de otras veces.

El mejicano Estrada debutaba en esta plaza y en España, y sus primeros lances fueron unas verónicas muy toreras, bien rematadas con un recorte a una mano. Como el público de nuestra plaza ha descubierto tantos fenómenos llena-plazas en poco tiempo: Arruza, el pobre Manolo Cortés, Rovira, Juanito Bienvenida, etcétera, en cuanto un torero, sobre todo si es mejicano, se arrima y se luce, ya nos creemos que estamos delante del nuevo fenómeno. Y con Estrada la temperatura de la plaza subió a alto grado, para descender bastante en la misma corrida. Esto lo hemos visto en estos últimos años varias veces en los debuts de los toreros mejicanos.

Estrada, por nerviosismo o por ignorancia, dió al toro los terrenos de dentro sin llevarlo toreado, en el primero, al citarlo por primera vez al natural, y en el segundo, en una verónica que, claro está, le valió un puntazo. Indudablemente, con la capa tiene maneras de torero, pero con la muleta y con la espada demostró estar verdísimo, además de muy nervioso y precipitado. Los naturales a su primer toro fueron dados a velocidades de exprés. Sin embargo, por su toreo de capa, su valor con la muleta y su estocada, de efectos rápidos, cortó la oreja del primer toro que ha matado en España.

El aragonés Mata es de una valentía maciza. Desde que se arrodilló al iniciar la faena a su primer toro, todos vimos la cornada inevitable. Por puro milagro no apareció en los pases de rodillas; pero en cuanto citó al natural, el bicho fué directo al cuerpo del torero, levantándolo y manteniéndolo en su testuz durante varios segundos interminables. Ileso del percance, se arrimó en unas manoletinas y, con una velocidad de vértigo, se tiró a matar. El público, por lo mucho que le había hecho sufrir, pidió las dos orejas, y la presidencia las concedió. En su segundo volvió a estar valentísimo. La verdad es que no vimos en él más que valor poco sereno. Si sigue derrochándolo, y no se lo lleva por delante una cornada, puede firmar un número considerable de corridas, pues el valor aislado también se cotiza en las plazas de toros.

INTERINO

UNA CATALANA INTERNACIONAL

María Barrientos

Maria Barrientos

¡QUE complicados y largos son los caminos del mundo en esta época de la velocidad! Para ser conocida en Barcelona, ha tenido que pasar por Buenos Aires la noticia de una muerte ocurrida en San Juan de Luz. Y una de las personalidades que era orgullo de nuestra tierra, ha tenido aquí, entre nosotros, casi que bajar periodísticamente a la tumba envuelta en el panegírico que le han hecho los diarios americanos...

Y menos mal, todavía, que no hemos imitado a cierto escritor madrileño, que al reunir, ha poco, en un grueso volumen, una serie de añejas interviús, cerró la de María Barrientos con la afirmación de que, veinticinco años atrás, había muerto en Nueva York, a consecuencia de una pulmonía...

Ante semejantes despistes informativos, cualquiera diría que la Barrientos era ya una figura legendaria, perdida en la bruma del pasado. Cuando, en realidad, trátase de una dama que, hasta la última guerra, vivía en París y que siempre alardeó de su gran amor hacia esta Barcelona que la vió nacer.

Amor demostrado con hechos. Sus postreras actuaciones en España consistieron en sendos recitales de canciones catalanas, a beneficio del «Orfeó Català». Antes de abandonar definitivamente el teatro, movida por sentimental impulso, llevó a cabo una jira de despedida por las principales localidades de la región. Y en nuestra Escuela Municipal de Música, dotó una beca para ampliación de estudios en el extranjero, fundación que lleva el nombre de la eximia artista.

Sus éxitos internacionales, el cariño que hacia ella sentía la flor y nata de Buenos Aires, sus residencias en París y en San Juan de Luz, no anularon en el corazón de María Barrientos los antiguos afectos hacia su ciudad, hacia la entidad orfeónica máximo exponente de nuestra musicalidad, y hacia la Escuela, de cuyas aulas, siendo todavía una niña, salió ya con pujos de gran cantante.

LA NUEVA PATTI

Precisamente, la primera salida en público de la artista va ligada a nuestra Escuela Municipal de Música. En febrero de 1895, los alumnos de la institución estrenaron, en el Palacio de Bellas Artes, el idilio de Apeles Mestres y maestro Rodoreda «La nit al bosc». Entre los solistas, estaba una muchachita de once años, llamada María Barrientos. Y, junto a ella, un mozo que también prometía, Emilio Sagi Barba.

Fué María, pues, una cantante precoz. A los quince abriles revolucionó ya a la ciudad, la víspera de San Jaime del año 1898, al hacer su debut en el desaparecido teatro Lírico, del Paseo de Gracia, cantando «La sonámbula». De no ser ya una figura excepcional, quizá la hubiera hundido un reclamo indiscreto. La presentaban nada menos que como a «émula de la Patti». Calificativo que le valió algún rapapolvo inserto en las críticas elogiosas.

El éxito inicial la animó a reiterar en un breve período sus salidas. Pocos días después, cantaba en el Novedades otra «Sonámbula» y «Lucía», bajo la dirección del maestro Pérez Cabrero, y en un cuadro en el que figuraban los cantantes señoras Amat y Ketti, y los señores Brotat, Romeu, Boldú, Masip y Calvet. Otra vez volvió al Lírico, para cantar, sucesivamente, «Rigoletto», «Dinorah» y «El Barbero de Sevilla». En la lección de canto de esta última obra, la joven María interpretó las variaciones de Prock. La crítica se hizo lenguas de sus potentes sobreagudos, de la maestría con que plegaba la voz a los trinos, gorjeos y picados. Una sola reserva: la voz algo desigual en ciertas notas medias, fallo imputable a su formación todavía no completa. Pero aficionados y críticos coincidieron en dictaminar que la niña tenía madera de gran diva.

La fulminante revelación de María Barrientos culminó unos meses después, en enero de 1899, al ser llamada por el «Diario del Comercio» para tomar parte en una función a beneficio de los repatriados, celebrada en el Liceo. La joven cantó unos cuadros de «Lucía». Al año siguiente, salía ya para Milán, para debutar con «Lakmé». Cumplidos apenas los dieciséis años, el mundo era ya suyo.

Fué osadía parangonarla de buenas a primeras con Adelina Patti. Sin embargo, bastantes años después, al retirarse ésta de la escena, regalaba a María Barrientos un retrato en el que escribió, de puño y letra, que se marchaba tranquila, satisfecha de dejar una sucesora en la cantante barcelonesa...

Y, ADEMAS, GRAN SEÑORA

Otra prueba de su amor a Barcelona. En 1907, en plena gloria, vino a casarse al Santuario del Sagrado Corazón, de la calle de Rogent, sellón esquina a Muntaner, templo que centraba preferentemente sus devociones de jovencita. El esposo era don Jorge Kee, de nacionalidad argentina. María abrigaba la ilusión de retirarse del teatro, decapitando una carrera breve y rutilante. Pero el destino, a través de íntimas contrariedades, la empujó de nuevo

que pasa...

las tablas. Reapareció en Buenos Aires, su país de adopción, cantando «Lucía de Lammermoor», al lado de Titta Ruffo.

Entonces recorrió de nuevo los primeros escenarios del mundo. En Barcelona la vimos de vez en cuando. En el Liceo, por última vez, en 1915, en «Lakmé» y «Puritanos». Más tarde, en conciertos, acompañada de la célebre Wanda Landowska. En 1924, puso punto final a su actuación pública, también en la capital de la Argentina, con un recital de canciones. Y eligió París como punto de su retiro.

Nuestra María Barrientos, si en la ópera fué una notabilidad, era en la vida privada quizá también una excepción entre los artistas. Mujer sentimentalísima de la familia, su madre la acompañó en todas sus jiras por el mundo. Ya casada, vivió librada al amor maternal, y, años después, encontró en los nietecitos nuevos motivos de gozo. Hizo un culto de la amistad, y sus extensas relaciones encontraron siempre en ella a la mujer inteligente, buena y comprensiva.

Cuando los avatares de la última guerra la impelieron a regresar a Buenos Aires, llevó a término, en las orillas del Plata, una labor filantrópica y de dignificación artística cuyos ecos, entornados por el dolor de su muerte, llegan ahora hasta nosotros.

Hace un par de meses quiso trasladarse de nuevo a Europa, con el propósito de dar un vistazo a sus intereses en tierra francesa. Dicen que vino ya enferma, aterrada por un cáncer. Como si, a la hora de cerrar definitivamente los ojos, se sintiera nostálgicamente arrastrada hacia las fronteras de su país de origen.

EL ESTANCO DE LA CALLE DE ARIBAU

_ Si ha muerto en San Juan de Luz, nació María Barrientos, en cambio, en nuestra castiza calle de Aribau. En una esquina de sainete, a dos metros de una fuente pública y a pocos pasos de la «Izquierda del Ensanche», tabladillo de aficionados y sala de baile popular. En el chaflán de la calle de la Diputación, donde su padre, andaluz de los castizos, tenía abierta una barbería, y donde su madre, doña Esperanza, regentaba un estanco. Allí, parroquianos y contertulios del estanco y de la barbería empezaron a decir que la chiquitina de la casa tenía una voz que merecía ser cultivada. Un gran profesor, don Francisco Bonet, fué quien convenció a los padres, yendo también a su cargo las primeras lecciones dadas, a los seis años, a María.

Lo que son las cosas. ¡Hay lugares predestinados, parajes urbanos donde sopla el genio del arte! De la misma casa surgió otra gran estrella lírica, la señora Elvira de Hidalgo. Por mucho menos, se colocan lápidas en las fachadas.

SEMPRONIO

ESCENARIO DE MADRID

por EL ESPECTADOR SINCERO

Romeo, y Julieta Martínez

JULIETA Martínez es una joven de vocación romántica que lee un romántico libro cuando se levanta el telón. Estimulada por los efluvios sentimentales del libro y por su propio temperamento soñador, echará de menos al hombre ideal. No al hombre ideal a quien echa de menos un filósofo, sino «al otro», al de carne y hueso que rezuma sentimentalismo por todos los poros. Entonces se presentará Romeo. Bajará por la chimenea, como un diablo cualquiera. Y si Julieta Martínez pertenece a nuestra época, Romeo es el de entonces. Y vestirá como el mismísimo Montesco. Como habrá adivinado el perspicaz lector, Romeo, y Julieta Martínez se enamorarán. Está escrito.

Sí, está escrito en la comedia que tiene preparada «Tono» desde el invierno pasado, titulada «Romeo, y Julieta Martínez». Se estrenará en el Infanta Isabel en esta temporada, por la Compañía titular, y con Isabelita Garcés de Julieta.

«Tono», según me dice, dudó en un principio entre la versión actual y haber hecho una continuación cómica a la obra inmortal. Naturalmente, esto le hubiera exigido salvar de la muerte a la hija de Capuleto. Esto pensaba hacer, convirtiendo a la famosa pareja en un matrimonio burgués cargado de prole. Pero en la versión por la que se ha decidido finalmente, también aparece aquella Julieta, para recriminar a Romeo la juerguecita sentimental que se permite éste en nuestro mundo. Y esa Julieta se presentará gruesa y vieja, y refiriéndose al centenar de hijos que ya tienen ambos a través de los siglos.

El desarrollo de la comedia promete ser tan sorprendente como las demás producciones de «Tono»; pero en ésta ha puesto él mucha más ilusión, cuidándola literariamente cuanto ha podido. Me ha agradado encontrar en este hombre, que hace reír tanto al público, un sentido de autocrítica realmente insólito en nuestro mundillo teatral.

Además de la citada comedia, ha escrito últimamente un argumento cinematográfico para «Cantinflas», con el título «El enemigo público número 3». Y, para Guadalupe Muñoz Sampedro, prepara una comedia sin título fijo aún; pero pudiera llamarse «¡Oh, Aurora!» A Celia Gámez le está pensando una comedia musical.

En «Hoy como ayer» — la comedia musical que tantas representaciones ha tenido — fué su colaborador Enrique Llovet, el escritor que ahora encuentro junto al señor Lara, pero que después de «Don Pío descubre la Primavera» no ha colaborado con «Tono» sino en un guión titulado «El barrio».

Llovet tiene entregada a Arturo Serrano una comedia, «La vida en rosa», y trabaja intensamente en una obra teatral cuyo argumento, concebido en un principio para el cine, está ya en Norteamérica. Se llama «Cuartel general». La acción transcurre en Arras, durante la reciente guerra europea. En el primer acto, el escenario — el puesto de mando — lo ocupan los ingleses; en el segundo, los alemanes, y en el tercero, la paz. La tesis de esta comedia es optimista o, por lo menos, humanista. Enrique Llovet ha querido llevar a su acción — en la que no habrá explosiones ni trucos a lo Rambal — la idea de que los hombres, cuando luchan a muerte, han de contar fatalmente con la continuidad impuesta por la Naturaleza. En las alternativas de la lucha permanecen unas constantes de orden natural: las flores nacen igual, los alimentos plantean las mismas dificultades, los sentimientos amenizan o amargan la vida de la misma forma...

LA MUSICA

UN TRATADO DE INSTRUMENTACION

La bibliografía española es escasa en tratados sobre los problemas de la escritura orquestal.

Que Eslava publicara en 1870 un tratado de instrumentación o Pedrell unas prácticas preparatorias para el dominio de la orquesta, y que se hayan traducido ensayos sobre este tema de Riemann, Gievaert y Ch. M. Widor no ha evitado que los interesados en dominar la orquesta moderna, hayan debido acudir a los «Principes d'orquestration», de Rimsky-Korsakow, o al «Traité d'Instrumentation et Orquestration Modernes», de Héctor Berlioz, las dos obras más perfectas, claras y útiles que sobre el particular se han escrito y que no han sido todavía vertidas al castellano.

El principal motivo de esta falta de obras didácticas de un aspecto tan importante de la composición musical, suponemos que es el esfuerzo editorial que su publicación representa.

La Central Catalana de Publicaciones ha superado recientemente este esfuerzo y ha conseguido poner al alcance de nuestros músicos, un Curso Práctico de Orquestación, de Francisco Montserrat Ayarbe, maestro en el conocimiento de los secretos de la orquesta. Obra que rebasa las 300 páginas, casi todas con ejemplos prácticos y reproducción de partituras, representa un alarde de medios tipográficos, que merece la más interesada atención.

En realidad, este Curso de Instrumentación de Francisco Montserrat, es una recopilación de 80 ejemplos o fragmentos de música originales del autor, desde los más simples hasta los más complejos, escritos en una o dos pautas, y su realización más lógica y de mayor rendimiento para cuarteto y quinteto de cuerda, pequeña orquesta y gran orquesta sinfónico-dramática. Parece que este procedimiento en la enseñanza de la instrumentación, no tiene precedentes. El autor ha prescindido casi de toda explicación teórica, presuponiendo al lector enterado de las posibilidades de cada uno de los instrumentos que forman la orquesta, siendo de los mismos únicamente una tabla de extensión. Tratándose de un manual eminentemente práctico, se echa en falta en este cuadro de extensiones, alguna apreciación más precisa sobre la calidad sonora de los instrumentos, según sean aplicados en sus diferentes tesituras. Si bien el autor del tratado explica en el Prefacio, que su obra va destinada a un lector suficientemente preparado y su objeto es el de estimular en él un sentimiento espontáneo de instrumentador, la realización práctica de cada uno de los ochenta ejemplos, quedaría mucho más clara si el consultante de la obra pudiera cotejarlos con una descripción precisa del color de las diferentes tesituras instrumentales.

Corrobora esta ligera reserva que formulamos el hecho de que Francisco Montserrat, muy acertadamente, trata la orquesta como un juego de colores y efectos de contraste. Para él la sonoridad más que un hecho físico — un número más o menos elevado de vibraciones — es un fenómeno emotivo. Adivinar la intención emocional de una partitura esquemática o para piano y amplificarla con los recursos de los múltiples timbres orquestales es, ciertamente, el objeto de la instrumentación y es preciso advertir que a este objeto debe sacrificarse, a veces, incluso la exactitud de una partitura que queramos verter a la orquesta.

Esto es lo que nos enseña prácticamente el Curso de Instrumentación con sus numerosos ejemplos, algunos de los cuales está resueltos de dos maneras distintas.

Uno de los detalles más interesantes y provechosos de la obra, son las numerosas citas que se hacen de partituras famosas, clásicas y modernas, para hacer resaltar sus aciertos o sus fallos. Es curioso y altamente aleccionador que se hagan notar en obras sinfónicas trascendentales, los episodios más brillantes y los medios que para alcanzarlos se han utilizado, así como también el descuido que en el número, disposición y utilización de los instrumentos, provoca en algunas de ellas, momentos en que el resultado sonoro es evidente que no responde ni a la naturaleza de la obra, ni a las intenciones del compositor.

En dos Apéndices, Francisco Montserrat, formula excelentes apreciaciones sobre la utilización del grupo de Saxofones y los problemas que para el instrumentador crea el Atonalismo y Politonalismo. A éste último, tan sugerente, merecía que se le dedicara una mayor extensión.

No quisiéramos que este comentario del Curso Práctico de Orquestación, fuera considerado demasiado exigente.

Hemos querido concretar las características de la obra, porque así creemos que lo merece su gran trascendencia, y el hecho de tratarse de la primera edición española dedicada a orientar certeramente sobre los problemas derivados del estudio de la orquesta, según un concepto actualísimo de sus posibilidades.

X. M.

LA ULTIMA PALABRA DEL CINE AMERICANO

RECUERDA... (Spellbound)

El «film» más emocionante de Alfred Hitchcock. Una película alucinante, adaptada de una obra de Ben Hecht, interpretada por las dos figuras máximas de la cinematografía: Ingrid Bergman y Gregory Peck.

DESDE QUE TE FUISTE

Película calificada por los americanos como «el film de las estrellas». Raras veces han coincidido en una misma cinta actores de la categoría de Claudette Colbert, Jennifer Jones, Joseph Cotten, Shirley Temple, Monty Woolley, Lionel Barrymore y Robert Walker. Un drama sencillo del hogar americano, cuando el cabeza de familia marcha a los frentes. Director: John Cromwell.

SEMILLA DE ODIO

Basada en la comedia de Hagar Wilde y Dale Eunsen, «Guest in the house». Producida por Hunt Stromberg y dirigida por John Brahm. Un drama psicológico realizado con excepcional maestría. Un tema obsesionante, audaz y atrevido, con una interpretación perfecta a cargo de Anne Baxter, Ralph Bellamy, Aline Mac Mahon, Ruth Warrick, Scott Mac Kay, Marie Mac Donald y Jerome Cowan.

TE VOLVERE A VER

Las más extraordinarias vacaciones navideñas que jamás hayan vivido dos seres humanos sirven de tema a William Dieterle, para realizar una obra emocionante, con la completa interpretación de Ginger Rogers, Joseph Cotten, Shirley Temple y Spring Byington.

EL ESPIA NEGRO

Nuevamente asoma a nuestras pantallas el arte sobrio de Conrad Weidt. El tema apasionante del espionaje y del tráfico clandestino a través de las fronteras, es abordado esta vez por Michael Powell, que nos ofrece una película dinámica y apasionante. Junto a Conrad Veidt, vemos a Valerie Hobson, June Duprez y Sebastián Shaw.

EL VERANEO EN LA CIUDAD

Sin dinero y con familia

por MIGUEL DEL PUERTO

La cerveza bajo los pórticos de la Plaza Real

Con su orquesta y su vocalista, este «chiringuito» no tiene por qué envidiar a los postineras establecimientos de la Diagonal

VERANEAR en la ciudad, con dinero y sin familia, según el dicho famoso, no tiene el menor mérito. Para los potentados, todas las estaciones del año son buenas. Luego, trazar un itinerario del veraneo elegante, en Barcelona, está al alcance de cualquier pluma. «Monterrey», «El Corijo», «Casino de San Sebastián», terrazas de «Parellada» y de «Finisterre»... La vulgaridad.

Lo que importa es torcerle el cuello a la canícula con la bolsa exangüe y arrastrando un remolque. Es entonces cuando un numeroso sector de conciudadanos demuestra auténtico ingenio ideando económicas formas de veraneo.

Afortunadamente el mar, en la ciudad, no está del todo acotado, ni mucho menos. Los establecimientos balnearios de la Barceloneta ocupan sólo una pequeña porción de playa. De los «Orientales» a la desembocadura del Besós, quedan algunos kilómetros de arenales libres, sobre los cuales vuélcase una multitud ávida de zambullirse en el agua. Una sábana más o menos tendida entre dos bastones, el costado de un falucho varado en la playa, hacen el oficio de caseta. ¿Para qué pasar por las antipáticas taquillas? Hay verdaderos especialistas, sobre todo entre las mujeres, en esto de desnudarse y vestirse rápidamente al aire libre y del modo más honesto del mundo. Si los bañistas tienen una peseta para derrochar, les sale más a cuenta emplearla en un helado o en una gaseosa, que en la retaguardia de la playa les venden comerciantes improvisados, de esos que, en agosto, hacen su agosto.

Otro importante solaz de los veranos, en Barcelona, es la pesca del cangrejo. Al anochecer de los días festivos, los tranvías transportan verdaderas multitudes descendidas de la Escollera con su cañita al hombro, en cuya punta bailotea el más barato de los crustáceos. Afortunadamente, este tipo de pescador se satisface con un solo ejemplar, con lo que no corremos el peligro de que, extinguida la especie, nuestros nietecitos se vean privados de acudir a por cangrejos al Rompeolas.

UNA SILLA EN LA RAMBLA

Si el ambiente gregario y espeso de la playa no es de su gusto, lector, y acaso prefiera un veraneo sedentario, son indicadas las sillas de los paseos públicos, especialmente las de la Rambla. Por dos reales, gózase de asiento, fresca temperatura y el incomparable espectáculo del río humano que se desliza bajo el umbroso techo de los plátanos. La delicia de sentarse en la Rambla empieza sobre el mediodía, en el trozo de Capuchinos. Luego, conforme avanza la jornada, son buenas las sillas que lindan con la Plaza del Teatro. La madrugada hay que apurarla en Canaletas, pues el otro extremo de la Rambla recibe demasiado de lleno las brisas marinas.

En las sillas de la Rambla, especialmente desde que los cafés han tenido tertulias prohibitivas, se forman grandes tertulias, en com-

bian impresiones de política internacional y se planean pequeños negocios. Hay quien las utiliza como bufete, quien como comedor e, incluso, quien como dormitorio.

Otra incomparable distracción en época de calor es las orquestas de los cafés, que durante estos meses se asoman a la calle. No hay ya café sin orquesta, y no hay orquesta sin vocalista. Las noches del Paralelo, a copia de vocalistas, suenan casi como un orfeón. El vocalista es algo tan connatural con el café de hoy, que hasta los quioscos de bebidas, los «chiringuitos», alardean de ellos. Y tanto o más que en las mesas, el público los escucha de pie, en la acera o en el arroyo. Horas y horas, estos gorrones del «jazz» permanecen firmes en su sitio, con envidiable oído, que les permite captar las ondas de la trompeta perfectamente separadas de las interferencias de los tranvías y los automóviles. El «swing» es así.

VINO TINTO Y CERVEZA

Existe, luego, el veraneo de sainete, el que tiene por escenario la grata penumbra de las viejas calles ciudadanas. ¿Se ha inventado algo más refrigerante que el interior de una taberna, con el porrón lleno de tinto recién salido de la nevera? Por la calle, en dirección a la fuente, van y vienen chicas guapas, y corretean mugrientos rapazuelos, desnudos de pies y brazos. Desde el umbral de la tasca, el mundo parece fácil, y las declaraciones de Arruza semejan más importantes que los borradores de los tratados de paz. Mientras, en la plazuela inmediata se apilan las abiertas sandías cual enormes pupilas reflejando el incendio del crepúsculo. Estos comercios, junto con el clásico carretón del mantecado, son la sal y pimienta del verano popular. Y si nos cae la lotería de un organillo que toque aquello de «El gitano señorito», miel sobre hojuelas. La felicidad es ya completa.

Las terrazas de las cervecerías, para la familia que disponga de dos duros y quiera gastarlos en común, suponen ya el séptimo cielo. La cerveza, con su rosario de gambas, es la misma alegoría del verano. El dorado líquido hay que saborearlo en mangas de camisa y con los pies sobre una alfombra de cáscaras de cacahuete. Y el camarero que nos sirve los «tanques» debe ser algo inexperto, alquilado para las fiestas, un poco pringoso y nada versado en los cambios.

Hay fórmulas de veraneo más sutiles, más abstractas, casi cerebrales y, por ende, más económicas. Consisten, por ejemplo, en vestirse con una «sahariana» y calarse unas gafas negras. Uniformar a los niños al mismo tenor, y no ir a parte alguna. Arrastrar los pies, en familia, por el Paralelo, por la calle del Conde del Asalto y por la Rambla. Esperar de tal guisa la hora de cenar...

Se llega a casa cansado, bañado en sudor... ¿Pero no es eso uno de los principales objetivos del veraneo, en la ciudad y en todas partes?

Buscando el espectáculo en sala refrigerada

El aperitivo, después del baño en la piscina

La sabrosa sandía es uno de los principales elementos del veraneo popular

La playa libre, transformada en campamento

ARTE Y LETRAS

QUIJOTISMO POLITICO

por MIGUEL DOLÇ

IGNORO si en estos tiempos, inundados de una marejada de diccionarios, se le habrá ocurrido a alguien confeccionar un diccionario de equívocos. El equívoco nos acosa, tiempo ha, despiadadamente como un orate. ¿Resistirían muchas palabras hoy en boga —héroe, cultura, democracia, patria, libertad— un elemental análisis de la historia o la lingüística? Cuando, como en este caso, se trata simplemente de una desigualdad entre la palabra y el concepto, es aún fácil la enmienda. Más difícil es rectificar un concepto secularmente desviado por un falso punto de mira. Hoy el quijotismo se ha erigido en doctrina, en dogmática racial. ¿Y ha tenido alguien la sinceridad de declarar cuánto hay en ella de imaginación, impostura y desencanto?

Se objetará que yo, por temperamento o estirpe, no soy el más indicado para comprender el símbolo profundo de Don Quijote, concreción viva de realidades, individualización heroica del alma castellana. «Tarea es la de pintar a Don Quijote, harto más difícil que la de hinchar un perro», me advierte académicamente Unamuno. Acepto el enigma de Alonso Quijano —que, por contraste, preside gratuitamente mi mesa de trabajo—, pero sé calcular el hecho del quijotismo, en su alcance exacto de deformación y resquebradura de conceptos. El quijotismo es creación del romanticismo; y, como tal, desproporcionada y arbitraria. Tengamos la osadía de confesarlo, sin cerrar los ojos a la realidad que discurre amablemente a ras de tierra. De esta concepción romántica ya nadie logra desasirse: de ella se ha imbuido no sólo la conferencia o el mitin, sino la erudición y la crítica.

La verdad requiere, ante todo, el hecho, el hecho de la vida, aunque arraigada en misterios. Y el quijotismo, como base de la vida histórica, es una monstruosidad; como cifra y culminación de la grandeza moral que puede alcanzar una raza, es una pavorosa equivocación. Ningún imperio, ningún reino, ningún proceso cultural han tenido nunca su origen en el quijotismo. El ideal político quijotesco puede engendrar aplausos, trompeteos, guerras relámpago, victorias y desfiles: pero jamás el orden, la grandeza, la paz. Y, en última instancia, el quijotismo acaba resolviéndose siempre en el caos, la ruina y la locura: basta para comprenderlo una leve revista a los grandes quijotes de la historia, pintorescos o geniales: Pirro, Aníbal, Federico Barbarroja, Napoleón... Y silenciemos, por temor a la pesadilla, las descabelladas empresas de los quijotes modernos, cuyas consecuencias pesan sobre nuestra alma y nuestra cabeza, con su enorme carga de sangre, fango y lágrimas —para sintetizarlo en la famosa frase, ya proverbial. La gloria no puede ser fruto de una noche de insomnio o de una decisión atrabiliaria, sino del esfuerzo incesante, la reflexión y la visión diáfana de la realidad de las cosas.

En este plano del antiquijotismo se ha instalado José M.ª Doussinague, para estudiar e interpretar los orígenes del poderío hispano, representados por el pensamiento y la actuación diplomática de Fernando el Católico. Esta postura, libre de obcecación y apasionamiento, del rector de nuestra Escuela Diplomática merece una seria meditación: sólo por ella es posible situar bajo las verdaderas luces uno de los procesos fundamentales de la Historia de España y reconstruir en su exacto valor el ambiente político de Europa al franquear el umbral de los tiempos modernos. José M.ª Doussinague ha revivido la segunda mitad del siglo XV, transida de inéditas corrientes ideológicas y políticas, con una emoción y extensión insuperadas. Tres obras fundamentales para nuestra historiografía, «Fernando el Católico y Germana de Foix», «La política internacional de Fernando el Católico y, recientemente, «Fernando el Católico y el cisma de Pisa», forman los relieves panorámicos de una reivindicación justa y humana, que parece afianzarse sin desmayo ante la grandeza de la coyuntura histórica.

No es, desde luego, empresa baladí la de abordar la significación del soberano aragonés, botín durante largo tiempo de la leyenda o la caricatura. Frente al Fernando maquiavélico, desleal, despiadado y mezquino de la versión folletinesca, ha surgido, por ley de compensación, la concepción panegirista de un monarca genial, deslumbrante, lanzado estrepitosamente hacia las mil aventuras de un caballero andante. Ni la fiebre novelesca ni la visión apologética lograrán enfocar nunca los rasgos de una fisonomía. Y es que se parte de un supuesto falso al enjuiciar al gobernante o al diplomático. Doussinague adopta una inflexibilidad concienzuda en la fijación de los principios políticos. Ni para regir los destinos de una nación hay que entregar el ánimo y la mano a fabulosos proyectos, ni para ejercer una buena diplomacia hace falta brillantez de imaginación, teatralidad u osadía. Todo ello es tergiversación, pérfida literatura, vaciedad de mollera: quijotismo. La política requiere, por lo contrario, «una ponderada ecuación de aquellas otras cualidades de tono mate»: discreción, cautela, aplomo, mesura, equilibrado juicio, serena reflexión, prudencia humana con la gama de sus infinitas gradaciones.

Y en la ordenada armonía de estas aptitudes, de que dispone todo hombre normal, se basa la superioridad del rey Católico. En vano se buscaría en la hipertrofia patológica de una sola de ellas la explicación de las aparentes contradicciones que atraviesan la vida pública —y aún privada— del monarca aragonés. Si en los tiempos del Emperador y de su hijo debía acrecentarse la potencia de la nación y aumentar el peso de la espada y la política españolas en la balanza de los destinos del mundo, la desproporción quijotesca se haría ya evidente; de aquella efímera grandeza sólo debía perdurar la positiva y ponderada solidez de la obra fernandina. A ésta debía adeudarle el futuro tres creaciones existenciales: el orden público, el ejército, la visión política. Con ellas adquiría la nación mayoría de edad intelectual. De aquí manaba la labor de encauzar los rumbos de los pueblos europeos mediante la difusión de ideas nuevas, la formación de alianzas y la suma de voluntades y colaboraciones. Fernando se debatirá siempre, aunque parezca esto paradójico, en el terreno de la paz entre la cristiandad, se escudará en el asedio de la diplomacia y la negociación. Sólo el quijotismo ajeno —Luis XII, Maximiliano I, Jorge d'Amboise, el mismo Julio II—, al exasperarle con sus ofuscaciones y quimeras, movilizan la serie implacable de sus aparentes antítesis: guerras de Italia, Liga de Cambray, Liga Santísima, rupturas y alianzas con Francia, Austria, Inglaterra, Venecia, Milán, la Santa Sede.

Hilvanar una idea clara de esta complicada madeja de problemas no es tarea sencilla. Bien explicable es la maraña de encontradas soluciones a que ha dado lugar la interpretación de cada aptitud, particularmente al someterla a un análisis independiente. Doussinague, con su poderoso relieve diplomático y su fina tasación de cada valor político, ha proyectado en el paisaje, íntegramente captado, una claridad y euritmia sorprendentes. Y ello, en el terreno de la más sincera objetividad, avalada por una documentación selectísima y abundante. ¡Cómo pierde en la punta acerada de su pluma su valor de espejo en que el ideal político deba mirarse el quijotismo sin seso! Cervantes, por debajo de sus pálidos bigotes de soldado, sonreirá benignamente al ver restituido el héroe andariego a su esfera ridícula, vapuleado con estacas de yangüeses y guijarros de galeotes, mientras la cordura se abre paso, reducida a términos tangibles, aunque nuestros ojos y nuestro corazón corran tras las hazañas de los libros de caballerías con las simpatías truncadas y sin vida.

LA VIDA DE LOS LIBROS

Por R. VAZQUEZ-ZAMORA

KARU - KINKA

ASI se llama la protagonista de la novela publicada recientemente por Bartolomé Soler (1). Es una gigantesca protagonista, que necesita setecientas veintinueve páginas para un retrato en tamaño natural. Karú-Kinká, es decir, «última Tierra del Sur», o sea, Tierra del Fuego.

Es una novela azotada por aires épicos, que necesitaría de grandes masas para que los hombres tuvieran en ella una presencia relevante. Pero, como quiera que en «Karú-Kinká» la lucha contra el medio inhóspito la llevan sólo unos personajes representativos, cuidadosamente escogidos entre las varias categorías de colonizadores fueguinos, llegamos a la consecuencia de que en esta novela se presentan sus elementos en este orden de importancia: 1.º, la tierra; 2.º, los animales; 3.º, los personajes. En efecto, el problema que plantea el último libro del señor Soler, es éste: ¿resisten los personajes de ficción un peso geográfico tan descomunal?

Tomemos un ejemplo ilustre: Conrad. Este novelista no habría existido sin el mar. El Atlántico, el Pacífico, el Océano Indico... he ahí el medio natural respirado por él y por los seres que él creó. Un escenario prácticamente ilimitado, donde unos hombres de la más diversa condición psicológica luchan contra el destino o se dejan arrastrar por él. En el inmenso cuadro, las figuras adquieren, sin embargo, una proyección que se amplía sin cesar; ampliación que continúa, incluso, cuando hemos cerrado el libro. Por un admirable fenómeno de espejismo literario, se yerguen sobre el mar inconmensurable esos hombres tan mensurables, en su humanidad y tan incalculables en su personalidad. Si estos seres fueran excepcionales en su naturaleza, en su contenido espiritual o intelectual, no nos sorprendería que «flotaran» siempre, en nuestro interés, sobre el grandioso elemento físico que los rodea constantemente. Pero, lo notable es que estos aventureros, estos hombres de Conrad, que sólo tienen por hogar el mar, la bruma y el inestable casco de un buque, sólo son interesantes, complicados, misteriosos incluso, por llevar en sí, como un estigma o como una gloria, la eterna complicación y el halo misterioso de las fuerzas naturales. El medio natural y ellos, son una misma cosa. Si en sus ojos se refleja el mar, en sus caracteres se refleja asimismo la inconsistencia, la imprevisibilidad, la continua sorpresa del escenario en que la vida los obliga a actuar. Ahora bien, semejante fusión anularía tales caracteres: si Conrad, con genial arte, no hubiera situado su punto de vista descriptivo dentro de los personajes —como lo hizo— y se hubiera inclinado a enfocar estos seres desde el ambiente, mejor dicho, a través del ambiente.

En «Karú-Kinká» la ambientación es prodigiosa, pero las vidas que aquí palpitan nos llegan como un trasunto del paisaje. Sin cesar, los personajes vienen a ilustrarlo, con sus ambiciones, con sus caracteres sintonizados con la tierra. Claro es que los tipos creados por Soler en su novela son elementales y primitivos porque así lo exige el medio bravío y hosco en el que se mueven. Forman un conjunto homogéneo y nos dejan una impresión poderosa de la vida en la Tierra del Fuego, durante fines del siglo pasado y principios del actual. En este sentido, «Karú-Kinká» es el cuadro más amplio y brillante realizado hasta ahora por un escritor español para revelarlos un ambiente extranjero. Con su libro, Bartolomé Soler nos salva de la justa acusación de localismo que pesa sobre nuestra novelística.

Pero la misma amplitud del cuadro y su espléndido colorido, perjudican al asunto, a la composición estrictamente novelesca, a no ser que clasifiquemos a este libro como una excelente novela de aventuras donde la matización de los caracteres ha importado menos la acción pura y simple; donde, el dinamismo interno se supedita al dinamismo externo.

Hay en «Karú-Kinká», dos trozos que me parecen extraordinarios, porque en ellos consigue el autor dotar a sus personajes de un impresionante relieve «a costa» del ambiente y en estrecho contacto con él, de modo que el valor novelesco de estas escenas adquiere un vigor expresivo de inmediata eficacia: Richard Desert, el traficante de bebidas —cuya historia es una de las novelas que engrosan el caudal de «Karú-Kinká»— se encuentra en situación muy peligrosa cuando intenta colocar su mer-

(1) «Karú-Kinká», por Bartolomé Soler. «Colección Horizontes». Editorial Lara. Barcelona, 1946.

ESCAPARATE

ANAQUEL INGLES:

Ciencia: «The World of Numbers», por Hebert McKay. Cambridge University Press. Sobre Química: «General and inorganic Chemistry for University Students», por J. R. Partington. (Macmillan). De Geología: «A Geology for Engineers», por F. G. H. Blyth. (E. Arnold).

Bellas Artes: Una biografía de Alberto Durero ha alcanzado su segunda edición; se trata de «Albrecht Dürers, de Erwin Panovsky, Oxford Un. Press. El arte holandés está visto por R. H. Wilensky, en la también segunda edición de su obra: «Dutch Faitinge.

Ensayos: «European Balance», de Peter Matthews (Chatto-Windus), glosa la guerra anterior comparándola con esta; y trata de las difíciles relaciones entre Rusia y las Potencias occidentales. Sobre la guerra última, trata también el libro de B. K. Long, «In Smut's Camp», describiendo la pugna entre aislacionistas y amigos de los aliados en el Africa del Sur.

Novela: Una novela histórica, «High are the Mountains», por Hannah Closs, tiene su ambiente en el de la cruzada albigense. Una novela mitológica: «Ariadne and the Bull», trata de la leyenda del Minotauro y se debe a Eleonor Farjeon (Michael Joseph). Una novela exótica: «Rickshaw boy», ha sido escrita por Lau Shaw, con fondo de la moderna China. (Michael Joseph).

LA BURSA, por N. G. Pomialovski. Ediciones Astarté. Barcelona, 1946. 148 págs. 16 ptas.

Inédito hasta ahora en español, N. G. Pomialovski tiene en su estilo características muy definidas dentro de la literatura eslava. El rigor detallístico puede ser una. El afrontar problemas sociales de la vieja Rusia con claridad y sinceridad a veces repelentes, puede ser otra. Más que una novela, ésta es una sucesión de estampas de la vida en los colegios llamados «Bursa», intento despótico y casi siempre desafortunado para introducir la cultura en las depauperadas masas eslavas. La relación de las desventuras, complicada por la propia picaresca vida de los asilados en la «Bursa», constituyen el esqueleto de un libro que tiene un valor más anedóctico que pasional y que no aporta nada nuevo al concepto que teníamos de la literatura rusa.

El esfuerzo del traductor, B. Marcoff, por verter al castellano un lenguaje plagado de germanías y palabras-clave, es digno de elogio. La edición, correcta.

«ISABEL LA CRUZADA», por William Thomas Walsh. Col. Austral. Editorial Espasa-Calpe. Buenos Aires, 1945. 230 págs. 7 ptas.

W. T. Walsh, viejo amigo de la historia española, presenta en este libro de la Editorial Espasa-Calpe un resumen de su extenso trabajo «Isabel de España», que fué traducido hace algunos años a nuestro idioma. Mantiene, como es lógico, la armazón argumental de la primera edición, pero reduciéndola a lo esquemático para no dar sino lo más enjundioso, dejando aparte el material argumental que se supone. Con técnica de auténtico historiador, N. T. W. sólo usa de la crónica contemporánea cuando lo exige el calor apasionado que le gusta dar a su historia. En general, cuando habla la Reina Isabel que, en lenguaje recogido por uno de sus cronistas, parece llegar todavía con aliento de siglos a nuestro oído, mientras la descripción de los sucesos está trazada con gentil aire de escritor moderno.

Y destaquemos también la labor, que no vacilo en considerar benemérita, de la Colección Austral, heredera y continuadora de aquella «Universal» en la que la mayoría de españoles cultos ha conocido a los clásicos y a lo más representativo de la moderna literatura en fáciles condiciones de adquisición y lectura.

«EL CISNE NO CANTA AL MORIR», por Ernst Wiechert. — Ediciones Lauro. — Barcelona, 1946. 186 páginas, 32 pesetas.

Quien recuerde la obra con que Ernst Wiechert, de mano del mismo editor, hizo su aparición en el escaparate español, es decir, «La vida sencilla», reconocerá su estilo característico en las primeras páginas de este nuevo libro. Como en aquella, se glosa la huida del hombre, huida de la sociedad para introducirse en el paisaje, huida de sí mismo por causa de difíciles circunstancias de guerra y la lenta y penosa tarea de «encontrarse» por encima del pecado. En «El cisne no canta al morir», segunda edición de «La baronesa». Ernst Wiechert modula de nuevo notas ya conocidas por sus lectores, melancólico sonar de flautas campestres con un «leit-motiv» de la muerte en la soledad unido al pequeño amor, que se purifica al fin, del ex prisionero por la baronesa. Alguna vez la reincidencia en el tema cansa. Otras, parece que el «tempo» de la novela, lento y cansado, corresponda a otras épocas y a otros mundos que estos que vivimos, transidos de guerra y prisas. O quizá es precisamente la vivencia de este tiempo y ambiente la que ha producido, como consecuencia lógica, esta fuga hacia el paisaje, hacia el fin que es la tónica de las novelas de Ernst Wiechert, uno de los más finos —si que atormentados— escritores alemanes de hoy.

«UNA PEQUEÑA LLAMA», por Cecil Roberts. — Luis de Caralt, editor. Barcelona, 1946. 244 págs. 32 pats.

Una novela difícil de clasificar, quizá por voluntario intento del autor. Con léxico que la hace bordear y aún profundizar más de una vez las lindes de la novela rosa, con pinceladas de misterio que la llevan por rutas policíacas y un cosmopolitismo típico en las novelas inglesas que hacen pasear a sus protagonistas por las ciudades del globo, con el desenfado de sus «globetrotters», algo existe en esta producción de Cecil Roberts que rehuye el calificativo.

Sin embargo, si no en el orden, si podemos situarla en la intención. Y entonces nos encontramos con una producción que, al lado de ligeros aciertos, tiene marcado indeleblemente a lo largo de sus páginas lo que no vacilamos en llamar ingenuidad novelística. No sé exactamente a que época del autor de «Estación Victoria a las 4'30», corresponde esta novela y quizá aventuro el error, pero me da la impresión de tratarse de una novela primeriza de, eso sí, un autor dotado. Señalemos algunos «golpes de efecto», que pueden citarse como estocadas en falso. La rápida ascensión al éxito del joven dramaturgo a quien no vuelve a verse transido de la emoción del crear que corresponde a un escritor joven y ya con fama; la extraordinaria existencia de su tía Woodfall; el músico tuberculoso que se sacrifica, y el hallazgo del polaco contrabandista son elementos demasiado forzados que se «pasan» en el intento de dar interés a la narración.

La versión española, muy incorrecta; el traductor confunde continuamente los verbos españoles «ir» y «venir», «leña», «madera» y emplea la voz «librería» por «bibliotéca», con lastimosa frecuencia. El número de erratas tampoco está de acuerdo con la habitual pulcritud de las ediciones de Luis de Caralt.

cancia a los indios de Payanbi-Lalaif. En esas páginas, la creciente emoción y la observación de gestos y actitudes, descubren, por contraste, lo que falta en la mayor parte de la novela: la actuación directa de los personajes frente a nosotros, sin que sus reacciones y pensamientos nos sean relatados desde fuera por el autor, el cual nos suele inducir a que concedamos un continuo crédito a unos caracteres que pocas veces se producen en consecuencia cuando han de entrar en contacto directo con el lector.

Luego, el capítulo cuarto de la parte tercera, constituye una admirable novela corta, digna de los poquísimos maestros que han sabido impregnar de sentido humano a la aventura. Cuando Jack Mackenzie, tipo elemental — como el protagonista Jim — se apasiona ingenuamente por la hija del estanciero vecino, y una noche, por verla unos minutos, se pierde en la nieve, salvándolo el muchacho indio Onson; cuando sus compañeros lo buscan y el bosque se incendia... etc., podemos asegurar que Soler ha sincronizado las voces de los elementos naturales y la voz del hombre que lucha contra ellos. Mejor dicho, ha hallado el necesario contrapunto.

Entre los personajes, tienen una personalidad novelesca más acentuada, Hilda — la segunda mujer — la anciana india Yompsen y el citado Richard Desert. Los demás, no poseen la suficiente corporeidad para resistir la prolongada distensión a que los fuerza la longitud del relato.

No siento animadversión sistemática por las novelas de gran extensión. Siempre he creído perfecta, en su sencillez, la definición que de la novela dió Abel Chevalley: «une fiction en prose d'une certaine étendue». Debe fijarse un límite mínimo (E. M. Foster sugiere que sea el de 50.000 palabras); pero el límite máximo sólo puede establecerlo la misma elasticidad de la trama y la resistencia «argumentals» de los personajes. En resumen: toda novela lleva en sí, desde el momento de su concepción, sus posibilidades de elasticidad normal. Alargar o acortar fuera de esas posibilidades, puede satisfacer a un criterio editorial, pero nunca a la propia exigencia de la obra.

El estilo de Bartolomé Soler gana de novela en novela. En «Karú-Kinká», — después de las cien primeras páginas, en que las primeras descripciones del paisaje, le hacen fluir los adjetivos y los sustantivos con exuberancia — se desarrolla la narración con gran pureza idiomática y con una fuerza descriptiva que sitúan a su autor en un puesto destacadísimo entre nuestros escritores.

Los capítulos finales revelan, con su vibrante dramatismo, la habilidad de Soler para presentar situaciones de seguro efecto en el público. Parece como si Hilda, Jim y Jack, encerrados en una habitación y aislados por fin del embrujo ambiental, hubieran crecido de pronto hasta su verdadera estatura.

LAS EXPOSICIONES Y LOS ARTISTAS

José Clará interpreta la figura de San Benito para los monjes de Montserrat

por IGNACIO DE BERYES

ALGUIEN, cuyo nombre desconozco, quiso regalar un «San Benito» a los monjes de Montserrat, para colocarlo en la clausura del Monasterio, al paso de éstos cuando se dirigen hacia el refectorio, y poniéndoles al alcance de los labios el pie derecho del Santo, conforme a los deseos de los religiosos y para que pudieran ejercer acto de humildad besando la sandalia del fundador de su Orden. Se pensó entonces en Clará, seguramente por ser el más esclarecido e inspirado de nuestros escultores contemporáneos, y se le encomendó la obra, que ahora, por estos días, es vaciada en el yeso por el maestro, para enviarla a fundir en bronce.

Al traer aquí la noticia de ello, sospecho que no dejará de producir alguna sorpresa en aquellos lectores de DESTINO que todavía la ignoren, como me la produjo a mí el encontrarme a José Clará modelando en el barro este «San Benito» hace unos meses, un día en que fuí al estudio del artista para pedirle unos dibujos suyos, de los muchísimos que hizo viendo bailar a Isadora Duncan, para ilustrar el libro que preparo acerca de la genial e infortunada bailarina. Porque Clará, el más griego de nuestros escultores de hoy, no es un escultor de santos, y nadie parece más lejos que él de la imaginería.

Pudiera decirse muy bien de José Clará lo mismo que dijo Baudelaire refiriéndose al pintor de las más famosas «Odalisques» y «Baigneuses» del Museo del Louvre: «Une des choses que distingue surtout le talent de monsieur Ingres, est l'amour de la femme». Nada, en efecto, tiene para Clará mayor interés, por su belleza, que el desnudo femenino. No en balde, ciertamente, vivió la exaltación del mismo en París, cuando Augusto Rodin modelaba sus delirantes féminas para «La Porte de l'Enfer». Y, en todo caso, es la Forma, como expresión de gozosas plenitudes humanas, la suprema razón del arte de Clará.

El Universo se lo explica este gran escultor en los ritmos, en la gracia y en la fuerza de la Forma, en todas las naturales y espontáneas sensaciones que se desprenden de ésta y, desde luego, atendiendo el artista a esa sutil fragancia erótica que transpira de los bellos desnudos. Nuestro estatuario descubre el sentido de la vida gracias a los griegos: al calar en la Grecia inmortal y maestra. Es un dionisíaco.

José Clará, trabajando en su figura de «San Benito»

Sin embargo: un artista no es, propiamente, un filósofo. Aunque, según nos advierte Bergson, nada nos aproxima tanto a la verdad como el Arte. Los artistas ven y sienten más que piensan, y por lo regular, no se preocupan de las últimas conclusiones que cabe deducir de su misma manera de sentir. De ahí que gocen de una holgura de movimientos que el pensador pierde cuanto que supone haber dado dos pasos en terreno firme.

Consecuentemente, el escultor Clará ha podido abandonar sus temas habituales para interpretarnos la figura de San Benito, y hasta obtener toda una entrañable interpretación del asceta, con lo que la excepción representada por este «San Benito», de José Clará, se me antoja doblemente sugestiva. Es decir: no se ha limitado a resolver una larga serie de problemas muy distintos a los que suelen entretener a este estatuario, y que le son predilectos; no se redujo a consultar distraidamente la larga iconografía del Santo, contradictoria a trechos y a adoptar un concepto, más o menos admisible, ni se creyó cumplido desarrollándolo en una sucesión de preocupados planos constructivos, ensayando, y resolviendo, luces y ritmos. Además de todo esto, ha sentido el tema. Y, ahondando en el espíritu del Santo fundador, contradiciéndose a sí mismo el artista en su peculiar posición frente a la vida, José Clará terminó por ofrecernos una de las versiones plásticas de la figura de San Benito más convincentes. El dionisíaco se ha dejado ganar el corazón, el pensamiento y... las manos por la filosófica austeridad de Benedetto da Nursia.

Lo excepcional de la obra empieza al afrontar el maestro de Olot un tema como ése, de tal naturaleza. Si descontamos un «Ecce-Homo» de hace más de cuarenta años, que se conserva, al parecer, en el Museo Provincial de Gerona, los temas religiosos, cristianos, no cuentan para Clará. Bien lo podemos decir.

Cierto que últimamente, de tres o cuatro años a esta parte, el ilustre escultor catalán ha modelado una pequeña y deliciosa «Madona», regalada por el artista a sus hermanas para resarcirlas de la pérdida de otra imagen, desaparecida durante la Revolución, y una «Madona» más y un «San José con el Niño», tallas realizadas para la capilla del Castillo de la Mota, en Medina del Campo; pero cabe muy bien preguntarse hasta qué punto están informadas estas obras por unos sentimientos exclusivamente religiosos y si el artista no ha preterido éstos a las más comunes manifestaciones de amor filial.

Después, lo excepcional de este «San Benito» está, también, en la independencia con que ha sido visto por su autor, y, en fin, por la hondura de la visión del artista. El «San Benito» imaginado por Clará no recuerda al de los pintores italianos del Renacimiento, que nos cuentan en los frescos de la Abadía del Monte Oliveto y en San Severino, de Nápoles, la vida del Santo, no es el de Lucas Signorelli ni el de Bazzi, complacidos en decir de un personaje novelesco, conforme le presentan numerosas leyendas muy del gusto italiano; no es el San Benito que frustra con una bendición su envenenamiento, rompiendo así el vaso que le habían preparado los primeros monjes que le acompañaron en su retiro, ni es el que arrasa los bosques en que se rendía culto pagano, o el que derriba el ara de Apolo en el Monte Cassino; no es, tampoco, el abad de barba rizada, como un tirano asirio, que idean algunos discípulos de Lucas della Robbia, que tallaran, policromaran y estofaran la madera, y no es, finalmente, el de nuestros imagineros castellanos, si bien se aproxima más al de éstos que al de los artistas italianos, considerados en general, y siga la línea de austeridad y ascetismo que inicia Berru-

Premio "Eugenio Nadal" 1946

Con el propósito de estimular la creación novelística española, y para honrar de manera digna la memoria del malogrado escritor Eugenio Nadal, entrañablemente vinculado a las actividades de «DESTINO» en sus primeros años, los dirigentes de nuestra revista instituyeron el premio anual para novelas inéditas españolas, premio que lleva el nombre del que fué nuestro querido compañero, y que será adjudicado de acuerdo con las siguientes bases:

1.ª — Podrán optar al Premio «Eugenio Nadal» las novelas inéditas escritas en lengua castellana.

2.ª — La extensión de las obras no puede ser inferior a la de 200 cuartillas dobles mecanografiadas a doble espacio.

3.ª — La cuantía del premio será de 15.000 pesetas (quince mil), las cuales, al propio tiempo, son conceptuadas como adjudicativas de la propiedad de la primera edición de la obra premiada, que llevará a cabo «Ediciones Destino, S. L.» en el curso del año de la concesión del Premio. Para las sucesivas ediciones de la obra, «Ediciones Destino, S. L.» tendrá siempre un derecho preferente.

4.ª — El premio será otorgado por votación por un jurado de cinco miembros nombrados por «Ediciones Destino, S. L.»

5.ª — Para la concesión del Premio «Eugenio Nadal» será utilizado el procedimiento de eliminación a base de cinco votaciones secretas. Cada uno de los miembros del jurado podrá elegir, en la primera de ellas, cinco obras. En la segunda votación cada uno de los miembros elegirá cuatro entre las cinco vencedoras en la eliminatoria efectuada después de la primera votación. Y así sucesivamente, por la eliminación a cada votación de una de las obras, se llegará, en la quinta vuelta, a la adjudicación del premio. Serán efectuadas las votaciones secundarias pertinentes al desempate de las obras que obtuviesen en las votaciones igual número de votos. En el acto de concesión, que se hará público en las páginas de DESTINO, serán detalladas las incidencias de la votación.

Eugenio Nadal

6.ª — En ningún caso el premio podrá ser distribuido entre dos o más novelas, debiendo ser concedido íntegro a una sola obra.

7.ª — «Ediciones Destino, S. L.» tendrá una opción preferente para la adquisición de los derechos de alguna de las obras presentadas no premiadas que considere de su interés, previo acuerdo con los respectivos autores.

8.ª — Los originales deben ser presentados mecanografiados por duplicado, perfectamente legibles sin fatiga, y firmados con el nombre del autor. En caso de seudónimo literario, el autor debe hacerlo seguir de un paréntesis con su nombre y apellido. Los originales que sean presentados sin la reunión de estas condiciones, no podrán optar al concurso.

9.ª — El plazo de admisión de originales termina el 1.º de noviembre de cada año, otorgándose el premio el 6 de enero siguiente a la convocatoria. Los originales deben ser enviados a nombre de «Ediciones Destino, S. L.», Pelayo, 28, principal, Barcelona, con la indicación: «Para el Premio «Eugenio Nadal». Será extendido recibo de recepción, si el autor lo solicita.

10.ª — Adjudicado el premio, los autores no premiados podrán retirar sus originales en la Redacción de «DESTINO», previa la presentación del recibo.

De acuerdo con las bases anteriores, el Premio «Eugenio Nadal» 1946, será adjudicado el 6 de enero de 1947.

El jurado para la adjudicación del Premio «Eugenio Nadal» 1946 estará integrado por: Don Ignacio Agustí Peypoch, don Juan Teixidor Comes, don José Vergés Matas, don Juan Ramón Masoliver Martínez y don Rafael Vázquez Zamora, que actuará de secretario.

PREMIO «EUGENIO NADAL» 1944

NADA
de CARMEN LAFORET

PREMIO «EUGENIO NADAL» 1945

LA LUNA HA ENTRADO EN CASA
de JOSE-FELIX TAPIA

«San Benito», por Clará

guete en su famoso retablo de San Benito el Real, de Valladolid.

El de Clará es, sencillamente, el de la «Regula Monasteriorum», y yo diría que es en este libro — empuñado, precisamente, por el Santo en la estatua que sugiere estos comentarios — donde el maestro catalán ha encontrado su mejor fuente de inspiración. Pudo el Santo fundador ser o no ser tal como lo ensoñó Clará, pero el «San Benito» de este escultor responde perfectamente al tipo de monje consagrado en aquella «Regla»: austero, frugal, que reza, que estudia y que, para mejor refugiar su retiro, cela en el Monasterio una autarquía con su molino, su huerta y sus talleres de artes y oficios... Todo ello lo dice el escultor modelando el rostro y las manos del Santo, apurando la percepción de la función de cada músculo en su tensa y rígida palpitación, a la vez que en la certera inclinación de la cabeza, en la curvatura del cuello y en el ademán de la mano que bendice con inefable expresión.

En la iconografía de San Benito, esta obra habrá de merecer especial atención, y dentro de la labor total de José Clará, ha de dar mucho que pensar.

ENTRE LINEAS

LIBROS INGLESES EN EL EXTRANJERO

PAUL Tabori, que recorrió nueve países en cuatro meses, llevando en su reducido equipaje sólo unos libros de la colección «Penguins», ha tenido ocasión de estudiar la distribución de los libros ingleses en Centroeuropa y Oriente Medio, a fuerza de entrar en las librerías antes de ir al hotel.

Dice que las librerías de Egipto son buenas. Y que en ellas, por cada libro inglés, hay tres editados en Norteamérica. Las revistas en venta en Egipto son exclusivamente las norteamericanas. El «Readers' Digest» se vende a miles, tanto en su edición árabe como en la de lengua inglesa. El precio de los libros resulta un ciento y pico por ciento más caro. El doctor Taha Hussein, gran escritor egipcio, dirige una editorial especializada en traducciones del francés e inglés.

En Palestina (Tel-Aviv, Jerusalén y Haifa) también predominan los libros norteamericanos. Los precios son más bajos que en Egipto. El diario socialista «Davar» ha publicado en hebreo novelas de Priestley y Huxley (la máxima circulación de un periódico hebreo es ahora de 15.000 ejemplares).

En Turquía, en cambio, dominan los libros ingleses aunque resultan muy atrasados.

En Grecia escaseaban de modo alarmante, dice Paul Tabori, quien se queja de las ediciones alemanas y de Vichy que ha encontrado allí. Pero disculpa a los libreros griegos, porque no han sido bien abastecidos en libros por los aliados.

En Yugoeslavia apenas si se encuentran libros ingleses y norteamericanos; en cambio, hay gran abundancia de clásicos rusos y de libros sobre Stalin y Lenin.

En Hungría sólo se encontraban, a principios de este año, libros en inglés de los años 1939-40. ¡Un libro corriente cuesta de 100.000 a 150.000 pengos! Durante la guerra, los húngaros siguieron traduciendo libros anglosajones (el 87 por 100 de la producción total en traducciones) y depositaban los derechos de autor en el Banco Nacional.

LAS CARTAS DE THACKERAY

Se está publicando en Inglaterra una obra importante que ya había aparecido en la Princeton University Press (EE. UU.). «Las cartas y papeles privados de W. M. Thackeray», bajo la dirección de George N. Ray. Son cuatro volúmenes cuidadosamente ilustrados, de los cuales ya han salido los dos primeros. La figura del autor de «Henry Esmond» surge de cuerpo entero y con una personalidad bastante diferente a la que hasta ahora vino teniendo a través de las referencias de sus contemporáneos.

SOBRE LA AMERICA LATINA

Un nuevo intento de interpretación de la historia contemporánea de Sudamérica: «La evolución de la moderna América latina», de Robin A. Humphreys (Clarendon Press). Describe brevemente el fondo geográfico y racial de la Historia sudamericana y se ocupa de la emancipación de estos países. Asimismo estudia Humphreys las transformaciones debidas «a la influencia del capital inmigratorio y emigrado» y analiza el conflicto entre la tendencia dictatorial y la democrática.

CARMEN LAFORET, LAS TRADUCCIONES Y EL CINE

Después de su matrimonio, Carmen Laforet ha reanudado sus actividades literarias, aunque sin propósito de publicar por ahora otro libro. Va trabajando lentamente en su segunda novela y tiene otros proyectos literarios que aun no descubrimos.

Las traducciones de «Nada» se han convertido en una especie de lucha entre los editores extranjeros a ver quién llega antes. Recientemente ha concedido Carmen Laforet los derechos de su famosa novela a un editor portugués, que ha pagado por ellos — para vencer a la competencia — una cantidad a la que no se había llegado en Portugal para ningún autor extranjero.

En cuanto al cine, Conchita Montes ha terminado el guión de «Nada». Pero Carmen no lo ha leído aún.

LA MUERTE DE H. G. WELLS

Con el presente número de DESTINO, prácticamente en máquina, nos llegó la noticia de la muerte del gran escritor inglés. Wells fué un gigante de la literatura universal y su talento abarcó los más variados aspectos; fué novelista, profeta, predicador, divulgador de la Ciencia, constructor de utopías, historiador, inventor de máquinas fantásticas, escritor político y en todo momento una de las personalidades literarias más fuertes que hayan existido. Para nuestro próximo número, nuestro distinguido colaborador, don Juan Estelrich, ha escrito un artículo titulado: «Adiós, Mister Wells».

CRITICA DE LIBROS INGLESES

por J. LLORENS EBRAT

CHARLES DICKENS, por Una, Pope-Hennessy, (Chatto & Windus, Londres).

Una biografía sobre un autor de la talla y renombre internacional de Dickens, siempre es interesante, pero mucho más cuando aporta nuevos aspectos de su mentalidad que hasta fecha reciente eran desconocidos y que dan una clara visión de los móviles que se escondían tras de su vida reflejados en su copiosa y variada producción literaria.

Los estudios biográficos sobre Dickens publicados hasta la fecha, estaban basados en la importante obra publicada poco después de su muerte, por su gran amigo John Forster. Una editorial londinense publicó en 1938 las cartas de Dickens en tres tomos (ascienden a más de ocho mil), y sobre éstas y otras inéditas, se basa el estudio de Dame Una Pope-Hennessy, que completa con la aportación de sus propios conocimientos literarios del siglo XIX lo que faltaba en intimidad y veracidad, a parte de la obra de Forster debido a que los amigos se habían distanciado en cierto modo, siguiendo a ello el natural enfriamiento de la amistad.

El mensaje de Dickens a través de su obra, es universal: A causa de las vicisitudes económicas de sus primeros años, tuvo que educarse a sí mismo, y el ambiente en que se desarrolló le hizo conocer todas las esferas sociales cuya psicología retrata tan bien en sus libros; éstos encuentran eco en toda clase de lectores y una de sus obras deleita por igual a la dama encopetada, a la fregona y al mozo de cuadra, lo mismo agradan a niños y jóvenes como a los mayores, y por este motivo Dickens fué en vida el novelista más popular de todos los tiempos. Sus obras, traducidas a todos los idiomas, han sido como un rayo de sol y un mensaje de bondad para el mundo entero.

El libro de Dame Una Pope-Hennessy, es recomendable para quienes se interesen por conocer una versión bastante completa de la vida de Dickens, y la relación que existe entre las personas que conoció y los personajes de sus obras, y contiene además, interesantes extractos de sus cartas que muestran su gran humorismo, como, por ejemplo, la que escribió a la señora Macready, sobre su viaje en coche de París a Marsella durante una fuerte nevada:

«Tuve tanto frío después de despedirles a usted y al querido Macready en París, que en Marsella me sacaron del carruaje en un estado de completo letargo, y al principio me confundieron con el equipaje, pero los mozos, al no encontrar ninguna etiqueta sobre mí, decidieron hacer un examen más minucioso, y entonces lo que los periódicos llaman «la chispa vital», fué descubierto en un apartado rincón, bajo las mantas del viaje que habían merecido la aprobación de usted en el Hotel Brighton».

A continuación, refiriéndose al viaje por mar de Marsella a Génova dice:

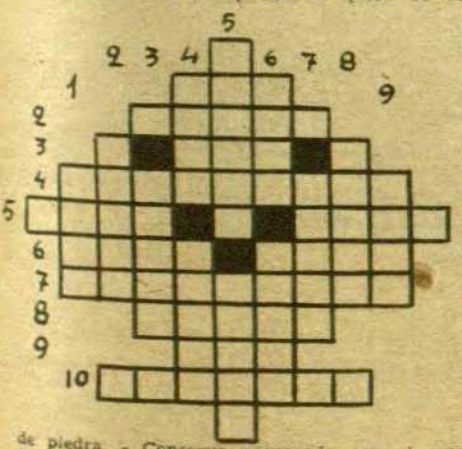
«Estaba tan mareado a bordo del vapor, que hubiera hecho mi testamento si hubiese tenido algo que dejar; pero solamente tenía el original y éste no podía dejarlo en aquel momento. Después de tales sufrimientos me lance en brazos de mi familia que me estaba esperando; su felicidad es más fácil de concebir que de relatar.»

RETABLO

CRUCIGRAMAS

CRUCIGRAMA NUM. 287

HORIZONTALES: 1. Cosa que por el momento no se consigue consolidar. — 2. En la poesía. — 3. Semejante, parecido, al revés. — 4. Aplícase a quien se halla en tan mal estado, que no tiene remedio, (plural). — 5. Barro. - Golfo de Arabia. — 6. Nombre de una actriz española contemporánea. - Substancia resinosa de color rojo oscuro. — 7. Colocados con método. — 8. Guardabarros de los carruajes. — 9. Juego. — 10. Determinada forma de torear.



VERTICALES: 1. Estropeado. — 2. Solicitar. — 3. Tiempo conveniente para limpiar los árboles. — 4. Recipiente de piedra. - Conserva preparada con el zumo de ciertas frutas, al revés. — 5. Prenda de vestir. - Emperador. — 6. Nombre de una emperatriz. - Título nobiliario. — 7. Flecha. — 8. Camino más largo que el camino recto. — 9. Imperativo del verbo ser.

SOLUCION DEL CRUCIGRAMA NUM. 286

HORIZONTALES: 1. Mar. — 2. Palio. — 3. Cátedra. — 4. Regio. — 5. Ces. - Moc. - Mil. — 6. Osada. - Urano. — 7. El. - Tul. - Le. — 8. Vivir. — 9. Nocazam. — 10. Casal. — 11. Es. - Re.

VERTICALES: 1. Co. — 2. Eses. — 3. Sal. — 4. Par. - Voces. — 5. Matemáticas. — 6. Talego. - Uvas. — 7. Ridiculizar. — 8. Oro. - Ralea. — 9. Mal. — 10. Inés. — 11. Lo.

GRAFOLOGIA

por NIGROM

EMMA. — Muy pobre de espíritu, muy tímida, rehuye usted todas las ocasiones de ocupar un lugar relevante, prefiriendo pasar desapercibida. — Su carácter, dulce y apacible, se somete fácilmente a todas las voluntades ajenas y sus propias opiniones no permite que jamás sean escuchadas, ni adivinadas siquiera. — Es hábil y muy prudente cuidando de no herir los sentimientos ajenos, ya que su amor propio es muy exagerado y cualquier palabra la lastima hondamente. — Sensibilidad casi enfermiza. — Inteligencia clara, cultura media. — La imaginación es muy exaltada, como ocurre generalmente con los que tienen una intensa vida interior, ya que en ella encuentra usted su único solaz. — Orden y método. — Sentido de la economía. — No hay ambición. — Tendencia al pesimismo. — Sencillez y naturalidad. — Demasiado abnegada y crédula, pues resulta festín propicio para los lobos humanos que acechan en toda vida...

CLAVEL ROJO. — Agradezco su confianza. Efectivamente, el contraste es muy marcado entre esos dos caracteres. Si en una hay nobleza, ingenuidad, sencillez, bondad natural, voluntad débil, inteligencia apreciable y una pasividad enternecedora, en cambio en el otro, existe un recelo continuo, una desconfianza que le fuerza al constante disimulo, vanidad y orgullo, ninguna indulgencia, voluntad poderosa, fría y enérgica, casi despótica, y una inteligencia muy profunda, poco común, que todo lo asimila y puede. — Si la primera, renuncia a su propia personalidad, entonces, puedo asegurarle el éxito, pero no creo que una persona inteligente pueda sentirse dichosa, al verse convertida en una sombra, de aquella otra de carácter acusado y arrollador. Mientras exista el amor... bien, pero, ¿y si llega a desaparecer un día?

UN CURIOSO DE LA BISBAL. — Hay nombres que aunque no tienen relación con los hechos, se adoptan por un motivo sentimental. He aquí la contestación. — Es usted algo engreído, muy seguro de sí mismo y con una audacia elogiable, cuando se trata de solventar las corrientes dificultades de la vida humana. — Es desconfiado y por lo mismo, muy impenetrable, guardando absoluta reserva de todo cuanto le concierne. — Muy materialista, concede primordial importancia a la satifacción de sus apetitos humanos, y los problemas del espíritu le afectan muy superficialmente. — Tiene orgullo. — Una inteligencia muy clara y ordenada. — Orden y método. — Voluntad firme, que ha sido la guía de su vida y gracias a ella, lo que hay en su personalidad que puede perjudicarle, es sabiamente dominado. — Gusto artístico. — Buena memoria. — No ambiciona lo que no posee.

STRUTH. — Es usted excesivamente nervioso, y con frecuencia, ante cosas de nimia importancia, sufre una violenta reacción. — Es sencillo, y se muestra siempre natural, aunque tiene un alto concepto de su valor moral. — Es prudente y comedido, y su sentido crítico es muy apreciable. — Gran cantidad de lógica, que impera casi siempre en las circunstancias de su vida. — La imaginación es muy normal, casi nula. — Hay gusto artístico innato. — Inteligencia clara. — Rápida percepción. — La voluntad es muy firme y segura, bastante despótica en ocasiones, por lo cual gusta de imponerla a los que de de usted dependen. — Algo indulgente, pero poco sensible. — Cierto egoísmo familiar, que proviene de la intensidad con que siente sus afectos. — Una gran memoria. — El orden y método no son innatos, sino producto de su voluntad. — No hay ambición. — Tendencia al pesimismo, pero jamás se deja dominar por el desaliento.

DIONISIO. — Ha sabido salir siempre adelante, gracias a su admirable tesón. Ningún trabajo, por pesado le ha intimidado, ninguna empresa, por arriesgada, le hizo retroceder, y hoy que sabe que todo lo obtenido es gracias al propio esfuerzo, cree en éste y lo exige de todos. — Inteligente activo. — Costumbres rectas honorables y un orden y método casi exagerado. — Todas sus cosas llevan impreso el sello de su meticulosidad. — Hábil. — Alto concepto de sí mismo, pero no orgullo ni vanidad. — Sus nervios están sujetos a su poderosa voluntad, y la fría razón, la serena reflexión, mantiene maniatada la poderosa imaginación que lucha por desbordarse. — Ilusiones... ¿Quién no las tiene pero las suyas están muy encondidas en su personalidad, no somete a ellas su criterio sino que estas están sometidas a él. — Temple de acero, pero alma de niño.

—Le durará toda la vida. (Punch

Lo más grande que se ha hecho en cinematografía

lo presenta la mejor marca la que ostenta la supremacía mundial sin discusión alguna

La Canción de BERNADETTE

A LA CABEZA DE LA INDUSTRIA — LA PRIMERA MARCA MUNDIAL

20th CENTURY FOX

LA MARCA DE LOS MÁXIMOS TRIUNFOS

GAMA